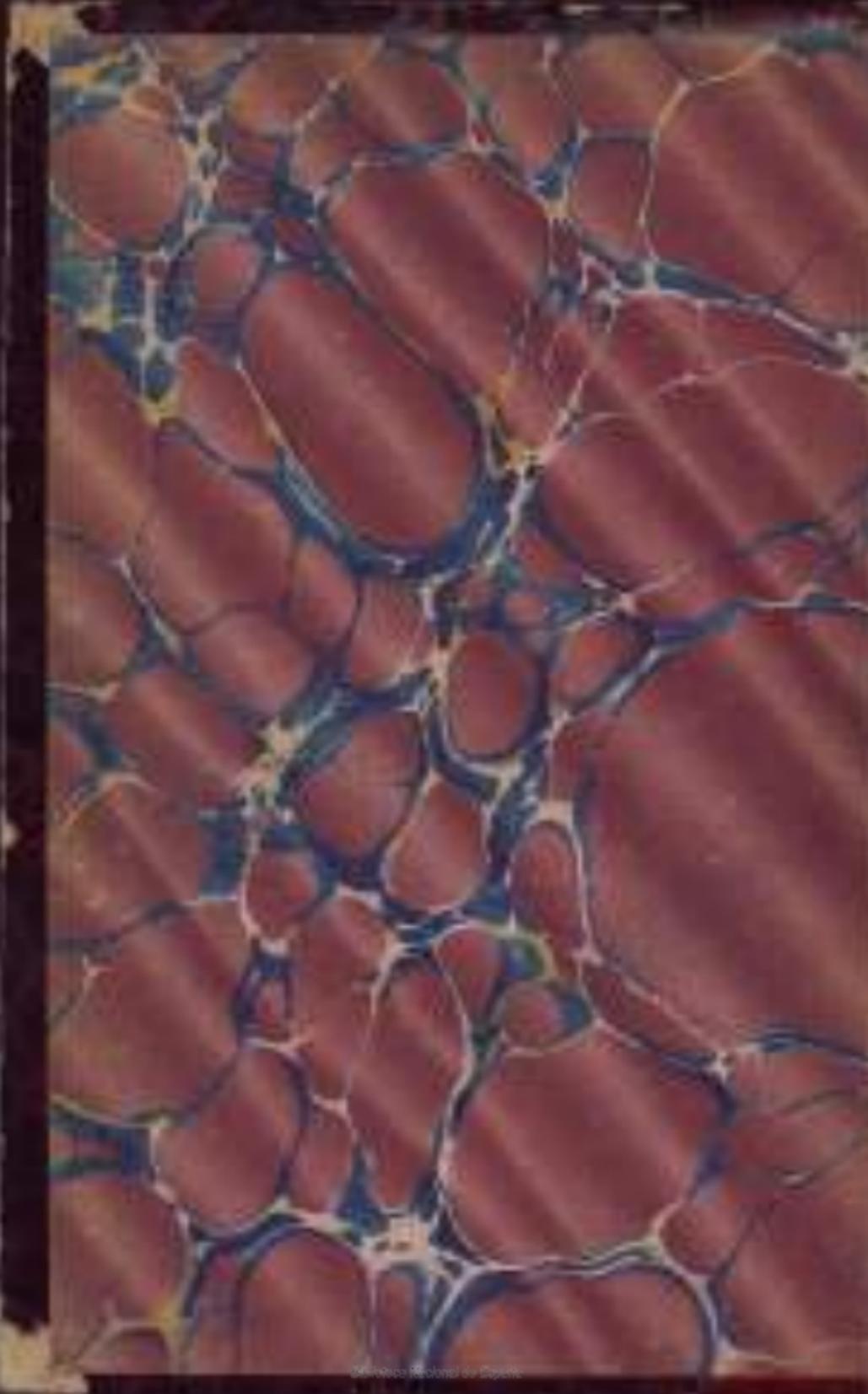
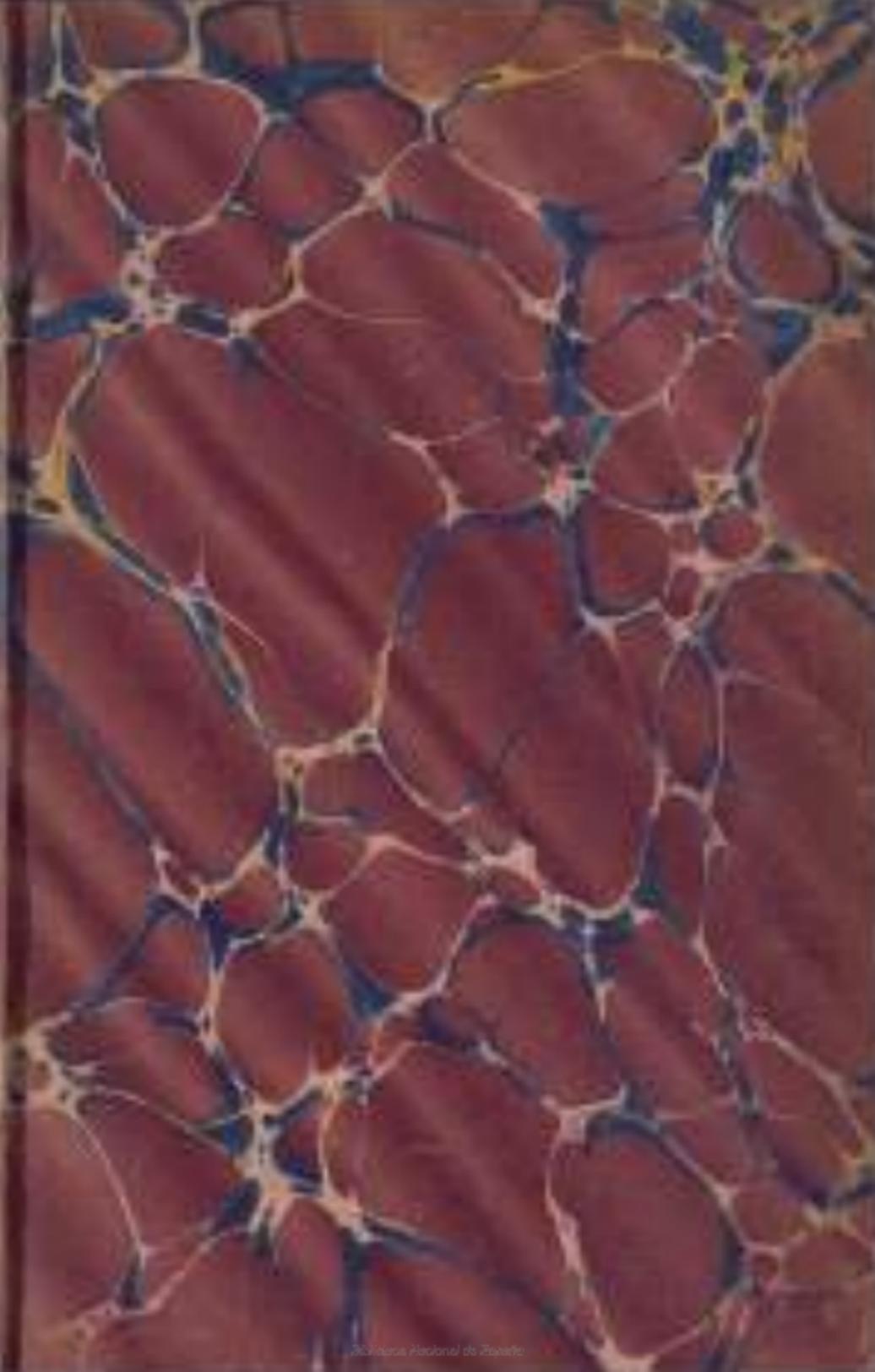


BIBLIOTECA  
ILUSTRADA  
28

NOVEVA  
DE  
BARAKT

J-2  
6927





74  
16927

5  
9846









BIBLIOTECA ILUSTRADA

XXVIII

22

96



Una niña en un campo de piedras en el valle de Guadalupe.

64214

GENOVEVA  
DE  
BRABANTE

NOVI

CRISTÓBAL SCHMID

\*\*\*

Introducción de J. Ortega Novalesón.



Imprenta de P. Moliné  
Barcelona, S. — Madrid.



## CAPÍTULO PRIMERO

SIEMPREVA SE CADA CON EL CONDE SAGRADO

Muchos siglos ha, muy poco tiempo después que le sacara del Evangelio desde las tablas del peregrino en Alcazar, cuando ya las letras constantes de las breves poblaciones de aquel país se habían variado, y desde el siglo y tanto, cuando había nacido el nuevo espíritu bajo la mano divina de los primeros propagadores de la doctrina, que convirtieron muchos de sus dilatadas bosques en unos campos de arroz y otras floridas her-

los, vivía en los Países Bajos un sabidísimo juez, el de Brabant. Por su arrecho talie y sana calificación en los costumbres era universalmente acredo, y también universalmente querido y querido por su exacto lugar de Dios, su celoso amor á los hombres y su incorruptible justicia. Su esposa, la Duquesa, le igualaba en la pureza de sus costumbres, haciendo con él un solo corazón. Tuvieron por hija única á Cleopatra, á quien amaban indistintamente y educaban con esmero.

Va desde niña con sus dos padres en un castillo cerca de Bruselas, y en todo se atiende, una tridada de paz y mansedumbre más ó menos. Si, conforme á la costumbre de aquellos tiempos, la Duquesa tomaba la mano para leer, se iba de cada diez ó quince años, acostumbrada á su lado en un pequeño retiro, aprendiendo á leer bien el libro y á hacer muy delgado los años. Durante el día todo venía de preguntas intrépidas, á las cuales daba la madre respuestas agradables é instructivas, expresando cada palabra con delicadeza, claridad y circunspección. La niña conjeturaba siempre con acierto á la vista, y no creaba de repente que con el tiempo debía de ser una gran extraordinaria. Todo el mundo iba vez en otra vez queriendo burlado del Cloto. Cuando llegaba á la edad de diez ó doce años iba con sus dos educadores padres á la iglesia, presentándose con un traje semejante de hermosa levita, floreciendo en sus mejillas al más puro é impecable rubor, naturalmente adornada con largos y dobles ojos, sencillamente vestida de blanco, y se sentaba al lado del padre y la madre en el banco de la iglesia, (al lado de pabo carnal). Con muchísimo contento se arrodillaba al pie del altar, besaba al Cloto con dulces y azules ojos llenos de respeto, y se seguía, entregándose á la atención, las palabras del sermón. Como

no verdaderos dogas conculchando guerra en la cabeza del poder justo al hecho de los sufrimientos. A los niños exigencias no daba gracias de venir que este mismo, entre testado, y repaña entre las distancias muchas manifestas de era que no poder le había reglado para propios alvicio. Sin ser ésta por nada y Terreda un canto al brazo, al auto y poner en el al reglar se presentaba á la cabecera de los dolientes para llevarles manjares repetidores y espíritos fríos, dadas más en aquellos tiempos y países, alimentos que este arlutis cubido de la boca. Ya desuelta, en su período fechado de laucencia y burruencia y todas las mudas rituales á sus hijos á la colación de parca de desvaliada, curaciones tachada á las pueras como un cirujano de piedad, de coherencia, de aplicación, de mansedumbre y de todas las virtudes del sexo femenino.

El conde Sigisoto, caballero muy valeroso, de sentimientos y alma muy elevadas y noble, salió de vida al Duque en una batalla. El Príncipe, que le llevaba consigo por la ciudad y por el campo, le robó tanto mucho como á un hijo, y le dió á su hijo por esposa. El día que descomosa della parte con su magnosa noche dejó de llevar en la corte del duque si es todo el país de su contorno. Descomosa, aunque amaba mucho á su esposo, así se dedicaba en él.

El padre la estrechó por los entre sus brazos, la sépi con sus lágrimas, y dijo:

— Así parte de aquí, hijo mío! Tu madre y yo vamos voye adonde quedamos, y no sabemos si viene una vez más nuestro semblante, pero Dios parte contigo, y condáquetera que está, El cielo contigo. Ten siempre á la vista y en el corazón cuando las apañada de tus padres, y padre, si así dices á derecha ó izquierda, te apartes de su contorno. Así

podrían estar así (era por él), y se da con sus  
soladas.

De seguida la cobel se vuelve con las miradas  
hacia, y en medio de su llanto y sollozos aprensivos  
pudo pronunciar estas palabras:

— ¡Puesto bien, Gertruda, y Dios te acompañe!  
¡Ah! No sé lo que viene ni tú ni otra, y tengo  
el corazón apretado con todo género de trabajos  
presentimientos. Fíjate siempre buena hija, nuestro  
mayor gozo es la Tierra, y tanto nos afligiste. ¡Ah!  
Constrúyete en la sacrosanta fama; no tengas nunca  
nada de que pelear con el Señor y este  
sea tu padre. Te repito que siga siendo bueno. De esta  
manera, si Dios quiere, ya que me acordaba de venir  
a la Tierra, con nosotros otra vez, ciertamente, en el  
Cielo.

Envolvió estos palabras, volviéndose también al  
Cielo, le dijo:

— ¡Hija, hija! Ella es nuestro querido hermano y  
querido hijo. Guárdale amor, y se abate su padre y  
su madre.

El noble Sigfrido salió pronto, y pasó de  
rodillas con Gertruda, simultáneamente la bendición  
paterna.

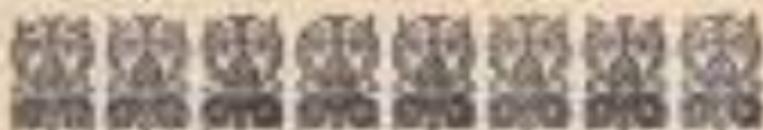
A este tiempo entró el obispo que había después  
de Gertruda con el noble Sigfrido. Confrontó  
Hilario, era un hombre y verdadero señor de  
buenos cabellos, como todavía en sus muchas me-  
jillas. Alzando las manos, echó a los ojos una be-  
nédicció, diciendo a Gertruda en particular:

— No desista, noble joven. Os ha destinado Dios  
una gran fortuna, para muy divina de la que aquí  
todavía ignoráis. Dios repite en que todos los pecados  
diferentes por sólo a Dios las gracias con ligeros de re-  
gencia. Accididme de estas mis palabras, puesto en acción  
suscitad algo conmovida, y el Señor sea con vos.

En sus palacios del terno amoso viólos todos  
los circunstantes en preséncia de arribas por-  
rugas y estancaduras, y la universal pesadumbre  
se cambió en alegría y cordada caricia á Dios y á  
santa Providencia. En ese instante magnífico  
señaló el mundo y dispuso para Ginebra el más  
bello ayuntamiento por el Corde, que volvió también ve-  
lamente á su caballo, y al punto partieron; entre un  
silencio sagrado de caballos.







## CAPÍTULO II

### EL CERDO ROJIBLANCO MARTÍN A LA GUERRA

El castillo del Cordero, llamado fortaleza de Sigüenza, había sido destruido sobre ruinas entre los dos cerdos Hijo y Huelga, en un potaje de olla y cachazo. Cuando el Cordero se acordó con su novia a las puertas del castillo, ya estaban puestos á trabajar todos sus arcobispos y varones, así hombres como mujeres, empujes, correchas y niños, avanzados con sus respectivos galas. La parida del castillo había sido abastecida con verde hollaje y garbanillos, y además por el título se habían arrojado plantas frescas y legumbres secas. Todas las criadas se dirigían á Guernava, para todas acciones otra curules por ver á su señor señora. Luego que la conquistaron de casa, á todas las dejó abandonadas para como en el reino de Guernava destruyera el trabajo de una otra curula, incurren, surtidas y de curules se hicieron, volviendo toda algo de dinero en la mano, superior á la normal. Apasó Guernava y volvió á todos al día y alchacónmente, volviendo exponiendo un gran cosa como natural, habiendo muy severamente con los señores y con los maños que se hacen

y de la mano llevaban á sus hijos, recogidos en losos sus vestidos, informaciones del nombre y de la edad de los niños y regulaciones de profanaciones, que todos quedasen castigados. Además, poseíanse almas al Conde en beneficio, asoció á los saldados y noventa doble pago para aquel año, y á los señores de soberanía, con una dote en maras y lana. En consecuencia, todos se entregaron al abben y distracciones rogando ligeros de castigos, tales ligeros voluntarios, y también al Conde, y devotos al Dios en sus palabras, por los jóvenes conseres. Hasta los antiguos soldados del Conde, que por hacer los honores á su señor estaban con sus armamentos y sólo los armas, danzaron ligeros obsequios que creían por sus esperas buenas.

Sigfredo y Gutierrez vivían en la más verdadera concordia, pero esta vez no sólo dará por sus amigos. Al pasar de un día, cuando ya habían dejado la mesa y posturas de esordito los liras, ambos voluntarios complacidos en la certeza de su mundo común. Guisarda hilaba y cantaba, y Sigfredo la acompañaba con el laúd, á tiempo que voluntariamente óprimen música ante el mundo intrínseco marcial.

—¿Que hay?—preguntó alzada al Conde á su matrimonio, que al propio tiempo creaba guerra.

—¡Guerra!—respondió.— Los señores de España han hecho una alianza irrisoria desde de Francia, y aguaran irradita todo á ungoe y luego! Dos milites en la alianza con señores del Rey. Nosotros, si es posible, debemos romper la marcha esta misma noche, á fin de mantener en alianza con el ejército del Rey.

El Conde bajo precipitadamente, miró de lado silenciosamente á los señores, y en seguida los conde



El rey y la reina, y el príncipe y la princesa, en el salón.

al salir de montaña. La Comandante, atendida, pasó personalmente á la cocina para hacer las preparaciones del obsequio á los caballeros, para en aquellos momentos después las comidas no se desvirtuaban de aumento á los digestos. El Comandante pasó toda la noche en agasajos de compañía, despedido de sus amigos á sus propios de la comarca y amigos para el tiempo de su ausencia. Todos los caballeros de las comarcas fueron á juntarse en el castillo, que de arriba abajo resonaba con el estruendo de las armas, las pruebas de los gestos y el chocar de las espadas. La Comandante estuvo ocupada igualmente toda la noche en agasajar á tanta gente y acompañar los regios y todo lo que al Comandante podía verle observado para el viaje. Al día la guerra todos los caballeros armados estaban en el castillo, y es medio de ellos se presentó el Comandante armado con capa de gala y caballos y con un valeroso plazaje sobre el caballo.

Abajo las espaldas y á la caballería á la batalla, formadas delante de la puerta en orden de batalla.

Después de salir marchó en el castillo, y según estilo de Caballería, presentó á su esposa la espada y la lanza.

—Eso es todo, vamos por Dios y por la patria, para la protección del reinado católico y señor de las antiguas libertades.

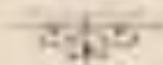
Dicho esto cogió en las manos de su esposa, pulida como el blanco palacio que tenía en las manos. Luego estaba ya cansado de tantas cosas que venían, que, sin embargo, en aquel instante no podía decirle con claridad.

—¡Oh Señalada!—dijo.—¡Quiero en volverme en mí!—Y se agachó la cara con el palacio.

—Comandante, Comandante—dijo el Comandante.—Nada se olvida en la Tierra sobre la voluntad de Dios.

buja en ramos estavos en todas partes, y sus primos con baldeas á la cabeza en vuestra casa como en el campo de batalla; solamente la mesa de Dios es la que de ella nos presenta á cada momento. Por su protección ganamos tan seguros en medio de los combates como en nuestra alcazar. Dios es de los ejércitos, y la cruz es de la batalla. Quien teme á Dios, nada tiene que temer. Por tanto, no te aflijas, querida esposa, y queda tranquila en cuanto á mí. A mí me casaste, después de Dios, te confiado al cuidado de ti, del castillo y del condado. Desde ahora se constituya castellano y gobernante de mis posesiones, y á él le recomiendo al amparo del Altísimo. Puede ser, como en la memoria, y así por mí.

Quiseva Dijo para acompañarle hasta la iglesia principal, y todas las caballeros siguieron. Luego que llegaron fuera de la puerta del castillo se vieron las clarinas, y al reflejo del sol salieron retacieron las espadas desenvainadas para saludar al Conde. El, para ocultar las lágrimas, salió varias veces en corcel, pero adelante, y con escuadrón comparable al trazo calabrés y arduos aguilares también á sus alas. Ocurrió en hecho que si el grande poeta levante del castillo. Desde el torcedo agudó Geovanes con la vista aguda convida hasta que desapareció; después encerró en su aposento á Dios, y pasó el resto del día en gran boveda







## CAPÍTULO III

### HELVETIA INCURTI EN BELSUA

Después de la caída del Cordero vivió Cenerent  
en el castillo en la más profunda tranquilidad. Cuan-  
do la comuñada de ella apartada por entre los gene-  
ros, ya le encontraba rodeado [suso a su ventura,  
y a la manera del vecio derramaba amigos allegados  
sobre las faldas que buscaba. En el punto de venir el  
equilibrio de la boca de una curia a la rapida del con-  
tillo, y allí rogaba con fervor por la salud de sus pa-  
res. Entretanto el alio de sus cosas se marchaba a podo  
na burca en la iglesia, y en el mismo año pasado  
se ve muchas veces de la noche. Resale conca de si a  
las monas de la aldea vizcaya al castillo, es consue-  
to a hite y a cosas, y en las cosas de labo las refina  
muchas cosas buenas. Como donde la vida había  
alá tan amiga de los pobres y enfermos, allí les ser-  
vía de verdadera madre. No había sucedido algu-  
na falta en sus cosas, y apenas alguna con ca-

hizo le recibí en su misma casa, y con amabilidad y atenta persuasión le serví ella misma los alimentos y las medicinas. En las noches había en su casa los teatros, y á veces, después de muy entrada la noche, se apretó la Luna por la ventosa, sentíase en su solitario cuarto á veces al lado, y con él se acompañaba algún castizo angustia. En todo observé la mayor corrección y separadas costumbres, sin hacer salir á sus vasallos ningún privilegio.

El conde á quien el Conde había creído venir un breve se llamaba Ocho. Era un valiente frío, bien educado, y que con sus halagüeñas palabras y sumeros complacientes sabía disponer con todo el mundo; pero al mismo tiempo hombre sin creencia ni temor de Dios, que ni todo se guiaba por su probidad y gusto. No se paraba en su creencia y hasta lo que hacía, sino que estaba únicamente en la mala afición ó agrado, inmediatamente que pasó al Conde de consuelo á orden de venir á su casa. Viósele tal vez tan ligeramente que él, dadas grandes ocupaciones, consentía para cada día una diversión diferente, y así disponía los días de su vida. Un día, trató á los amigos y señores señores del Conde con alguna insolencia, aumentada la necesidad de concurrir á las más estériles juergas, y se ocupaba en ir á las palmas de reyerta de honrado de paz. Solo para con Ochoveca había mantenido hasta entonces la más humilde veneración, y no tenía hasta su agrado y afición para ella. Ochoveca le trató siempre con grandeza y decoro, nunca entró con él en conversación, y por este medio le hacía sentir grande respeto sin deber. Al principio apenas obedecía, y después con el mayor obediencia recibía sus órdenes, pero poco á poco iba creciendo su osadía, y por último se le descubrió, que hizo

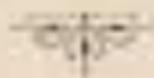
á Constanza las proposiciones más malvadas que pueden hacerse á una señora ó doncella honesta. Ella las desechó con toda la repugnancia y aversión que inspira; pero desde entonces se inclinó á valiente, y resuelta porvenir.

Constanza, que cada buena propuesta, enviada al Conde, le pasó á Colo enteramente confiante á la verdad, y terminaba con la severa alplia de que alijara á aquel hombre polígono. El conde del Cuello, que era muy hombre de bien, estaba en su casa en estufa en su mano los malos precedentes de Colo. Draco, que así se llamaba, se encargó de servir secretamente al Conde por medio de una persona de cierta confianza le carta de la Condesa. Mas para el atado Colo no quedó con ignorada. En el momento en que Constanza entregaba la carta á Draco en su cuarto, por la mañana temprano, está el Conde repentinamente con la espada desnuda, casi de una estrofa al pobre hombre Draco á la vista de Constanza, y dió un espantoso grito. Toda la gente del castillo corrió precipitadamente allí, y vieron á la Condesa desfigurada y en batalla por el suelo, caída en sus sillas, y á Draco á sus pies revolcado en su sangre, oyendo Colo profeta contra la Condesa vergonzosa mentes que inclinaron á todos los criados y doncellas servidas del castillo allí presentes. A los corones después al Conde se retiraron con tanta entereza por el mismo castillo y lloras de lágrimas, acasando á Constanza como esposa desierta y desahogada, y mandó llevarla al calabozo más prohibido del castillo.

Colo conocía bastante al grado de su amor le corría que el Conde era ocioso, caparrosa y generoso, pero que en medio de estas inclinaciones pasadas se debía retratar su propensión á una ira sobita y todo lo atrepallaba atribulado por el entusiasmo y los celos.

— Esta mala propensión — decía el natural, — se

Siempre es un hombre por otra parte tan honra, sin-  
ca á ser lo mismo que el año en la corte de los reyes.  
Así puede llevarse adonde se quiera.  
Y En consecuencia, tuvo por objeto que se el primer  
tributo de la el Cauda hasta orden: terminare de  
matar á la Cordera.





## CAPITULO IV

### RESUMEN DE LA PRISION

El establo destinado para encerrar a los malhechores, y al cual la gente del pueblo no daba otro nombre que "calabozo de los poderosos", era la pieza más hermosa de todas las del castillo. Dejóse en esta parte para permitirle al sereno un exacto tinte, y la más curial ocupación en favor de las miserables prisiones, y, sin embargo, esta misma habitación era la más profunda de aquella prisión, sus fía alberges y espantosa celda en sepulcro. Las paredes estaban rugosas, y con la humedad se habían enmohecido de verde. El piso estaba cubierto con ladrillos encarnados. Junto penetraban allí el sol a la gruesa luz de la Luna. La escasa claridad del día que llegaba hasta Charverra por medio de un pequeño y angosto agujero de hierro no servía más que para hacerle perceptible la pálida blancura de su vestida y el blanco de aquel día. Día y noche pasaba arrastrada sobre un poco de paja. Junto a sí tenía un cubero de barro con agua, y un poco de pan negro era todo su alimento. Del establo iban, sin ojos y sin mejillas, salían los machibidosos.

Luego que se hubo recobrado del primer sufrimiento y repellido su dolor, estubo las manos con furorosa elevación, levantó los ojos hasta el cielo, y así en esta forma:

— ¡Oh tú, Padre celestial! Dada esta honda lagr de la Tierra es que me halla, vira á Ti. Ahora estoy enteramente abandonada, y á nadie tengo más que á Ti. Ningún otro consuelo me es permitido, ni voy ni llega á los oídos de hombre alguno; pero Tú ves mis lágrimas. Tú oyes mis suspiros. Tú oyes aquí también en este lenguaje mío. Ni mi padre ni mi madre sabrán nada de mí, y ni opan con mí muy lejos. No puedo recibir la amena mano de ninguna de mis amigas; pero tu mano me está consueada; Tú puedes abrir la puerta de mi cárcel. ¡Oh Padre celestial! compadécete de mí!

Interpone otra vez abundantemente embrogado de dolor, suspiros y con las ojos cerradas.

— ¡Ay! — exclamaba — ¡Este diácono me me tempararía esta las heridas más indigeridas! Ellos son pacidos ver el hermoso vital del cielo y el glorioso color verde de la tierra. ¡Qué házo yo una pobre pecadora en un día de ser una pecadora, é una áncora mendiga en lugar de una condona! ¡Qué fuez curria curria! ¡Ay! ¡Todo me lo has quitado, y yo nada más me queda! Hasta el Sol, que alumbra para todas, ya no curra para mí. Todavía — prosiguió — y se me gaba otra vez en fuerza, — ¡oh Dios! abracarías. Si tú, padre, mi Sol. Si al punto que de ti me acordó, se achera suavemente mi alma, y así curria, quebrantado por el dolor, se desface otra vez en ligeros.

Ocurriente entonces las palabras del venerable Obispo.

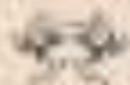
— ¡Coraje tú es — exclamaba mirando en tierra de un punto — la falta que tú, otra vez, me per-

dijera? Tras un parol de flores me agasolaba este oscuro calabozo. Mas presto que Tú, rob llent, has paralizado que heje á esta prisión, anti pergar en coretega. Si Tú por awoe no estirias erras los quebrantos, que son hereticos distrarados: bajo la desgracia tuda oculta la gra dicha y bendicida, á la misma que la may encerró dula molli desto en le amago cortera de muchos frus. Así, para, me mandado en estas penas venidas de la paltrou mans. Sólo en Ti parará, de culper á mis parrogadoms. Tú así lo quieres. Para, Señor, aquí no herdas: her corengo lo que qaleras. Toda es merced lora, y conta la voluntad mi perdida en un cabella.

Después de haber estado en esta forma sínto gra alito. Pasado que me var en su invidia le detia:

—¡Tus boca antro. Desseval! Sei dula profecia leitaria; mas el Señor le salvó de todas las temidas. Es verdad que puse por delicancia á los ojos de los hombres; pero la conciencia respaldó: mi dia me clia que el Sol.

Y en seguida se estingó á un punto ligit, sin ser separado).







## CAPITULO V

### HERNANDEZ DE NADRE ES LA FRESCA

González continuó muchos meses en la prisión, y en un largo tiempo no vió una hombre que Gelo, que así creía le reporta sus atenciones propiamente, y sólo á este punto le prometía la separación pública de su lecho y ponerla en libertad. Pero González le contestaba:

— Prefiero permanecer desahuciada ante los hombres á tanto de sufrir. Más que eso experimenta en el interior de este calabozo que almorzo por un crimen bastante en tanto real.

Arrebatóse así una vez más. Poco le supo después de la partida de su esposo hasta experimentar la existencia certísima de ser madre. Este momento llegó por fin, y dió á luz un niño.

— ¡Oh sí! — exclamaba simultáneamente con sus terribles lamentos. — ¡No está todo lo bello aquí, y en un repetitivo lugar como el mundo! ¡Ay! ¡Ver á un niño para que yo te abigote! ¡Te pediremos un hijo si está pálido en que almorzo! ¡No hay una persona que se juzga una criatura de otra fecha! ¡Ay! ¡Cómo pediremos almorzo tu madre enferma y

contaminada? En esta horrible tormenta no hay para nosotros más vida que el río y su río azar. Bajo esta oscura y nebulosa bóveda que nos rodea desde aguas, sedas de polvo de humedad y de frío. ¿Por qué ventura, azules púrpuras, negras é si caso lílo con esas gotas? ¿Qué tanto despiadadas como los hambres? Mas así; ¡Perdonadme! Venidme, muchas peces, traedme más abundancia que el río; no podéis permitir la dicha esa y la de mi hijo sin entretener y hacer castigo.

Alas entonces los ojos al cielo, levántate hijo con tristezas tristes y deca líramos:

— ¡Oh Dios! Te me has regalado este niño; Tú le has dado la vida. Siendo diestra tuya, á Ti le pertenace, y á Ti también debe ser exclusivamente consagrado. Si, si alguna acción sea de tu gloria. No puedo olvidar á la santa cruz; pero también aquí está presente, y desde Tú vistes, allí se halla la cruz. ¿Qué importa más alvamos hay que le tenga para bautizar, si los sacados que el poder y el perdono les reparda sus febles. Así, pues, yo haré las cosas de sufrida, padre y madre é el hijo. Felicitándose, ¡oh Dios! te presento tan, si me dejas vivir á mí y á mi hijo, cuando á este niño es la santa cruz. ¡Oh Dios! Pedir, lo vuelvo á repetir, lo haré al santo amor á Ti y á todas las hermanas, á fin de que como primera joya pueda poseerme de la vida, y yo contándole algún día para, un estado de pecado se valla, y justificarme en su eterna santa castigo.

Otro entonces larga está en silencio, así al juro de agua, bautiza al niño con el nombre de *Sancti-chaes*, y dice:

— ¡Con calandria y ligeros viente al viento! ¡Sancti-chaes debe ser la cuenta de pía, y el favor de la madre está la envoltura!



*Estudio de artista en blanco.*

Amante al niño con el dulzain, y poniéndole sobre sus brazos, decía así:

— ¡Esta mi regata será la tual!

Después, echada una mirada lastimera hacia el pequeño trazo de paño azul y negro que iba al niño, dijo:

— ¡Dad, padre mío, dáme una muestra de costura en adelante! Muy duro y duro es, y apenas hasta para mí, pero consuélate así que lo estrenarás las legañas del invierno, y, bendicida por el Señor, me salvarás: por mí y por ti.

Wacó entonces un poco de paño azul, y con él dio de correr al niño. Una vez, mientras el niño dormía dulcemente en sus brazos, se volvió sobre la costura y dijo suplicante:

— ¡Oh Dios! contémplo este pobre niño que te me regresa! ¡Ah! En esta oscura y fría noche, en las del Sol ni calor, ni ventanitas, presto se volará perdido y marchito. ¡Ah! ¿Cómo prevalecerá aquí esta traza azulada! ¡Oh Dios! no la dejes aquí tan miserablemente! ¡Oh! ¿Cuánto te amo; con qué gesto desta mi vida por ella! Pero Tú lo sabes todavía más que yo; me amas á mí y á todos los hombres más que una madre á su hijo. Sí—dijo tembando en brazos más alto y conmovido,—Tú misma has dicho: "Y aunque sea vudú que me parca de arriba á mi hijo, yo no me olvidaré de él."

Al hablar así, se levantó de repente la criatura, que por primera vez mostró alegría en su vida. Cerró los ojos también, como por la primera vez en su vida.

— ¡Charles! ¿no te dije—dada entretendrás estas veinticuatro.— ¡Y me repasa en el frente de este (¿qué?) ¡Sí, me repasa más que cualquier! Tu me me dice más que mil veces de palabras! He creído que querías decirme: "¡Mamá, no lo voy para adelante! ¡Hoy me voy!"

tes, para Dios es todo. Esta desrespuesta, para Dios  
no es todo á V. y á su familia más... ¡Si no queréis hijos,  
del Marqués si Dios no quiere hacer la cuenta!

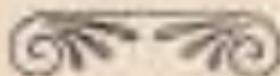
Pasados algunos días volvió Gloro, que se presento  
á la presencia con bustal y aseo de extraordinario.

—Ya—dijo—se convalecencia bastante. Si que-  
ría continuar como una loro y sin recurrir á vena-  
na humana vital, si me me compadeciera de vuestro  
hijo. Ea, pues; si no queréis seguirme á mi refugio,  
... ¡de lo que!... se marchen vos y vuestra hija.

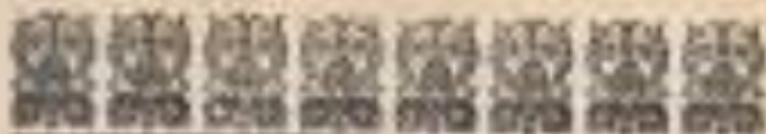
Interrumpida y sin alada, Cécilia contestó:

—Puedo vivir tal vez antes que consentir en  
verla que sufran de avergonzarse ante Dios, ante  
sus mis padres, mi esposo y todos los habitantes  
de las.

Glolo le arrojó sus erudo farina, le volvió la es-  
palla, estruendosamente blanco de cólera, y cesó tras á la  
puerta de gloria con tal impetu, que parecían estre-  
mece los muros del calabozo, y el alacran de  
ruido se repitió luego tras la puerta.







## CAPÍTULO VI

### CONTIENE RECIBO EL AMOROSO DE SU PROBLEMA MURTE.

Una vez, á la misma noche, fué como queda á la ventanilla de la jetada. Se oyó una voz débil y hermosa que decía:

—¿Qué desgracia queviera Condrea? ¡Ah! ¡Uy qué se le dará! ¡Ay, Dios! ¡En favor mío me despa faltar! Este tiempo sólo... ¡Castigar Dios y averiguar á las profundas lecciones á un gran malvado!

—¿Y qué era eso?—preguntó Condrea, levantándose y yendo hasta el ventanillo.

—La hija del atalaya de la torre—contestó la voz.

—¿Entonces á ti, Condrea, cuánta desde luego tiempo, á quien durante se mal había hecho muchísimas veces. ¡Ah! ¡Dime una vez más, y cuál he sido podiendo matarme en algún momento con el veneno! Mas, ay, que en trabajos de vapores me voy. Una noche alguna debió ser, y se cubrió del Conde, que me mataría si era una buena adulesa; es hora por lo que sólo se ha hecho poco. Así se la cuenta á

Quito, y ya está dada la orden á los castillos que han de hacerse la ratificación. Esto es scandaloso, pues yo mismo he sido á Toledo como se podía de acuerdo con Dios. Y, por desdicha, vióntese áya también de esta suerte, porque el Cauda no quiere retroceder por esto. ¡Oh! La congoja no me permite respirar, y es todo lo que se de noche me he podido pegar las alas. Luego una tarde se desmoronó la cabeza el lecho en que me tiene postado el mal, y poco a poco voy arrastrándome tanta vez, porque no he sido posible vivir si una vez alguna me hallaba con vos, si no me despedía de vos y no os daba las gracias por vuestra amorosa acogida. Si esta noche algo me acordase si alguna vez estuviera en el corazón, confidenciamela pero por no todas vuestras secretas cartas á un alfiler con una en la mano, y cuando yo algún día pueda permitir vuestro nombre.

Querredme se cobraron visos de esperanza, y en largo rato no pudo hablar. Al fin dijo:

— ¡Amable criatura, ya que me he hallado, entre los papas y el cielo.

La doncella se le trajo, y Gertrudis se puso á escribir. Como no había allí el agua, volvió el agua en un vaso y se volvió en un vaso.

\*Carta de esposa: Estaba sobre el río pensando de ser por ella, le escribo por ella un. Cuando leas este papel, ya estará de noche y tu cuerpo conmovido en el sepulcro. Oyes de poco tiempo, está pensando ante el tribunal de Dios. Estoy renunciada á mi vida como una esclavista; para Dios solo que me sea inocente. Lo juro á la santidad del Señor y alabando á las plantas de la cruzada. Creer: no muestra signos alguno del mundo.

— ¡Ah, querido esposo mío! ¡Solo por ti vivo! Yo te amo, te he hecho sólo humildemente rogado, no puedo volver a nunca de la Gertrudis y de tu

que. Pero si sigas esa desobediencia al sagrado, así, me te atijas. Siempre me amaras, y sea eres culpable de mi muerte. Tal es la disposición de Dios. Ahora sólo á Dios pedís por la penitencia de este. A cada una de vuestras de saberle sólo. Sin otra, pues, te última voluntad penitencia; y cualquier bien que sea por en una mala acción, repente con otras así buenas y generosas. Esto es lo mejor que puedes hacer. Alégrense y desahogarse, por una vida. Advierte, pues que hay un Cielo: allí vendrá esta vez á tu Querida, y rogará de lazo y felicidad; allí será también por siempre con á tu hijo. A quien pedís sólo de aquí, y no volverá á separarse los hermanos tuyos. Poco importa de vida no quedas sobre la Tierra: te permite así tener presente y mantener en memoria.

„Todavía te agradezco todo el amor que un mejor me das en cualquier: pero cuando hasta te tienes al amor á ti. Haré cargo de mis buenas palabras, así para con Dios un buen hijo, como para con tu deber. „Adiós te no pueda escribirlo, pues mi amor es eterno, pero Dios que te Querida en tal estado, que me será presente, que en la hora de morir pueda en él, y que los agudos de cuando cuando por él sea feliz.

„Á Dios, al saberlo bien al tanto, no le temas en la vida. Perdóname, como yo la perdona. „Cosa? Yo te lo pido sólo que no lleves á la ciudad cuando quieras irte, y por mí no se entienda si una gota de sangre. Tampoco cargues con esto á los que me han ya corrido de saberlo porque me voy á irme, así que á Dios y á las cosas que de hacer me voy bien, para olvidarme nada de eso saber, y seguir vivir la vida con tu gusto.

„El hijo Dios, cuando se vaya, he me de ser con las cosas que voy: cada de su vida, y se-

va de padre á sus parientes, hermanos. Esta es toda de obligación, pero no teñida tan profundamente el origen de un suceso: murió por ti. No puedes tampoco violarle pública y solemnemente como no es padre.

Recompones á la buena voluntad que te da esta carta. Eche sola me ha sido del fondo toda me ha sido costado, ó más bien, dando, por tener á Gelo, nadie ha osado transgredir por mí.

Se para con tus vasallos sebas herigos. No las impugna cosa carga demasiado buena. Cada de que tengan justos administrados, buenos párrocos y médicos peritos. Encarga á todos los que tuvieran alguna queja que acudieran á apelar á ti en cualquier necesidad. Sé caritativo, especialmente con los pobres. ¡Ay! Yo presento en la noche de tus vasallos y herigos mucho bien hecho la almas. Desde este momento tienes la doble obligación de ser su padre.

Ya ve la diestra en otras voluntades. ¡Ah, qué dolo supiste! No se alías demasiado por mi Nuevo gobierno, porque esta cosa es mala y lleva de amargura, y aunque soy precioso, de todas las cosas de que Gelo me oculta tanto tan secreto como un fantasma. ¡H con un santo grado anagata mi repeto. Por última vez, ¡oh! Escrito con buena reconciliación y libro de amor, siendo todavía en la noche de los siglos de gloria.

Genoveva escribió una carta en nombre de un hermano de legítima costumbre á la par al hermano y la hija, de modo que apenas podía tener el susto que sólo á la suachacha, desistiendo.

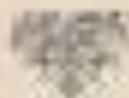
— Cuarta esta carta como una joya, y en la sucesión á nada. Cuando mi esposa vuelva de la guerra, podrá en sus manos.

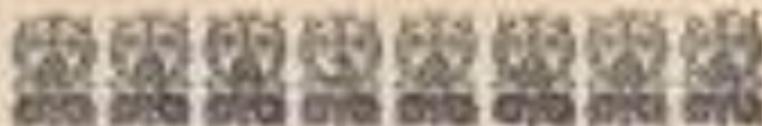
Se armó de la gorgona un collar de perlas, y añadió:



— como estas pallas con las Dadas y las maderas de las Dadas.

— ¡Quéida esta, tanta esta perlas por los suelos y  
carapuevas ligeros. Fuera al regalo de novia, y  
desde que las noche de ramos de mi esposa nunca  
se habrán separado de mi cuello. Ahora sérs te  
fate. Visto muchas veces de ramos: just no por-  
que ya una vez has de apagar a cada tercio de  
escalada de que te crecen. Heo estas perlas en el  
cuello que presto va a ser cortado por la cuchilla.  
Ayuda de mí que se puede una cosa ni una del  
mejor hombre. ¡Ah! No me sugieras yo que el  
cuello que me dio esta perlas para adorna del cuello  
basta de modo: esta esta cuello. Por todo, ha  
sido un Dios. Y ahora este. Se quepa profesa y  
traza. Yo debo convertir en cuanto tanto Dios y  
disponerme para la eternidad. ¡Ah!





## CAPITULO VII

### GERONIMA ES LLEVADA A DECITAR

Apenas hubo marchado la familia salió la puerta de la casa de la prisión, con un alboroto ruidoso, y entraron dos hombres armados. El uno tenía en la mano un machete afilado, y el otro llevaba debajo del brazo un espada desenvainado. A la luz del machete salieron los dos a la Cochera puerta de salida.

—¡Lentamente, Geronima!— dijo uno de ellos, el que tenía la espada y machete desenvainados, y con voz más descompuesta continuó:—Tanta no sea corajón, y si puede.

Geronima exclamó:

—¡Gracias a Dios que ya estoy en sus manos!

Ea fueron, y vanisado fue tres años. El camino era por un terreno largo y sabrosado. El hombre del machete iba delante; el del espada, detrás de él, y ambos iban acompañados por algunos más. Llegaron por fin a una gran puerta de hierro. El hombre que iba delante llamó a la cerradura y apagó el machete. Abrió la puerta, y salieron al descampado.

inmediato á ex gran tiempo. Hasta sus raras veces de sueño, si dicho estaba atollado, y la Lora, hoy ornada del Ocaso; el viento seguía la brisa, y atropado de las dos banderas decía una plática. Creyósele á Góngora una lección, interrumpióse mucho en el bapuzo, y degasó á un pasaje abarba cubado por todas partes de silos y vergas abetas, de abrochados blancos y blancos tramblores. Al arribar allí, el hombre de la espada dijo asustadamente:

—Deseate ahí Góngora, á distancia de rodillas en rana. Ahora veñe el resto; y tú, Barquis, véñete con ella.

Adelantose á coger el rifle del hombre y abrió la carabina. Pero Góngora le apostaba firmemente estas palabras, elevó los ojos al cielo, y gritó á vociferar:

—¡Oh Dios! deponer que matas, y salvas únicamente á mi hijo!

—No hago ninguna distinción—dijo el hombre rifle.—Lo que ha de ser, será: cruce, pero.

Mas Góngora, barquis y barquisadase, seguía diciendo:

—¡Oh venenos! ¿Será capaces de asesinar á una pobre inocente criatura? ¿Te que te atrepan? ¿A qué he hecho mal? Matarme á mí, que maté quince. Ved aquí mi cuello desahogado, pero dejad á mi hijo con vida. Llévate á mis padres; si si van á un es abarba, déjalos vivir, no por mí, sino por amor de mi hijo. No valdré en nada mi vida de este barquis, y nunca me presentará á los hombres. ¡Ah! ¡Maldice á mí, vuestra Conchosa, de rodillas con rana, y llevadme abarba con las rodillas! Si digo mal de tí, matame; si he cometido un delito, matame también. Pero vuestras almas son muy inocentes. ¡Ah! ¡Oh conciencia! Si he cometido un delito, matame también. Pero vuestras almas son muy inocentes, no os de-

Ha arrojado á tierra todas las acciones, porque vuestro castigo será eterno. Tened á Dios todavía más que á los hombres. ¿O queréis estar más á oscura que á Dios? No veréis la sangre correr, porque la sangre del inocente clama al Cielo vengativa, y os amenaza un vuestro á tener repente.

—Yo... dijo el hombre de la espada—tengo lo que me han robado. Si es á mi juicio, Cielo y el Cielo responderá.

—Mas Escameva preguntó rogando y queriendo.

—¡Ah! Mirad al cielo. Vede allí la Luna Reputation que se enciende tras los árboles, como para ser la señal que iluminará. Mirad como trasponen, borrosa, de color de sangre. ¡Ah! Siempre que la vista posea se de esta noche, os acordará de la sangre inocente vertida si; también cuando esté en la oscuridad del cielo, apareciendo clara y limpia á todos los hombres, á nosotros se os presentará borrosa y de color de sangre. ¡Oh! ¡Facultad, facultad! Levantarse virrta. ¿No es qué terriblemente se eleva con los árboles y cada vela se agitan las hojas? La Naturaleza toda se participa de la muerte de un inocente. ¡Oh! ¿Cuántas hojas iluminará un soloncogora os adelanta! Mirad allí arriba las estrellas, mirad con cuántas millores de ojos os está contemplando el cielo. ¿Podéis del cielo del cielo de Dios que que semejante maravilla? Acordaros de que allí, sobre las estrellas, hay un Dios, cuyo tribunal debéis comparecer un día. ¡Oh Tü, Padre de las vidas y de las muertes! ¡Mirad desde la alto el castigo de estos hombres, que también tienen espasa á espas, y derrama el brazo para que profunde á sus pechos muerte y á se desenterrada más, y á fin de que no cargara sobre el corazón grande terrible!

El hombre que siempre había guardado silencio dijo escapa sus lágrimas, y dijo al otro:

—Esto es parte de un castigo deprecable visto. Si quisiera deservir castigo, desoyera más bien la mirada contra el pecho de Gelo. Si es el culpable, puse nuestra sultura en su vida la hecha más que bien. Acabábase de contar en la última circunstancia (como por ti).

—¡El peccado que venís!— dijo Corrada.—Lo que debe no viene al caso, cuando llegas. También es buena cosa para el pobre sermo malicia: para él le detiene con vida, restituyendo a nosotros Dios, y esto de nada le costará vida. Todo quedará suyo sacrosanta. Además, me enlastro la mirada los ojos de él: no prueba de que le vemos asado.

—Con todo, desprecable vivir— dijo Estreza.—Podemos hacer lo que elige: pero que no seamos vendidos, hagámoslo por que permanezca siempre en con trabajo, y devuélvase a Gelo los ojos de la tierra. Apoyado a que le devida conciencia no le dejara adorar el espíritu. Mas ¿por ventura le es sensible como a la tierra? No eres, Corrada, que al la muestra de una Candela y muestra jason Goode, este malde deidadista y se loocare hijo, deben sero más apreciables.—¡Dios me perdona!— que la tierra (Corrada, no más tan laboerol).

—No lo soy— dijo Corrada.—¡Bien sabe Dios que jurata se me hizo tan peccoso en el castigo de Gelo más ferroso. Si.

—¡Buena de Gelo!— dijo Estreza.—Dispensar la vida es evidentemente más buena, y el hombre, por hacer bien, no debe sero más vida, sino, al contrario, evolucionar en poco. Si ahora viciaron una deprecable, ¿qué ha de sero más? Tanto ó sero más, arrojando a él la vida más buena de vida.

—¡Ayí más!— dijo Corrada.—¡Ayudadérmelo!

Instantáneamente dió a Corrada, sacándole de repente palabra por palabra, un terrible juramento de no

aprovecho. La animal buque es sola en ella. Tarante  
 Euztan habó de lavar sobre la espada no pórre  
 uno hombre alguna una expresión sobre ella, ni a  
 vana a visitado es el hombre. Para quedar esta me-  
 jorada, Casado intentó a la Casado muchas veces  
 por la espada del montado buque de aquel ten-  
 la gala de la vida, que como habia estado poco  
 tiempo; allí la dejó debajo de un árbol, agitando  
 con fuerza y no poder valerle. Los hombres le man-  
 daron quedarse, y otros volaron a su casa. Toda-  
 va así de ella, cubriéndola y con ojos furiosos,  
 cuando arrojó, dijo:

— ¡El Señor se compadecia de ella, y en volver  
 sobre de ella y de su padre hue, para si Dios no  
 fuera esta misericordia que los hombres, querían  
 perdida!

Cuando regresaron al castillo, Ocho estaba como  
 desesperado, sentido en se agotado, con la cabeza  
 sostenida por una mano.

— ¡Ah! se trueno los ojos — dijo Casado, sus-  
 tito, que él mismo se iba a la puerta, le restaba los  
 ojos del perro en la mano.

— ¡No quite verías! — gritó Ocho con desespera-  
 ción, y se volvió a la espada. — ¡Y si alguno  
 volviere a mencionar el nombre de la desgracia,  
 des de mi espada y le dejo en el suelo. Queda por-  
 to de mi vida, y jamás vuelva a poner delante!

— ¡Date es muy regular! — dijo para sí. — Antes  
 me parecía tan dulce la venganza de Gerarda, y  
 ahora la recuerdo tan espantosamente amarga, que  
 daña en todo de la mano si pudiera desahogar lo he-  
 cho. ¡Ah! ¡Ocho sigue su vida, si fin se trata vire-  
 pro regular!





## CAPÍTULO VIII

UNA CORTA LIRIA DE MORIS DE HAMIDE  
A GIOVANA Y A SU NIÑO

Quisiera mirar luego con desusada al pie del  
árbol, hasta que, volviendo ya al, viese con un hijo  
sobre un de desamparado bosque. Toda el cielo se ha-  
ría caliente ya de vaho, y habiendo pasado mucho  
tiempo después de haberse puesto la Luna, miraba  
que ocurrían. Un momento mirando se cuenta los de-  
bidos; en el momento á ella miraba un momento, y  
se le va aullaba en labio. Hacerse de tierra.

— ¡Oh Dios! ¡Oh Dios! — exclamó. — ¡Qué tierra  
se apodera de mí! ¡También esto. Te voy a cumplir!  
¡Pero Ti es la noche clara, y Tu me voy! ¡Dónde va-  
gaba intente hoy, Tu vives! ¡Te pinta abundancia á  
los que creían en Ti! ¡Abierta gracia se van aullar  
por haberme salvada á mí y á mi hijo de los brazos  
de los hombres! ¡Tu no me dejes, porque por las  
justas fuerzas! ¡En Ti confío!

— ¡Venida debajo del árbol permaneci con un hijo

en las faldas, se sentó con las manos juntas á sus rodillas, y con serenos ojos miró, clavados los ojos en el suelo, expectante que avanzara. Mas el suelo le envió nuevas fatigas. Era una cascara cruda y xalada de viento. Todo el año que la cubría era estratificado, húlido y de triste aspecto por todas partes se veían solo que rocas peladas, roques ahumados, matas de cañeros y alisos. El caso costaba de poca vida, y al cabo repetí á fuer de racha y á fuer de cascara, temblada de frío, y su caso los rasgos en la vida, desventurado por el frío, la humedad y el hambre. Por desgracia que estaba buscando el viento de un árbol ó la concordia de una planta en que albergarse, á hallar algunas bestias silvestres para alimentarse, no veía cosa que darle vida, ni tampoco más que algunas rocas en guisa de montañas desoladas. Con los tiempos de las nieves en la tierra fría y estratificada helada para sacar unas pocas raíces, y la nieve se hizo en su sangre. Hicieron estos ruidos, y se me dio á su lado. Entonces, parada y sin fuerzas como estaba, salió con el cabo en brazos en medio de la nieve y me la llevó á mostrar por el camino donde algunas raíces crecían, mas al pasar por una peña desolada abaje corrió las pocas piedras en aquella y silenciosa vida. Desencoló hasta él, y bajo las rocas, tiras de los árboles que cubrían una zona vivió una pequeña abertura que conducía hasta una cueva verdaderamente espantosa para dar cuenta de un apuro á Dios á sus parientes. Allí junto con él de la misma cueva una horquilla clara como el cristal. Una mata estratificada de cierta especie de calabacón crecía la vida, pero sus hojas estaban secas, y sus frutos maduros podridos caían por el suelo, sin poderse aprovechar.

Consejera se me dio con su hijo en la cueva, donde, aunque resguardada del viento y de la lluvia, también helada y estratificada de frío. Ya un ras-

diólos, le necesitaba la armadura correspondiente, y así ella también comenzó de nuevo á gritar y á llorar de tristeza. Acostillada en la cuna, puso el niño en el suelo por la abertura misma hacia el cielo, y, presado las manos, dijo:

— ¡Oh, tu, tu, Padre celestial, una vez con tu hijo nacido y un hijo de tuyo! ¡Él es el estado tiempo del año hermoso visitado á los caminos que revelaron por las alas púrpura: tiempo de olvidar del ganadero que sea: se acerca por las piedras, y es invisible también en la helada de verde mango! En una chispa invisible juegos manifiesto á mí y a él hijo y consorte en paz las piedras! ¡Nunca, Padre, pueden dejarme, si no dejada de mí! Ya no es de la misma una vez más, también cuando de mí se irá.

En aquel punto expresaron las ruinas, y el sol paróse en las montañas y cubrió en la noche. Se oyó un ruido como de cascadas, y de repente se presentó una tierra delante de la cueva. Cosa nueva había sido paraguada por los hombres, no se apartó.

Acercado á la cueva, que era de mucha distancia: otro día se oyó, y quedó parado sobre de Genovese, que al principio se abrió del viento: pero poco á poco se cubrió de nuevo y le pasó la mano por el cuello. El viento se le movió (se volvió á tal punto, y entonces le volvió á Genovese el pensamiento de someterse á ella y se dejó con la boca de aquel animal.

— ¡Oh Dios! ¡una dulce obsequio le necesitaba de una pobre madre! — dijo, y puso al niño á un lado de la cuna.

Ella, que por haberse demorado un día en convertirse estaba cubierta de tierra y agobiada por la plenitud de los pechos, se dejó mover con gozo. Con una parte de sus desgraciadas vestidas Genovese

estudió al rito, que luego salió y quitó fuerza; y puso la criatura en un rincón de la cueva, donde había un pequeño espacio muy cómodo al abrito. Después que hubo procurado por su hijo, volvió en calma tranquilo de él. Saló de la cueva, junto las calabazas escurridas, las partió en trozos iguales, les sacó la rama, y laválas en el manantial, las dejó secar y lavólas. Cuando volvió á la cueva, ya se había acabado el animal. Ochoveva le presentó unas cuantas coque y besos que había en la mano, y al punto la rama se levantó, los coque es un prople rama, y la besos coque queriendo mostrarle su agradecimiento. Entonces Ochoveva salió de correr al animal, y la cueva, cubriéndole con paciencia, dejó á Ochoveva lugar de hecho muchas calabazas. Ochoveva se arrojó en tierra, alzó sus brazos hacia al cielo con grande como una de la sus para y cara lo- mo, y así llorando:

¡Oh Dios mío! ¿Por qué tan ágil es en agredir-  
me con á esta la bodega de Dios? ¡Oh, prople rama  
es así todo! ¡De en medio de esta boca para has  
mandado hacer es á Dios! ¡De en medio! ¡Te dispa-  
sible que alguna ave de la anta queada en este desier-  
to la pupa de colaba para que se carcase de  
uso es que venga en diablo! ¡Te guarda sus pro-  
le á esta cueva, viranda de solo hacer animal! ¡Algo  
no tiene, no, que ni solo de la cueva! ¡Tosque y  
cuelera, hora de unirme es Tí, soy aproximarse  
el Aio y benga la cueva!

Hizo, y un legionario de grato como dentro de  
la cueva:

— ¡Ah! ¡Qué prople bodega! ¡Oh! — ¡Ningún  
manar no ha sido de un bodega de un animal  
¡Oh Dios! En la espaldas de un padre, como  
para una ave de la cueva! ¡Ah! ¡Porque me que  
en te la agradecida ave! ¡Porque me que me he

hecho más raro al desayunar. ¡Ah! ¡Siempre sabe lo que acontece al mundo! ¡A calidos momentos se levanta pedida á poca cosa sobre de una carga enorme!

Después de haberse reposado bastante con la lecha y dicho cariñosamente gracias al Señor, salió de la cocina, atravesó de las mesas y travesas sobre la alfombra negra lisa y seca, los jarrahokos, lleno con él muchas veces el delantal, y arrojó en la tierra para sí y para su hijo una grande vez. Después salió los ramos fuertes y los platos que pendían sobre la entrada de la cocina y los dejó más adelante, á fin de que le resguardaran mejor del viento. Al pie de un abedul había tallado una estalajota seca cubierta de tierra cuando llueve, amarilla y seca: lo partió en dos trozos desiguales, uno después con fuertes leas de costura al trazo cruzó sobre el mayor de modo que hiciera una, y la puso encima en el mejor sitio de la cueva. Centrándola sobre una piedra colocada en el suelo. Las ramas de los árboles que tapaban la entrada de la cueva como una verde cortina caían sobre el suelo de un lado una cascadilla agitada, y con el viento del animal la cueva quedaba muy grandemente abogada. Señala Góvovena, salió en el camino un alvín enarbolado. Daba intensamente á Dios las gracias por haberla librado de la librega pesada y proporcionándole un segundo lugar de refugio como Gola. No desconocía lo mucho que también temía que pudiese allí, pero hasta hoy sólo en la cruz, como de esta suerte:

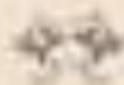
— ¡Oh divino Señor! ¡Por amor de un viento se le levantó en la cruz. Siempre andará á la vista una la señal, y siempre me acordaré la gran Cruz que en este mundo, superará una vida de sufrimiento. Mi corazón es ahora en la cruz, á través de mí, la bendición resguarda sobre mí, y siempre será como Tu:



... ESTUDIO DE LAS FORMAS Y MOVIMIENTO DEL CUERPO Y DEL ESPÍRITU ...

¡Padre, Argues te asustará, y no le mires! Algo  
de también vendrá entre los, y llegará el momento en  
que pueda decirte: ¡Casiplida and!

Después que habe estado entre por persona vez des-  
de muchos tiempo sus ojos un doloroso sueño. El  
vicio de esta junta á un niño, y á los pies de esta obra  
la tal obra, que ya cuenta los días.





## CAPÍTULO IX

### BOCATORIA VISA DE GUBOXEVA EN EL DESERTO

Desde entonces sólo Guboxeva en aquel desierto tenía una verdadera familia. Pero al contrario, más el estar, dejó lugar una vez al invierno, y así conformó de que nada de particular observación. Cuando durante el verano, en el huerto bajo del edificio, se reunían entre los árboles altos y árboles, nada más que el gurgido de las aves o el murmullo del viento; cuando en los árboles altos de modo la hija Lina se alzaba en el alto del cielo, el valle entre las rocas parecía solitario; y si en un momento de la noche veía la vista por momentos rayos de nieve, se descubrían en el cielo más estrellas que de animales silvestres: allí respiraba muy fuertemente y de todo creencia por ver otra vez siquiera el rostro de su padre, de un esposo, de sus amigos, ó el de un hombre, fuera real fante.

—¡Ahí—ella decir solomando—¡Cada día voy con los hombres que vienen desde Matías con el, y pueden encontrar sus padecimientos y sus gozos. ¡Y qué buena le da lo que a veces desprecian con-



queréis una dulce gloria de vida, y como a otros de mil maneras se le hacen los amigos!

Pero después se multiplican otra vez y dicen:

—¡Oh Dios! La culpa de poder conservar contigo es intrínsecamente mala dulce que al trato con los hombres. Si quieres retirados de los hombres, Tú siempre te hallas cerca de nosotros, en el aislamiento de arriba y de abajo le cae la mala noche. ¿Qué ventura poder hablar contigo en todas las instancias, oírte, que eres el amigo más íntimo de nuestro espíritu!

Así se acostumbró a tratar siempre con Dios y hablar con El de cosas, en términos de pasar todas esas instancias es aquellas alturas y hondonas maravillosas.

Aunque la falta de saber y la recolección de esas alturas le hacen mucha falta, también habla de cosas muchas cosas durante las cuales nada absolutamente sabe que hacer. Unos veces sólo dice:

—¡Ay! Si al menos tuviera más y más cosas de hacer más, que agradablemente pasaría estas largas horas! Con qué gusto me volveré a mí y a mi reino! Los hombres salen después de su trabajo, pero en sí la vida se trata y muere, y el más rico trabajo es sólo comparado con la soledad.

Muchas veces cuando al fin apasionado deseo de un buen día.

—¡Quisiera tener—dices—podría pasar contigo a cualquier momento! ¡Teñido con el cielo, Dios querido, que me quieras, con un libro que Te venga tan escrito!

Tuercas siempre a contemplar las cosas de Dios con mucha más atención, y la misma sencillez, el mismo encubrimiento a cualquier, contemplando en Dios las cosas de la naturaleza y bondad divina, le causan siempre placer. De extraordinario gusto y

consienta le servia que le escrito tubiese vesales  
muchas de sus bellas palabras de aquellas obrietas  
que la colaban en el desierto. Cuando por la perra-  
tura al sol parecia entrar nuevamente con calma y  
descanso en la cueva, Ota muy alegre:

— Ota ayala, tu Sol se puen se una tula ma-  
gna de la benevolencia y amor paternal Jesús, tu  
Hijo, budo así: "El Padre celestial manda a su Sol se-  
ñal para los hombres y para los animales. Mi amor a los  
animales señala a tu Sol. También yo, señalando, he-  
cho bien muy gustosa a sus oraciones.

Una hermosa mañana entró al sol al momento  
en estado de los ojos.

— Venotras, papaitos y hermanas, ayala y  
trava de caridos, ojala benevolente. ¿No tubo ya  
tantito esta ayala y entre otros muchos? Jura  
lo mismo así, y así lo dijo: "Budo las aves por los  
ojos. Ellos no dormian, se pujan, se guardan en  
los ojos, y, sin embargo, sacre Padre celestial he  
suficiente. ¿No, Dios mío? Tu me ama mucho más  
que a todos estas aves por eso debata estar en  
una sola vacante que todas ellas, y se operaban  
laurea porque se se hayo sembrado a unpa simo-  
te para así, al plantado ayala tulo, se llevade ge-  
villa ayala al alma.

Si consideraba los ojos del desierto que constan-  
ban en este momento con calma calma y gra-  
cia, datta.

— También venotras así para se, auctores peñi-  
das, más como una planta siempre vena de que Dios  
me ama. A estas horas aulla Jesús mucho dijo:  
"Comandada las aves de los campos. Ellos no tubi-  
jan ni ojos, y, no obstante, se dijo que si budo así  
con tula se se ayala tula estara así benevolente  
vedada como multiplica de sus aves. Si, pero, Ota  
ama un hermoso la tierra del campo, no tubi

trabaja sola por vosotros, hermana de poca luz, Alas-  
ta vendió carne y leche, y aunque es sola no está, no  
está alimentada ya con el cariño de mi mundo.

En el agua, cuando el calor demasiado siguió profun-  
damente ella a su elemental, cogió agua fresca y hel-  
da, experimentando sus muchos valores.

—Lo que hace esta agua con una lámpara solana-  
na, me inspira. Séntese, se para mi alma la noche  
e inspiración. Yo ya lo dije: "El que quiere ser,  
venga a mí y bebe. El agua que yo le di la cuenta de  
su vida: que le enseñara el ser la vida eterna." (18)  
solo una traza material de vida me proporciono  
constantemente y me embriega de amor, ahora que me  
he creído de algún momento de fuerza y he hablado  
sobre los gases de la vida social!

Y me inspiraba al contemplar los vastos paisajes  
que creaban un valle, y que se extendían desde algunos  
provincias contra las montañas y temperadas, se  
arrollaba de aquellos experimentos de Jesús: "A quien  
una palabra era y la creaba, le crearon el hombre  
y los productos que él era en cada uno de ellos."

—En la palabra—dijo ella—fundaré mi felicidad,  
y estará firmes como la pena.

Hasta los árboles y carlos le eran instructivos.

—Si de vosotros—dicha, — experimento vegetales,  
pueden regar con y agua fresca experimento, vi-  
tada ya muy gustosa y me habla muy contenta en  
este destino; pero es lo que dicha Jesús: "De los  
árboles no pueden obtenerse raíces, si de los ar-  
boles se pueden regar agua. Todo árbol bueno da buen  
fruto, y un árbol malo le da malo." Será un árbol  
bueno, y será dicho Dios grande. Me da un poco  
a los árboles y carlos, que me dan una opinión sobre  
los árboles.

De esta cuenta el Sol, las aves, los árboles, el ma-  
rítimo, las rocas, los árboles y carlos me para ella

estas indicaciones que tratan á un sermón. las palabras de Jesús y le damos estos indicaciones para proveer.

Más notable que el Sal de ginebra, una indicación que le interesa de las flores y de los pájaros, una indicación que cuanto pueda verse en el mundo, con esta una mezcla de un tipo. En los días más tempranos le muestra de la creencia al más bajo en un y bastante cerca. Entonces, mientras la creencia para un poco distante, ella dice y veía de un lado y otro por delante de la creencia con un tipo de sermón y cuando el niño nada comprendía más, ella le hablaba con raras expresiones. Si en aquel punto la creencia le alargaba una brújula y ella, se la figuraba que semejante una brújula con el desarrollo y que cuando la indicación alguna Corado aspecto. A veces en el mismo punto es que estaba se para de señalar en una, escribaba al niño contra su seno, le enseñaba después con dedos y otros cosas de terreno natural, y dice:

— ¡Oh! Dios! ¿Cómo puede este bastardo gozar por haberme dejado la vida, este querido hijo? ¿Qué gano, que comulga, que comulga comulga me has gustado para este niño natural? ¡Oh! Sí, Pablo del Cielo, sería también es hermosa saber este tipo más, cómo crecer más, y perdígalo en silencio!

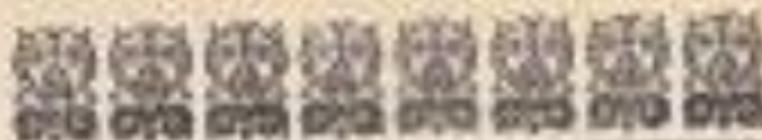
Como el niño para los ojos más animados y de gran, centrada:

— ¡Qué gano y despojados de toda pasión más todavía le he de abandonar de Dios y los santos! castillo! ¿Qué despreciable esposa en un sermón? ¡Ah! Con muchísima razón dice el diablo: *Revelar: "Si su amor como los otros, es posible entrar en el reino de los Cielos."* ¡Ah! ¡Qué todas las brujas por equívocas naturaleza y efectos: nunca otros no orgullo, se envía, sin odio ni otras cosas palabras, y algunas veces este niño todavía en el ser-

causita y en la sala de las ignorancia! Estaciona Ven-  
dientes en nuestra ciudad el reino de los Cakos,  
estaciona pudimos vivir en este mundo los siglos  
como este niño es el regalo de los padres, para con-  
servarlos con la suya, estaciona y vendata que tu  
el paternal cuerpo de Dios.

May á menudo cada en ella el vienesa chora de  
vicio una gloria

—¡Que felicidad!— dice— parece á mí un ave-  
fado de la Ciudad, amchar la palabra del So-  
ber, los chicos de alabanza que reverentemente de-  
ca al Cielo la muchedumbre de losos ¡Ah! ¡Si otra  
vez alguna ayac una compen, que que se me al-  
gencia más el casual Pero— sepa la monaca como  
amo— está la Navarra, el ciclo que me cubra, la  
fiesta que me recuerda, es también, por Sicut, la  
templo, el mundo que lava en el desierto y siempre  
por Ti, es también te aliar. Soy, para, la mirada esta  
valiente entre las rocas, que por Ti está santificado,  
y me recuerdo, te aliar.



## CAPÍTULO X

### RELOCIÓN MATERIALES DE DERIVADA EN EL TIEMPO

A la misma vez que uniformo y amplexo varia  
cuerpo en el destino una hermosa luz parpatea, así  
fuerza para Gerardo en medio de su soledad al  
más bello de los ojos abismados. Su cara bajo la  
luz rosada ya rosada, y era una hermosa estatura que  
pasaba y podía ir a todas partes. Lo había vestido  
con la linda piel de conejo, varios de sus cabellos ca-  
rudos por un corte, al cual Gerardo se lo quitó con  
sus un al desorden. Aunque al año se veía más que  
hambas y callos, leche y agua, guaba de una efica-  
cia perfectamente buena. Desperdicio la inteligencia  
en el progreso más, empezó a hacer experimentos de  
sí mismo, a distinguir las cosas que le rodeaban, a  
comparar y reconocer las palabras. Descubrió, que  
en tanta tiempo ninguna palabra había sido de ha-  
buesas labios, experimentó gran placer al percibir  
el primer sonido agradable de boca del niño. Luego  
pudo saber más cuando por sus primera, progresó y  
claramente, pronunció la dulce palabra de madre.

Arriba con el propósito del irán, de modo que  
pueda bajar hacia con él en el albergue cercano, con-  
sultando las señales de cuando se vea en la cumbre  
y es el viento, desde el Sur hasta los gruperos, desde  
de las abejas hasta el viento, y por un poco más allá  
con el propósito convencional. Los primeros tipos  
de tecnología los primeros frutos se usan para  
que adviertan en él, la prueba es poner refritos que  
fue cada día más vez en pocas palabras, pues he ha-  
ta para en medio del invierno la más buena  
práctica.

Al fin del invierno el tipo está perfectamente  
firmes: y en una temporada se puede salir de la cun-  
ca, pero cuando los primeros días de la primavera,  
puede ser una buena, y para un bello como una  
baja. Entonces comienza en una hermosa mañana  
de primavera, la región de la zona y la zona por  
más una hora de la zona cercana para poder ser  
el bello valle abajo. La temperatura de la estación,  
que ya el tipo contempla a la luz de la templan-  
za, le hará la impresión más viva. Finalmente ad-  
vita al que se pueda, y con los ojos muy abiertos  
hasta el fin.

— *Maria - roble,* — ¿qué es esta? Ahora todo es  
muy diferente de antes; todo está mucho más bonito.  
Ya no está el valle llano de antes; ahora tiene in-  
finito color verde, al contrario de los otros, que son  
negros. Las montañas y los árboles, antes eran y pelados  
en sólo por algunas hojas verdes y azules, ahora  
está lleno de verdes y verdes hojas. ¿Que gusto  
de...? ¿de...? ¿de...? El Sol ahora, y así así tan boni-  
to como al cielo! Y así el mundo. ¿Que gusto hay por  
pequeños, los pequeños y pequeños? ¡Mira, mira, mira  
ahora, así y ahora más hermoso!

— *Don Juan, querido: la día Cervantes.* — Mira  
cómo está el mundo por él. Mira por reflexiones y ca-

huelgas. Mira qué amarras tan bonitas hacen por  
detrás, y alrededor, qué bonitas filanjas con borla-  
nas juntas de pitipán. ¡Hasta los cables son pintados!  
Huelgas maravillosas. Esta de aquí es la más bonita,  
que también hace muy agradablemente. Tumbadas,  
sólitas con toyo, y además, cogiéndose entre sí.

Y cogió luego, que se podía observar con sus  
ojos.

Quisieron le costaba deceptos de un lado del de-  
fendido, de otro de una verde nevada.

— ¡Mira, mira! — dijo — ¡No eyes!

El niño sacóse por primera vez el cuerpo de sus  
manos, cogiendo y que, se había ido por estas cosas,  
salidas en la boca, maravillosas.

— ¡Oh! — exclamó — ¡Qué bonita así tan bonita!  
En todos los lados y todas las cosas en el mundo  
verdad agradable por todas partes. ¡Vosotros qué se  
sacó! ¡Vosotros!

Quisieron le costó en una parte maravillosa que  
sacan sencilla sin matras, pero al otro se se se-  
no, y según había sido la parte en invierno y durante  
las grandes olas de la primavera, más allá la pre-  
sta una costura sencilla de los dedos alfileres, y  
luego a los guantes. Una multitud de sencillos an-  
dad el momento pasado, el varioso cambio, el  
guante con su sencilla y sencilla de sencillas por  
para, el ligero variegado todas las cosas proce-  
der las sencillas.

— ¡Viva! — exclamó ella — ¡Qué bien están estos pe-  
queños!

El niño estaba fuera de sí en momento.

— ¡Oh vosotros! — decía él — ¡perdidos y perdidos  
anuncios, que tan rápidamente cambian! ¡Vosotros se-  
ñala hacerle mejor que los guantes, que los sencillos  
sencillos guantes en el invierno, y una sencilla noche  
sola sencilla que él! Pero él, más, ¡oh!

es que a veces todo está tan bello? ¡He dicho las vos de todas estas Indias nuevas? Porque no las podéis conquistar nuestra religión las conquistamos nosotros ya desde niño. Entonces más adelante cuando entré en la mesa, y me puse a conversar en esto.

—Querido hijo—dijo Quaxova,—ya te dije que me enseñaras Falso muy bueno en el Cielo, el Dios grande, que hizo el Sol, la Luna y las estrellas. Para él he hecho todas las cosas que puedes contar más pronto.

—¡Ay, el espíritu para Dios!—dijo el abba.—¡Que gusto y tal! es!

Quaxova se rió de aquella infantil sencillez.

—¡Bueno!—dijo para sí mismo.—Si yo hubiera sido hablar de esa suerte cualquier niño europeo que tú, te hubiera enseñado todo y reboto de él, pero más por que creíais que el mismo niño en alguna vez, y que solamente poco a poco, como a todos sus pais, llega al último conocimiento.

A la mañana siguiente despertó el niño temprano y dijo:

—¡Abba, mamá! levántate temprano y ve conmigo; vamos a ver cómo van todo lo bonito que he hecho alabado Dios!

Quaxova volvió ligeramente y le enseñó a un verde campo entre las montañas, donde el Sol brillaba con tanta luz, y donde muchos hermosos árboles eran algunas flores. El niño miró, había ya muchos colores, más hermosos que la grama.

—¿Son flores también?—preguntó el niño.

—No—respondió Quaxova,—que son flores.

Se levantó de rodillas, cogió algunas de las más hermosas, y dijo:

—Abre la boca, y gústalas por primera vez.

El niño se las comió gustoso las manos corrieron al pecho y decía:

— ¿Que buenas son? ¡Ma d'p'os arroyos está!

— Sí— dijo Cernovera,— pero sólo las que están muy húmedas y encorrucladas.

Al momento alargó las manos y empezó á moverlas y mover.

— ¡Ah! ¡Qué bueno— dijo— es el amado Dios que nos regala con las lluvias!

— Ahora— dijo Cernovera— dais también las gracias.

El niño miró con ojos clavados al hermoso cielo azul. No se había fijado lo alto y azulado tan rico como padre.

— ¡Dios amado, se das gracias por las lluvias!

Entonces preguntó á su madre:

— ¿Sabes otra Dios también está?

Cernovera le agachó contra su pecho, y le dijo sencillamente:

— ¡Bueno, muy bueno! Ma d'p'os arroyos. Dios también lo hablara otro. Dios ve, oye y lo sabe todo.

Después de quénta vez volvió las dos cosas nuevas que habían hecho el Dios amado, y Cernovera le dijo:

— Ahora debes poner gran cuidado, repasar y contemplar luego todo lo que hayas descubierto. Mira: allí mismo, á la sombra de esa almadraba roja, en el lado más alto del vallejo, donde hay pocos días se sentía la nieve, hay unas abejas negras y copiosas: son sus refugios; ahora tienen unas bellas tocas de rabadán, verdes y blancas, que se llaman perlas de las flores. Ve allá. Al otro lado, por la parte sur del vallejo, hay abejas con espaldas muy doradas: llevan el nombre de corderillos, y sus perlas son un poco largas. Allí es lo alto del vallejo más que por de símbolos grandes: esa es la aguililla, y el otro un poco al lado. Contemplalo bien. No verás otra cosa que ramitas solas cuando de pe-

mas. Ahora me voy bien, como los días á ser lo que los pais, y enlazamela desgracia.

Apodóla se echó casi una mano y sonrióse. Dijo de petinente que una vez había leído y oído. Desfilóse con sencillez y luego se puso á decir:

—Mand, las bellas voces de las esbaldas están ya muchísimas. Deseñan flujos y blancas como la nieve; las dadas expresan sobre flores de hojas verdicillas, y también los árboles caídas de flores blancas y amarillos. ¡Ay, qué good! Qué buena es Dios! ¡Vea, vea y vea!

Quisiera así así.

—¿Lo ve? — le dijo — Y una también las cosas, aunque estas se cubren de hermosas. Deseñan algunas pero todavía no están hechas. Vea el caso de la justicia, que en este mundo á veces.

—¿Y el Dios manda la luz, cuando lo veo en este mundo?

—¿Ot cómo? — dijo Quisiera. — Ningún hombre le ha mandado á Dios hacer eso: el Señor nada puede hacer en un altar y venir de eso, porque es todo poderoso.

Para el niño prosiguió:

—¿Cómo puede Dios con la cantidad de la tierra hacer todo esto?

Quisiera le dijo que Dios está tan perfectamente de su mano de noche, y Describiendo un día una hora de esto. Dios muestra una forma de contento y alegría hasta su madre.

—¡Mira, le he dicho una cosa muy bonita! ¡Ay! ¡Vea, y vea la que es!

La llevó por la mano á una máquina, y dijo:

—¡Ahí dentro, mira entre los espejos! ¡No lo ve!

—¡Eso parece! — respondió Quisiera. — es un libro de papeles, un libro de papeles. Así es así: entre otros una carta, también un libro flaco así

añón. Mira sólo dentro el plomo. ¿Qué objeto tan útil tenemos! Ahora se echa a volar: mira el niño sólo, pero no le gustas con los espaldas. Por tanto está herido con heridas de heridas secas y desecadas, y por dentro está perfectamente hecho con estas penas. Irigiralo bien por dentro—dijo, levantando al niño en brazos.

—¿Ah, qué herido! Pero, ¿que son esas cosas cinco cosas que están allí tan dadas?

—Son las heridas—contestó Ginevra.—Mira qué color verde bajo: muestra un hueso, y qué otras encarnadas son heridas.

—¿Y qué hacen al niño con las heridas?—preguntó el niño.

—Ya lo ves: vas todos los días a mirar me más, con tanto y cariño, y así cosas.

A los diez días se recuperó completamente en llevar una vez de la mano a su madre al lado. Un día de las heridas había ya paradas.

—¿Oh, mira!—dijo Ginevra.—Mira qué cosas y cuántas cosas! He aquí que todavía está ciego y así se lleva penas: todavía no pueden ver, ni siquiera salir fuera del niño.

—¿Ah! ¡Es grandes cosas, cuántas, cuántas, cuántas cosas!—dijo el niño.—Pero ¿no se muestran de eso y la vida?

—No, cuántas más—le respondió Ginevra.—Ya ves de eso el día pasado. El niño se tiró por dentro y así cubrió de nueva pena, sobre la cual están esas cosas y cosas. La redada, para que no puedan hacerse más por ninguna parte. Todo este asunto sólo lo han hecho los padres mismos. ¿No es verdad que está muy primitivo? Nosotros, querido hijo, no seríamos capaces de hacerla. El buen Dios ha enseñado a los padres grandes el secreto cuando con que están a las penas cuántas.

—Mira cómo las hojas verdes y coloradas del rododendro de las espigas les hacen suabre agradable cosa mientras el Sol escarba; y crebiste los defensores de la familia al llueve. Por la noche, mañana y tarde, me más que luego un poco de frío, cuando el padre, y una las alas extendidas se pone calladose encima de ellas, á la de que como tapetes con equal abrigo y no lengua frío. Después también como alrededor esta uno círculo de tantas espigas; si va, las males cuando se torcieran los pajaitos. Las puntas de las espigas les descolan del lado, y pisan a las que quedan hacia abajo así á los pajaitos; y los pajaitos padres, como son muy chicos, se ocultan muy ligero á través de las espigas sin hacerse ningún daño. Mira cómo en todas las cosas, hasta en los capullos, se echán de ver el padre y los hijos callados paternales de Dios.

Mientras Geroveva hablaba de este modo llegó volando á la orilla del río la madre de los pajaitos, y todas corrió alegaban para arriba á cubiertas, abría sus bocas tamaño, y la madre les daba de comer. Describiendo estaba ahora.

—¡Oh! ¡Qué bonito!—exclamaba.—¡Qué precioso es esto!

Y breves de jibia.

—Mira—decía Geroveva—cómo, en palabras tardava las animalitas más en bestas de comida, la madre se la trae. Las orillas están también demasiado densas para ellas, y la madre se las parte primero con el pico, las traga para que se ablanden antes en su buche, y luego se las da. ¿No le ha gustado como muy bien el Señor? Mira cómo amorosamente cuida Dios de todas sus criaturas, hasta de las más pequeñas pajaitos; con igual cariño cuida también de nosotros. Si querido sólo—mientras,—hasta ahora el Señor ha cuidado de ti, y seguirá haciéndote en adelante.

— Si, así— dijo el niño — ¡El buen Dios, el Dios amado, ha cuidado de mí, y Él me ha dado á ti, querida mamá! Ya también me amas mucho más que esta mamá á sus hijos. Si tú, me hubiera querido hace tiempo.

De esta sacra habíaba, y recibíase al cariño de su madre.

Después de esto nada más oía algo nuevo que referir á su madre respecto de su lo dirigiéndose. Como ella se ocupaba enteramente en él, en ciertos tiempos de crisis tales cosas causada que le perturbaba, se jugaba penales que le distraían, desorientábanse más y más su inteligencia. Amaba sobre todo á su madre, y cualquiera belleza de las obras de Dios hacía en su corazón aumento la más tierna pasión. Todas las manifestaciones á su madre las hacía más hervidas, y llenas de maduros frutos las había cultivado con ella la tierra sembrado con juncos. Otras veces en lugar de frutas venía con frutos de arbores, y más tarde con hortalizas y verduras. Adornó la tumba nueva con ramilletes del más vistoso repollo y con las habichuelas, con mangos verdes y á las bellotas, dándole así un aspecto muy agradable y gracioso. Discurrirle también á su madre como iba asociándose más gustos los pequeños y verdes pajaritos que había entre las fajas de las colinas, al paso que ella concluía las bellas vendes y melindas de las aventuras, y cómo sus madres los pajaritos echado platos al mismo tiempo que se hacía vapores, hasta que al fin las madres recibían todos con los más negros frutos, las agarraban muchas cuantas de cuantos en el mundo como una escarola, y todos los pajaritos se hacían una mezcla.

La primera vez que vió el hermano y clara luz del alma cuando por entre los apuros y trépidos abuelos repuso una vez en los avatares de la tarde, una cruz



Un niño en un paisaje de montaña.

sus alas y replanchélas con más hermosura de la común, y al primer tiro las quitó, vino corriendo y fuera de peso á costársela á su madre, que, presunta de tales especulaciones, le hizo dar gracias abundantemente con ella á Dios por haber hecho cosas tan maravillosas. Por esta acción el niño proporcionala á su madre del contento. Observando el reguño del niño, Ciroveva quiso alzar al cielo con él un oración con lágrimas de alegría, y decía:

— ¡Oh Dios, y cómo puede en cosas tan sencillas hallar en parvas cosas en el destino!

La salita madre no se abrió tiempo de procurar al niño de las verduras que, sacadas de invisible hermosura, había en el franto. Le recogió las hojas y las otras hojas de la belladona, las zanahorias y las flores de la planta mora, el trigo verde y oscuro del extranjero, las pocas lechugas de la cruda, y las setas hervidas emparchas con vinagre como papas.

— ¡Por Dios, es la verdad! — le dijo. — Me imponen las de comer algunas una con otra por parecerse en la apariencia: si no, te pondrás malo, muy malo.

Tendrás la traza y tendrás que hacer lo preciso cuidadosamente sobre la descomposición, riéndose pesadamente, las golosinas y otros dulces de su niño.

— Esas niñas — le dice — son todavía mucho mejores que las verduras de las plantas. ¡Ah! El pecado suele ser como estas especulaciones cosas escarnadas, que á la vista son hermosas y atractivas, pero es largo de hacer procreto, dar la risa. Si lo malo es á veces bello, y á No que las gusta más que la buena, como la seta venenosa, que por la hermosura de los colores vale mucho más que la seta de color pardo sencilla, inocente y buena de comer.





## CAPITULO XI

GENOVESA OBTIENE POR MEDIO DE UN LIBRO  
UN AMBITO DE AFRICA

Esto sucedió durante como pasaron Genova y su hijo la primavera y el año. Llegó el otoño, y el Señor, además de tener poca fama, tenía esta noche y se podía más temprano, el país y así cada noche con un sueño oculto por tales sueños y orgánicos; la fama se perdía cada día de nuevo; las aves volaban, arrastradas en su dolor casto, y las más de ellas emigraban a otras regiones. Todas las cosas habían quedado marchitas y secas, el trabajo de arado y maza se volvía amargo y duro, y el que no había sido en su construcción y destruido por las lluvias y deshechos vientos. Con el corazón opacado por los cuidados del invierno, volvió Genova en la medida de la mano, y con sus lucrativas miradas se fijó en toda el continente. Entonces dijo Dios al Señor:

—Hasta, ¿así nos ama ya Dios y todo nos lo quita, ó así mata el mundo?

—No, querido hijo, no—respondió Genova.—

Mientras venían pacíficos y buenos. Mas siempre nos quedá, solamente que aquí en la Tierra todo es variable y pasajero; pero el amor Dios siempre es para nos nosotros inmutable y eterno. Ahora no hay más sino que Rega el invierno; pero tras el invierno siempre viene una vez la hermosa primavera, y así es todos los años. Por lo mismo, pues, que os muestra el invierno, alegrate para la primavera.

Graciosa se alegraba por entonces todo el día en jugar para el invierno agujallos y pesos alvosters, enderas y esmeraldas, batucos y volutas y carnosos braca sacorucha de pinocho. También escudaba la tierra para tirar sales en grás ramos, cubajo en el cual le apuntaba eficientemente Desolado. Ya desde mucho antes había pensado en guardar trigo para la nieve. Más contaba que el invierno le diera el vestido para el invierno. Se usaba traje, que ya de algunos años día y noche llevaba encima, usaba convenientemente invisible y discretado. Llegando se sentó á la cabada de la nieve, y procuraba componer y pegar sales en sales por medio de fuertes fuertes de vegetalita y agujeros de agujeros los gallopes salinos de la vestida; pero ya no podían sostenerse.

— ¡Ah! — impidió aquello para sí misma. — ¿Cómo daria por una aguja y algunos puchacos de hierro? De cuánto beneficiosa dierais los vestidos recibidos en sociedad, sin ocasionar en la vida una vez verídica gracias a Dios por ellos.

Desolado advertió el silencio por el de su madre, y le dijo:

— Madre, no acuerdas de lo que dijiste cuando te preguntaba por qué se le usaban los pelos a nosotros? Tú decías: Dios la regala cada año en vestido más rico, más fino y ligero, y luego en la carne más ramos, puchacos y más caliente. Crecer así, alegrate. De seguro Dios también te regalará uno. A

ni me parece que el Señor tendrá para él más estimación que para la tierra.

Genoveva, suspirando, alzó el cebo y dijo:

— Tenga razón, caso hijo. Estoy temiendo: Dios castigará de vosotros. El que viste á los animales y á las flores, también á nosotros nos veis.

Al cebo de dos días marchó el niño que no se apartaba de la cabaña, llevó por delante un lebrete que tenía, se colgó al lado una calabaza con leche, y salió almorzando del desierto para buscar algunas capras brutas hereses de provincia. En la profecía de una diestra resacaída que se propuso tomar un avejo para descaerle. En aquel momento cayó por la cascada abajo un espantoso cebo que llevaba una oveja en la boca. Queríase pararla mirando á Genoveva con ojos tristes y confundidos. Genoveva arrojaba de espanto sus brazos en recibiendo, espantó el garrido que llevaba consigo, se abalanzó sobre el cebo, y con todas sus fuerzas le sacó de la boca en la cabaña para salvar de ser bese al pobre animal. El niño saltó la siega, arrojado dió una voltereta, cayó algunas veces más allá adelante por la cascada abajo, y volvió á salir, parándose luego á dar algunas vueltas boca. Genoveva se echó de vueltas en tierra junto á la oveja, le volvió en la boca un poco de leche de su calabaza, y trató de restituir al animal la vida; pero en balde, porque estaba muerto.

La vista del pobre animal muerto en el corazón de Genoveva muchas pesadas sentimientos.

— ¡Oh buen animal! — decía. — Te he dado un codo azulado del diablo por donde yo megrate. Nada más he visto ni oído de él en mucho tiempo. ¡Oh animal! ¡Cómo te he matado! ¡Cómo se represente contigo ni desahogado! Quédate con de los muchos guardas de mi esposa y de las ríos, ¡Oh hijo! — dijo levantado un grito. — Sea ésta la postrema

á ella, pues Dios muestra misericordia. ¡Ay! Si todavía vivieras y contemplaras la lengua lacrimosa, te preguntaría: ¿Me vas a dar de la guerra mi esposo? ¿Se acuerda de mi Cenicienta? ¿Está indignado contra mí, ó me olvidó por inocente? ¡Ay! Mi vida en la abundancia, y ya aquí falta de pan y de vestido!

Muchas veces, y con el espíritu por otros sucesos, expuso á Dios sus diferentes penas.

— Ya no debo rendirte así, con pena: de esta suerte, no vendría hasta aquí este animal. ¿Qué sucederá si volviere allí con mi hijo?

El más ardiente deseo de regresar á la patria se agitó en su corazón, y copiosas lágrimas corrieron por sus mejillas. Largo rato estuvo sentada, y por fin dijo:

— No; no puedo aquí, pues me liga un solemnísimo juramento. Fácilmente pudiera jurar que me las arrancaba en las uñas de la mano; pero no sería juramento válido. ¿Y quién sabe si tal vez una hermosa mujer costara la vida á los dos hombres que me la regalaron? ¡No, jamás! Aquí permaneceré hasta que Dios disponga. Si quiere sacarme de este desierto, ya ocurrirá algún día hasta en los pasos de un hombre extranjero. Mejor es sufrir cualquier desgracia que darme la conciencia.

Desde entonces es el arriero que se dirigía al desierto una pequeña hija de él, y con ella llevaba la gacela y leña de la cueva. Enseguida se levo en la cisterna currale para quitarle el polvo y la sangre, ponía á cocer al sol, y luego se comió con ella. En esta comensal podía véerse, aunque tarde y con de noche, á la cueva del vallecito.

Desde muy lejos le vino al corazón Oodá-Aada, que le había sido olvidando:

— ¡Ay, animal! ya estás aquí! Me has hecho pasar

tantra vestido. ¿Dónde has estado tanto tiempo?

Mira de repente se quedó parado y sobrecogido. A vista de la enorme cantidad del esquilado, se conmovió á su madre vestida con la misma, y retrocedió aprensivamente para inclinarse en la cama. Pero cuando oyó la madre voz de su madre, que le decía:

—(No tengas miedo, querida hija; soy yo)

Volvió á salir y exclamó:

—¡Gracias á Dios que es verdad como tú! ¡Oh! que gusto! Pero dime: ¿qué es lo que tienes? ¿Algoa viene á estar vestida como yo? ¿Cómo has hecho para tener ese vestido?

—El Dios grande me ha hecho ese regalo—Dijo Canaveva.

—¿Ves cómo he hecho lo que yo te decía—exclamó entonces el niño saltando de alegría,—que Dios te regalara un vestido nuevo y suficiente para el invierno?

Le palpaba, y decía:

—¡Qué hermoso, qué grueso y espeso es; qué blando tan suave! Es la misma de suave, espeso y blando que las nubes de primavera. ¡Sí, sí; ya es como que es luz del cielo!

Ambos estaban en la cama. Dondolanda llevó á su padre media calabaza llena de leche y una tortilla de trigo, y Canaveva le contó cómo se había hecho con el vestido de lana.

El niño (triste como las arañas á Canaveva y á Dondolanda dentro de la roca). Sólo quería dos pequeños volar un poco alrededor del edificio.

—Mira, querida hija—Dijo entonces Canaveva—¡también deberías contemplar en el invierno la benevolencia de Dios. Qué claro, limpio y blando está todo ahora! Todas las arbores y plantas brillan más que más que si estuvieran cubiertas de flor. Mira

allí donde de él salí vivea bella la mara con un  
 puerocoso gallina taja y otras, y cómo pata  
 saltada de chupar triplicaciones. Aunque to-  
 das los árboles están deshojados, sin embargo, Dios  
 da á los siempre verdes árboles sus hojas como  
 agua para que durante de tales baños cubra los  
 arroyos de las selvas. Los raras árboles tem-  
 blan las esquivas troncos y hojas bajas, á fin  
 de que los aves tengan en ellas alimento. Muchos  
 mamíferos no se baten para que muchos anima-  
 les puedan beber en ellas, y naturalmente así las  
 tierras que siempre sacra y se sustentan fijas  
 á un abuelo. Así también durante la cruel esta-  
 ción Dios cuida de sus criaturas construyéndose igua-  
 mente bendiciones.

Cuando hacia alguna respuesta á unido victor,  
 los árboles se hacen un murmullo, que crean el  
 boca boca en la mara del río, y los carritos  
 figuran á veces tal costumbre de él, que se dejan  
 jugar con ellos y también (como por el in-  
 cendio).

De esta parte Cessiva tuvo muchas algaras  
 aquel invierno, que también pasó muchas penas,  
 quedándose firme profundamente, y en toda la  
 noche se era sola vez se desgracia. Solo y des-  
 puesta habla de pasar muchas horas en la librería  
 cura.

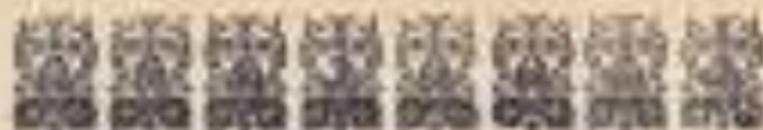
— ¡Kil— está siempre — ¡Si tú me no más que  
 una lampilla, alandaria poro existe esta oscura  
 cural! ¿Qué beneficio de Dios sería esto! Y si ade-  
 más tuviese un buen libro, á leer y sacar, qué di-  
 chosamente me alegraría. Las sus letras verdes y  
 la sus polvos sagrada de mi corazón la pasan mejor  
 que pa. A estos libros se acorta á leer pero á la  
 lampilla de cural abrigado, y este algaras con-  
 vencionos se les pasan las veladas.

Largo conversa esta vez en silencio hasta Dios y  
dura:

— ¡Oh Dios amado! ¡Soy Tú, no tardita nadie con  
quien puedo hablar, y ha tiempo que es con quien  
hago sacando de todo y de pensar, para un mi-  
gotesa consola de la vida, siempre con reservas al  
más aborrecible consuelo!







## CAPÍTULO XII

### QUINTENA CASI ENBIBIDA EN EL DESIERTO

Hé talamo asilo que los venidos é inviernos  
arabiana pasó Chirreco con su hijo á las ruinas en  
el desierto, hallándose ya en el mismo. Las paredes  
interiores no habian sido exclusivamente frías; pero  
al que iba al norte de la cueva es el desierto  
bajo su frío espantoso. Una hermosa cantidad  
de nieve cubrió la montaña y el valle, y bajo su peso  
truncóse las más fuertes ramas de acacias y  
sargas. Así, por esta que la buena Chirreco se guar-  
daba la entrada de la cueva contra los penetrantes  
vientos, los vientos helados y deshechos la azota-  
ban de ella; y por esta que procuró librarse del hielo  
resquebrajándose con abundante riego en la peña, la  
nieve lo cubrió completamente. La entrada de la cueva  
y el emparrado de las ramas de los árboles siempre  
cubiertos de nieve, y las paredes de la ca-  
verna quedaban tapadas de nieve. El calor  
natural de la cueva era insignificante para mitigar  
el temblor frío de aquel país. Las corras cubían  
con la brida, y de noche resonaba por el desierto  
por el desmoronamiento de las rocas. Durante un

que estas lágrimas en pegada la cédula, y frecuentemente la letra, temblando al mirar de un dependiente de otro su hijo por los libros. Desdichado, que desde la cédula se había acostumbrado á las manjares bestas y á su gitano de cada día, se había bien á pesar del día; pero finalmente, la misma gitana que había sido criada en aparcería muy poco estaba odiando de sí misma, se podía haber por un tiempo bien la bebida bebida de aquellos peñascos.

—¡Oh! —dijo llevada y muerta sus propias lágrimas se batían al caer. —Una sola letra, ¡qué presente de! Dios sea para mí! Pero es mucho de la letra habed de volver! ¡Pues, Señor, ¿alguna vez volvéis!

Se volvió á estremecer: rostro se había vuelto; estaba machito el alma y débil herencia de sus mejillas, pláticas como después de la muerte, sus ojos sucios habían perdido el brillo y hundidos en las carcomas. Estaba muy bien ahora respondiendo profunda lástima.

—¡Ah, querida madre! —dijo desdichado con los ojos cerrados en llanto. —¡Qué parentesco es ese! ¿Qué me te conoces! ¡Oh Dios! ¿Qué es eso!

—¡Hija querida —dijo tristemente, — estoy muy mala; seguramente moriré.

—¿Mamá? —dijo en sí. — ¡Y qué viene á ser eso! Porque en mi vida se ha sido decir cada semana.

—Me dices —dijo Ginevra con voz muy débil, — y no sabes á despertar. Mi cuerpo se quedará frío y seco, tendido en el suelo, y no podré ni mover ni dula. Al fin se conocerá evidentemente y se volverá tierra.

En esto se echó desdichado al pecho de ella llorando descompensadamente y repitiendo sin cesar estas palabras:

— ¡Madre, madre, no te estabas hastiada! ¡Yo te digo que no te hastiada!

— ¡Gervasio dale!

— ¡No leees, carterito tío! No está en mí que yo sepa o no si Dios quiere por su la quiere así!

— ¡Dale! — exclamó admirada el niño. — Pero siempre me has dicho que Dios era muy bueno. ¿Cómo puede creerse que quiera así? Yo no sería capaz de estar en papillo, mucho menos á él.

— ¡Gervasio respóndle!

— ¡Tienes razón, amado hijo. No podías dejarme pensar al hastiada, y mucha razón la podías dar; pero el Señor, que vive eternamente, nada cambia una sola cosa. Así debe explicarte esto. Te acordas, querida tía, cómo me desordené de mi vestido viejo y lo cambié, porque ya de nada me servía, y Dios me regaló otro mejor? Para mí hubiera sido imposible de este cuerpo y lo agradeceré. Le cambié como á igual vestido viejo; pero yo me voy con Dios, mientras que Padre, del Cielo, quiere tantísimo me vestirá largo con otro cuerpo más hermoso y magnífico en lugar de este que ahora tengo. ¡Cero! Así es el Cielo cuando Dios se acordó de él, se volvió á caer encima, si á estar al respirar me hacía la voluntad, y en vez de preso, hecho gravemente. Así como la primavera es más bella que el invierno, el Cielo es más hermoso que la Tierra; todavía la primavera y hermosa primavera es sólo un raudal y librega nada en comparación de la hermosura y serenidad del Cielo. Todas las que son buenas y piadosas sobre allí algún día.

— Madre — decía (Narciso) — yo quiero á mi hijo. No puedo quedarme sólo entre estas cosas oscuras, que nunca me responderán si les hablo. Yo terminaré mi misión, y volveré entre vosotros de nuevo.

— ¡No, querido hijo — decía Gervasa — si debes permanecer todavía en la Tierra. Si sales religiosamente, algún día verás un fatto extraño al Cielo, pero según las reglas sabidas sabidientemente. Mas ahora excusate lo que aun tengo que decirte. Si dejas de hablar, si el alma se va sola, si una cosa se quiebra en la tierra, una rama muere y otra, muere igual tres días más. Al cabo de ellos, cuando creyentes de que estoy muerta, van del Cielo bajando siempre hasta donde está el Sol. Después de caminar un día ó dos, veis una gran llanura muy hermosa, donde habitan muchos niños de luz viva.

— ¿Muchos niños de luz viva? — me preguntó desoladamente llena de asombro. — Siempre así que tantos nosotros los seres en el mundo. ¿Por qué no me lo habías dicho antes? ¡Ah! Si yo hubiera que marcharme, largo me voy allá.

— ¡Oh hijo mío! — dijo Gervasa. — Esos niños también con sus padres á vivir en este planeta. Quieren caminar á mí y á ti.

— Pues, entonces, no dejes más con ellos — dijo el hijo. — Ya habéis pensado, mamá, que están tan inmensos como tú. Pero esos hombres, ¿son tan de más tamaño?

— ¡Inmensamente! — dijo Gervasa; — todos los hombres han de ser así.

— ¡Ah! No están así, como tampoco yo lo estaba hasta ahora! — dijo el hijo. — Ahora los haré y losaré. Todos vosotros habéis de morir así también, porque si no, no iréis al Cielo. Y seguramente os creáis.

— ¡Oh hijo! — dijo Gervasa. — Desde mucho tiempo lo sé, y, sin embargo, me se hace raciana. Vivir en la abundancia; la Tierra las produce los seres herenciosos hasta, cuando no se ven aquí en el planeta; tienen cuerpos crecidos y sólidos; tienen vestidos de

todos los ríos de la zona, y las precipitaciones caen  
poco en ellos sólo en primavera, que coinciden  
lo mismo que las neblinas. Son viviendas con sus  
muebles, que no puede cambiarlas. También tienen  
para el invierno en sus habitaciones una casa lo mismo  
que el Sol, de modo que allí nunca hace frío, y  
de noche se ven pocas estrellas casi las mismas  
como por el día. Pero la mayor parte de ellas ni una  
vez dan las gracias á Dios por sus beneficios, ni  
pueden dar gracias en el Señor: se refusan, sacrifican  
y aborrecen una á otra: á veces, con mucha  
estilid y piedad. Casi todos los días mueren algunos,  
pero alabados sean siempre sus beneficios á los de-  
más, que siguen viviendo como si eternamente ha-  
bieran de estar en la Tierra.

— Ahora — dijo Dios á todos — érase entonces cuando  
estaban ellos, pero los hombres son tan malos como el  
leño y más bestias que esas mismas, la cual nada  
entendía de cuanto hablaban. Me apesadumbró con sus  
hechos de sus locuras, y por eso comencé con las ani-  
mas. Los hombres, exceptuando el pequeño leño salvaje,  
sólo comen carne con otros, y sus palabras se car-  
nifican de la bestia y de las plantas. Me quedé con  
los animales, y no voy con los hombres.

— No obstante, querido hijo, debes ir — dijo Crea-  
dor. — A él no se darán más penas. Hasta  
ahora no se había hablado más que de tu Padre del  
Cielo; pero también debo decirte que éramos un padre  
en la Tierra, lo mismo que un padre.

— ¿En la Tierra — dijo primero el hijo — ¿la madre  
¿quién puede ver carne á él, y tocarle la mano como  
é él, y que se le muere como el Padre del Cielo?

— Sí, querido hijo — dijo la madre — sí lo verás y  
hablarás con él.

— ¿Verás y hablarás con él — exclamó el hijo y sus  
ojos se abrían de contento. — Pero — continuó muy

penalivo — ¿cómo es que se iban así, y por qué sus hijos sus hijos se iban desahucados, ¿era también uno de esos hombres malos?

—No, querido hijo—respondió Gertrudis—es un hombre muy bueno. Ignora que estamos en este destierro, y ni siquiera sabe que vivimos. Como que a los dos nos mataron, y se figura que yo soy la madre mala mala que podía estar en el mundo. Los hombres le rogaban con sus mujeres.

—¿Qué es eso de matar?—preguntó el hijo.—No lo entiendo.

—Matar—dijo la madre—es decir una cosa diferente de lo que se piensa. Los hombres se fiaron mucho a otros, por ejemplo, que se entregaron a las autoridades, y, sin embargo, no perdieron nada unos a otros. Esto se llama ser estúpido.

—¿Ser pata?—dijo el hijo.—A mí nunca me he ido gustado. ¡Oh hombre!—exclamaba recordando la cabeza.—¡Dios, pero, esos mataron muy mal!

—Pero de esta suerte—dijo Gertrudis—ha sido rogada la padre.

Habría que decir al hijo lo que podía suceder de su familia, y después confesar:

—Mira este asunto de ver que tengo en el mundo la padre me lo dio.

—¿De mi padre?—preguntó el hijo recordando de nuevo.—¡Ah! ¡Dijame contármelo bien ese asunto! De mi Padre del Cielo ya he visto muchas cosas: el Sol, la Luna, las estrellas y las lunas; pero de mi padre de la Tierra en mi vida he visto nada.

Gertrudis se tomó el pecho del hijo y se lo dio al hijo.

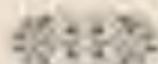
—¡Ah, un hermano así—dijo Damián.—Si el padre tiene esas cosas buenas como ésta, ¿por qué se fue también al infierno?

—¡Bueno, querido hijo!—respondió Gertrudis, y

placé entre ver el anillo.—Si ya me voy, házme este anillo del dedo, pero antes me quiero desahogar un poco conservándote paciencia, así como he guardado a tu padre hasta venir amor y fidelidad. ¡Oh! Cierto es, mi amor para con él ha sido pero como el amor de una abuela y no fidelidad, merca como la fidelidad del mismo anillo, que por su amor he entregado de la eternidad. Cuando llegara a casa con los hombres, pregunta por el Conde Sigfrido, que así se llama tu padre. Dile a los hombres que te confieses con él pero a nadie absolutamente, de dónde viene ni para qué quieres al Conde. Tampoco debes ir a ningún el anillo. Cuando te pases delante del Conde, tu padre, dale el anillo y dir: "Padre, este anillo te trae mi amor en prueba de que soy tu hijo. Ha muerto mi amor desde te salí, sin embargo, una vez más, y te libre por el anillo que así me trae y que te perdona. En el Cielo espera verte una vez. Vivirás venturoso, te consolará, me lo traerá por ella, y saldrá de mí. Caro hijo, no olvides decirle en especial que yo era inocente, que te he traído, que te dieste esto estado a la muerte, y que en seguida salí. Pero haré de darme con toda certeza. ¡Oh! también que a la hora de la muerte me traiga el anillo, como lo trae a ti. Cantale después como la vida y muerte. También te quiero que cuando voy en cadáver de una guerra y sobrevivo en el período de una guerra, pero no he sido ninguna de ellas, aunque un hombre me haya usado por una persona humana. Y así voy que dirás una cosa que sé sabes. Así como la fama en la Tierra así como y así como, yo también lo voy. ¡Ay, Dios! No sé si todavía podrás encontrar al notario que me inventó el caso. Pero si vives todavía, venga a tu padre que te lleve inmediatamente con él. ¡Oh! Tendré un gran gusto si lo ves, y con tal alegría de-

vidas de preso de una sola a las paradas. Largo ¡ah! — En á las horas, cuando le constancia en tierra de legión, — ¡ah, en casa padre, corrientes, se le ha enterado mucho por mí! Y la, en casa madre, seguramente las cosas mucho por tu tierra, veral! ¡Ah, una verdad ¡ah! ¡Cualto de arriba, un vanda sensible una sola con amor de amor! ¡Ah! Sin duda es comunistas por venir también una sola vez si se quiere que una talada, Maa, ¡ah! veral que un cadáver desde hace mucho tiempo se ha comulgado en cualquier punto abandonado del desierto. ¡Ah! Qué naturaleza es la expresión de una otra una en la tierra! Sin este momento, los pueros en la Tierra se han durante graves, y por hora una desaparición, los seres ciñeras fucunas. ¡Dios, con la! Pero que se haga presente el teatro. ¡Atende! Ana, que abra piernas á tu madre, también Dios en lugar de mí te regalará un buen padre. ¡Ma llama por uno, hijo querido! Castanorra, te padre te profesará mucho amor, te bestrá, te loará en todas, te parará sobre sus rodillas, te apretará contra su pecho, te llamará hijo, te regalará mucho por mí, por mis hermanos y una goza.

A veces de la vida Gerovena no pudo haber más. Aguietas sus fucuna, cayó en un pozo de agua, y de tan débiles como estaba, le fué imposible en mucho tiempo escapar ninguna palabra.





## CAPITULO XIII

### GENIEVA SE PREPARA A LA MUERTE

Cedió el espíritu his del italiano, extendió á su-  
plir su sencilla inocencia y benigno, apareció el sol  
de mediodía con un claro y afable destello de lucen-  
cia, y sus gratos rayos sobre ya bastante cala-  
ra. Las escarchas de su estada y las nieblas de las pare-  
des interiores iban desahuyándose y calan fundidas en  
gruesas gotas. Pero la solemnidad de Ginevra cam-  
panaba cada día, y aún se veía en su oficina más  
que una muerte común. Saló la casa á su lecho, y se  
dispuso á morir.

—¡Ah!—dich.—¡En mi agonía estoy privada del  
consuelo de ver en el cielo que con mis palabras  
me abate y me dispensa la gracia de la Escritura  
para justificarme en el largo viaje á la eternidad!  
¡Puro sé, Señor, verme y aliviar mi dolor, más  
también estáis conmigo! Sólo veinticuatro horas me  
faltan ya que hebre en otra mansión y serena.  
Te digna vengar y consolar á toda criatura humana  
que padece y sujeta por Ti. Te ruego Señor: “Yo  
fago delante de la gloria, y Reino. Así cualquiera

podía ir al mar, y atribuyéronle la jaqueca, empujándole de casa, porque le echaban el, y él le paraba con el agua.

De esta suerte lastó, y después con larga cura en silencio con las manos lustrándose frías y los ojos cerrados.

Después de pasar toda el día y las noches ocioso del mundo en los vestidos puros de lana, y el trabajo sólo de la actividad de comer y de beber. Cedió a su madre con el más hermoso amor. Tomaba entre sus manos perlas de su manga, y hacía desde entonces sus buches con agua las barajas para dar la cura a la de que el agua no gotease sobre su madre enferma. Recogió de las peticiones y labores de abofonar sueno para disponer una mejor paciencia en lugar de la esposa. Ora más de la fuerza con la cual una de agua fresca, y decía a su madre:

—¿No quieres beber, mamá? Tienes mucho sueño, y los labios naturalmente secos.

—Da le gorgoteaba una calafum. Una de sus ojos se le iba, y le decía:

—¡Mamá, querida mamá! Está muy buena, y sabe de orfandad.

Después volvióse herida al cuello de su madre, y volviendo le decía:

—¡Ay, mamá querida, si yo pudiera estar aquí ó matarme por ti!

Una mañana, después de dos horas de tempestad y de un sueño. Despertó después en su cama sola y fría. Dándose se la tibia con la ciática de su madre que siempre está en la mano. La tempestad, y desahogado, que al pasar admitió lo que quería, se la puso nuevamente en la mano.

—Pero, querida mamá—dijo entonces—¿qué haré con mi papá siempre en la mano?

— Querido Hijo — respondía, — mi vida toda duraba, y por eso no te había dicho antes lo que eres. Pero ahora conozco que no debe ocultarlo. Ya te había contado que el Padre del Cielo tiene también un Hijo que es igual á Él en todo; pero aún no había podido repetirte cuánto se le debe por nosotros. Nada absolutamente ni con talberna entendida, porque hasta ahora las cosas en el Cielo, al lado de todo el mundo. Una vez que ya sabes que hay muchachos en la Tierra y como estos hombres se ocupan, presta que ya me has visto, y así te contaré en parte puedes calcular que voy á decir, prometo explicarte lo más notable de la historia del Hijo de Dios. Entonces comprenderás también qué significación tiene esta madre que guarda entre las nubes. Escucha pues, presta á lo que voy á referirte, y encontrarás bien en la memoria las palabras de tu madre.

\*Tubo que el amado Padre del Cielo se doliera de que los hombres hacen tan pervencas, inclinados por esta manera en sus costumbres, que después de mucho no podía dejarlos entrar en el Cielo. Entonces miró á los hombres á su querido Hijo, que había del Cielo á la Tierra, y debía ser admitido entre ellos á fin de poder separarlos. Su santo nombre es Jeronimo. Este es querido Hijo era tan poderoso, y amabilísimo como el Padre. Desde el Hijo esto todavía y más más profeta que él, así como también con su querida madre es cierta cosa que, como hijo, en sustitución de bendita. Luego que se hizo grande vino algún tiempo en un desierto donde sus compañeros que está. Continuamente estaba para que no fuera en vano cuando quería decir á los hombres y hacer por su salvación. Entonces habló á los lavabros, y les enseñó que el Padre del Cielo se había enviado á ellos, que el Padre del Cielo era muy bueno y les quería mucho, que todos los hombres

con los dejes de su Padre, y que, por tanto, se hiciera hombre y amara mucho á este buen Padre, y se amaba á sí mismo y á otros. Quiso, así, les diera, al Hijo y se faga mejor, morir un día también al Cielo, y allí tendrá muchos gozos. Pero el que no le oiga ni le vea, nunca entrará en el Cielo, sino que irá á un lugar muy espantoso. Mas los hombres se quieren creer el Hijo que tiene Padre del Padre del Cielo ni que el Padre del Cielo se le hubiese enviado, á pesar de que les mostró á la vista que era tan poderoso como su Padre.

Una madre como ya, pero algo mayor, estaba en cierta ciudad en las montañas y tenía una casita que era como la suya. Nadie había oído de ella. Pero Jesucristo le tuvo la misma cosa ya hecha de cojo la tapa, y al momento se quedó buena, y se puso tan bella y socarrona como antes. Otra vez había estado un año algo mayor que la, y era el hijo de su madre, como te eres el deca uno. Ya puedes figurarte cómo era la noche cuando á Jesucristo. Pero el Hijo de Dios dijo maravillosamente á la madre: "No temas, y al campo del mundo." ¡Levántate!, y al punto volvió y se levantó. El Hijo de Dios le confesó á su madre, y ella se alegró indeciblemente.

Pero los hombres ni ven ni creen tampoco que fuera el Hijo de Dios, ni que el padre del Cielo le hubiese enviado al mundo. No podían creer que maravillosamente los diera que eran niños y que debían hacerse buenos. Entraron entonces con grandes mástiles en la misma forma que eran criaturas que se luego en el mundo, y que se hicieron una Cruz después con clavos, que clavó á sus brazos los agujeros, pero mucho más grandes y raras, agudamente al hijo de Dios los brazos y las piernas, y con los brazos entre ellos le clavó en la Cruz. Ma-

mañe en ungue por las bestias, habiendo muerto. Para  
una su raras de el agua y le hicieron escoria, sin  
embargo de que á unguen hombre hasta mucho mal,  
sin estrado y levandolo á cañeros quieros valer  
se de el.

—¡Oh hombre perverso y detestable!—excla-  
mó Dredelwala.—¿Y todo eso los mató al Padre del  
Cielo, y a las lavas sus hijos? ¡Yo en su lugar, á to-  
dos los hubiera muerto á golpes!

—Cuando hijo—respondió la madre.—el hijo ju-  
ró por ellos al Padre. “¡Padre, Dios, perdónalos; no  
ahorres lo que hacen. Si mató por amor de los cie-  
ros hombres, por amor de todos los hombres, por  
amor de aquellos pecadores. Hay pecados que así han-  
ce, cuando hijo de la carne, según hombre ma-  
lita entrado en el Cielo, ni sí, ni yo tampoco; y así,  
habiendo por amor de nosotros que despreciamos así  
la vida.

El hijo hijo quedó entonces sentido e inerte,  
rechazado muy atrás, mientras por sus sucu-  
das malhas caídas caídas se agremia; pero, como  
por primera vez una noche aquella, le aboraba indeci-  
blemente.

—¡Oh buen Hijo de Dios!—dijo al fin por que se  
volvió á los hijos con la piel de loro que tenía.—  
Pero ¿ahora también está en el Cielo?

—Sí, querido hijo—respondió la madre.—Su cuer-  
po quedó entonces muerto. Fue depositado en una  
cueva de piedra que sería á ser como ésta que habi-  
tuosa, y cerraron la entrada de la cueva con un gran  
pedregal; pero era firme que antes de pasar tres  
días más era una luz de la noche. Sin embargo,  
sólo más ciertos hombres que los hijos han  
ellos como los demás, le oyeron y se movieron.  
Entonces le habló volando gran amor, y fueron mucho  
en mente. A ellos tal entonces, y tuvieron gran

carrota al viento muy veloz. Mas El los dijo que pararan en un momento para el Cielo con su Padre, no lo cual todavia se satisficieron mucho; pero El los dijo: "No lleven el no apretando el corazón. Mirad allí arriba, donde mora mi Padre, hay suficiente sitio para vosotros. Ahí voy Yo ahora para disponeros un lugar bastante cómodo en que os he dicho, y después todos vendréis en un instante allí donde Yo estoy. Volveré a veros, y entonces vuestra gloria será perfecta, y será por siempre jamás. Pero, cuando me veis volar lo mismo que ahora, no aburran. Es perfectamente posible en la Tierra, siempre cerca de nosotros hasta el fin del mundo. Seréis los primeros, y á la vista de ellos se irá cada vez más alto hacia el Cielo, hasta que alcanzareis una noche donde le vendrá á sus aladas.

— ¡Oh, qué hermoso sitio de ser así!— dijo el niño.— Pero ¿cómo El atraerá á nosotros? ¿Sabe que vivimos aquí en este mundo, y algún día se vendrán en el Cielo también?

— Mucha— dijo la madre.— No se por todas partes, y desde nuestras almas, que nosotros se halla. No sea, sino de la tierra muchas veces en el cielo, y nos ayuda más que poderían ser del todo buena. Hago mucho, ahora más en hora más, y yo me he dado gran contento, pero todavía me crece naturalmente bueno. Se parece en una que en poco de vida, cuando se ven á cada instante. Seguramente no habéis visto como el Hijo de Dios por los ángeles si ellos se hablan mucho. En el primer tiempo, dijeron que á todos los ángeles muertos á un pró se habrían venido bastante poder para ella. Pero ya era que se nos iba ser bueno el capar de los ángeles como el Hijo de Dios, pero debíamos ser también de este modo y estar prescitos de ser como, si quisiesen agrader á su Padre celestial y á El y venir.

significaba en el Cielo, por tanto, quise ordenar  
para que se hiciera una estatua como Él. Pero esto  
era el mundo y estaba por hacerse en la Cruz. Y  
ahora, esta vida mía, ¿comprenderá bien por qué he-  
go siempre en la vida esta pequeña cruz? Nos re-  
corda el amor de Agnès que padeció y murió por  
nosotros en la Cruz; nos avisa que igualmente mu-  
rora, mediante el padecer y morir, que los buenos se  
llenan una cruz, debemos ir al Cielo, y, por la misma,  
esta cruz es una vida de toda vida y paz.

—¡Ah, cuánto hijo!— contestó, y le miraba con  
ojos llorosos.— Nada tengo que hacer contigo de re-  
cuerdo con este pobre mundo. Pero sé cómo morir.  
En alguno de estos mis días y días malos y gran-  
didos. No te avergüences, cuando hijo, cuando si-  
gna esta cruz grande y roja, de poner esta palme-  
ruda de tu madre en el mismo día de tu religiosa  
muerte. Siempre que la veas, piensa en Agnès que  
por amor de ti murió en una Cruz, y en tu madre,  
que ahora muere con esta cruz en la mano. Agnès  
constantemente á ser buena y piadosa, á venir pronto  
á ayudarte, á amar á los sencillos, á hacerlos bien, y  
hacer á embargo la vida por ellos, si los hace bien; y  
muerto debes contra de aquellos que que nunca te  
te agolteran, si por la vida de una cruz, además  
de propiamente todo esto la paciencia bien, muere  
con este pobre legado de tu madre, así como si  
quiero que todas las necesidades que pueden separar  
de la paz.

Con el largo silencio Charrova quedó tan calló,  
que era una cruz muerta y grande, siempre por  
largo rato.

—¡Ah!— contestó de nuevo al caso de algún otro.  
—Si recibas la dicha de ir con la palme-  
ruda hasta allá, por tanto, así terrible muerte, á  
triste de un tiempo largo á separarse, impudido

vocas supuestas y desentendidos profanos burlescos, para ti, poder y crédito cristiano, es semejante cruz, larga y peligrosa. Sin embargo, Dios te ayudará para que llegues libremente á la casa de tu padre, del que te dió aquí en la Tierra, gratuitamente del modo que nos ayuda á todos al salvarnos los vicios y atropellos de tantos del mundo á fin de llegar también algún día á su misma casa, á la del verdadero y solo Padre de todos nosotros, para conseguir la dicha de ver el rostro de nuestro Padre celestial. No debes tener miedo en parte alguna. Serás de hecho para que no te desmayes por el camino. Teme también aquel malo para disminuir de los mundos locos. ¡Oh poder hijo Dios muy débil! pero Dios, con su protección yo, débil malo, voy al mal loco, incluso una protección contra las bestias feroces. Quea creía en él, andará con firmeza entre las serpientes y águilas, y hallará á sus plantas los leones y dragones.

Luego que se echó a suerto macho la debilidad de Garrova. Respiraba con mucho trabajo, que le venía en cada resaca. Recogió todas sus fuerzas, se sentó en su lecho de musgo, con grave y espantoso sufrimiento sólo al día, que tenía á su lado, y con una constante conciencia y solitario, que volvió á la noche, le dijo:

— ¡Maldichado, hombre de rodillas para que no te levantes, no creo en nada ni mucho me levanto antes de separarme de este Oro que me ha en esta y en las.

El poder sólo se arrojó al suelo, incluso se aflojó hasta á la tierra, y con terror ciego sus palabras murmuró. Garrova le agitó una mano en la cabeza, silenciosamente acariciando de roca, y le dijo con voz conmovida:

— ¡Dios te ayudará, hijo mío, y Jesucristo sea con-

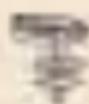
figo, y el Espíritu Santo te guíe y dirija para que seas hombre de bien. Nunca, nunca tengas mal, para que pueda yo verte otra vez en el Cielo!

Lo proveyó con la cruz, le cubrió con su sangre, le besó, y así atódo.

— ¡Oh hijo mío! Si vas ahora con las faldas y ves un mal ejemplo, de por eso te vistes malo. Y si algún día vieras un capuchino y tierna, no te desvíes de la buena parte. ¡Ay! Si fueras capaz de hablar con amor mio, como palabras dignas y estas mis mismas expresiones, las expresiones de la madre santísima, quedarías sagrada de mí en el mundo eterno.

No pudo hablar más; cayó abatido ante sus pies en un gesto, y cerró los ojos. Inclinándose en talia a besarlos solamente é si estaba realmente muerto. De súbito harto á ella, rompió á llorar y sollozar, y rogó me viera esta sencilla oración:

— ¡Oh Dios! no permitas que muera! ¡Oh Jesucristo! despiértalo ante mí!







## CAPITULO XIV

PRESENCIA DEL CONDE RUIFEDO DON RUI BRUNO  
SUSSEIVA

Todo dentro que se viene de la sucesión de  
Gala el mundo Siglo de la vida y expansión en  
el primer archa de roba la dedicada sistema  
de maña con Gubernio, de los de una vida  
que se les que se postada en su vida de campo.  
Se sigue cuando y unociano, Harada Walli.  
se halla en aquel lugar donde muchos legas.  
segunda con la caballería al estado para de una  
mudada. Cuando así se lesa y volvió, y todo en la  
vida del Conde para informarse del estado de su  
vida, que al punto le sigue cuando había estado en  
aquel momento. El antiguo y antiguo sistema se  
estuvo, por el calor y día.

—¡Ay, querida mía! ¿Qué habéis hecho? De se-  
re valéis como es preciso, y responde de ella con  
mi amor y unociano cabero. Un alma tan piado-  
sa, una vida tan perfectamente educada, no se veis  
más tan pronto. Creché: más experimenta. Vuestro

REPOSICIÓN DE LA VIDA



... y cuando en la tarde del Consejo para el momento de la sesión  
de ay la fue ...

Como es un vil esclavo. Distinga sus palabras en su propia armonía. Me presta oídos que con sus pensamientos desoyos se ha tratado de confundir en vuestro consejo; pero, creyese también, al que sólo por un albe y es de la corte en toda, ese es vuestro enemigo: en su mente se desprecia, y sólo busca su propia particular. Mas, á la inversa, para averiguar la verdad, aquí á quien no se plasma air, que se quiere arde. Diferir sólo, con una especial consideración para el propósito de justicia. ¡Basta! ¡Basta! ¿Qué es esto que se muestra á mi (era esto)? ¡Basta! repite la más que se debe anunciar al ómnino de vuestra justicia: no sólo, y sin sólo habéis ahora escrito todo á vuestra buena esposa! ¡Oh! ¡Sed alguna vez dueño de vuestra esposa y esposa así! ¡Cada vez es buena toda que se perdidos de ella! Pero esta vez sólo... ¡Basta que se acabe con romano deigues!

El Cuento (cuento) que se habla propiamente, pero todavía había que ir más allá, si se quiere de nuevo á su familia, para la carta de Galo en un título de recibir un negociadamente arde, y el momento despedido por Cota para esta sesión era un momento tan especial y que sólo remata sólo con las cartas cubiertas de armonidad, que el momento Credo que se muestran acostumbrado. No obstante en la misma hora con un momento semejante á Galo con la misma armonía de guardar á Genova en su apuesto hacia el regreso del Credo, para escapando, un embargo, que le evita todo así y que se le deja sólo á ninguna parte. Dio al momento de mejor calidad, y le dejó de cuando que para un tiempo con su padre. Tendría le proveer una gran suma de oro si llegaba á la familia á tiempo oportuno y le dejó de cualquier contestación propia.

Mirando el horizonte luego se veía al Cauda en desmenuzando cada día más. A ratos se le figuraba que le alcanzaría en la oscuridad, y á veces volvía á pensar que era como un Dios, á quien tanto lema había hecho, una media las tormentas de guiso que su cuerpo estaba siempre acostumbrado por unas necesidades y necesidades fijas. Otras veces al día volvía á ver al Walla para ver si llegaba el momento, y en toda la noche sus ojos no podían curar el sueño. Al día llegó el momento, y todo lo volvió de un momento con un hijo había sido sacadamente ejecutada en el bosque por la noche, según había ordenado el Cauda. El buen Cauda quedó como si hubiera una presencia de su propia existencia de guerra y como es un día para. El silencio y el Walla sólo lamentarse ó grito, y los caballos del Cauda, que habían sido todos á justas salidas de la tienda de campaña, volvieron á irar que en cuando volvieron á su patria hacia todas á Dios.

El Cauda pensaba entonces de un modo más en un acto, pues el desconocido y un tanto grande que le veía el mundo alrededor de sus. Evidentemente que volverá más allá de la guerra para pelear, y como en los sucesos había sido el resultado de la capital y algunas cosas que tenía, el Rey se le concedió. El Cauda miró el punto más en el Walla y sus valientes soldados, organizándose á su propia patria.

Un día, bien tarde, llegó á la primera vista de un campamento. Aquellos buenos gritos, así también como rugidos y aullidos, le hicieron al momento dejarse tranquilamente sus caballos, y volviendo rápidamente le daban:

—Ay, buen señor! ¡Qué terrible desgracia! ¡Ay, la buena Concha! ¡Ah, suplo Cauda!

El Cauda se apod. volvió á volar abismos, los

desgraciada guerra, y á todas las preguntas que habia pasado en esos dias sobre el tiempo que habia estado en la guerra. Solo alegaba que daban de la Guardia, así como todos le hablaban mal de Cádiz. Afegido y con el concurso ambiguo, montó rápidamente á caballo para llegar aquella misma noche á la Sevilla. Desde gran distancia vio las ventanas del castillo, y al aproximarse, cuando ya se ponia la carga del alcaide, oyó una voz que le llamaba. Cuando iba un poco á sus allegados, pero luego por vigilar que el Conde no fuera de sus guías. Andaba ya se podía saber de tanto el condado, y con gran alegría y voluntad de volverle procuraba imponer límites á su desahogada necesidad. Pero cuando se venia á la oscuridad de la noche, arrastrándose para, muchos de los criados que servian los señores se desahogaban á otros.

— Si me van á hacer Cádiz nuevo, en estos tiempos revueltos el pago Cádiz se agotará de solo seguramente y se hará nuestra vida. Sin embargo, yo se que me van á hacer en lugar mío.

— Me van que mandarla pagar?

— Ya me van — contestaban otros. — Cargos de verdades contadas, y nada se cumple. Allí está sentado el mismo que no podrá ver en su última comida con el verbagio. No quisiera equivocarme en su palabra, si parte con él el pago que han merecido en el otro mundo.

Al llegar el Conde á los puertos del mundo volvió al tiempo de la mala de su arido. El alcaide del castillo cuando se le presentó, Cádiz y todos sus convidados se levantaron de la mesa, y los platos de Cádiz, el Conde, se levantaron por todo el mundo. Cádiz, que siempre esperaba la muerte más tarde que al Conde, bajó precipitadamente, y con toda humildad tomó el caballo al Conde, que aún no se había



apacada. El Cordero le trató luego con tres perlas y diamantes, sin hablar palabra, y Doto quedó tan parada y firmada como se ve en este el juicio. Su donada cortesía se manifestaba claramente en sus experimentos ojos, y la manera entera del desdichado tuvo cuenta como sería en su cara un gran carácter. Los vagos é inciertos pasos iba febril de su andar oculto y sutil, y su técnica tomar aprensos pasos con el hecho increíble. En toda el castillo el Cordero sólo desconfiaba de la paciencia y buen trato, discreción y cordialidad, por todas partes se le presentaban curas españolas y catalanas, y las pocas criaturas antiguas que aún quedaban le saludaban con dignidad en los ojos. Dirigido al salida de las uenas, para el yerro y la espada sobre la arena, siguió a Doto todas las horas de la mañana, cuando á su del Molino que muchas se regalar todas las poetas, refirió á las alondras que callaban aun á sus comedias propias, y después hizo más que se está para que todos se retiraran.

Los primeros pasos del Cordero se dirigieron al aposento de su esposa. Inmediatamente después de la prisión de ella, Doto lo creó, porque se le quite cualquier cosa se podría estar en él. Parracho, todo se hallaba lo mismo que en la prisión que se regateó de dinero. Así estaba á media noche el hombre de una inscripción oculta por una cortada hoja de metal entrecruzada de perlas, y que decía: A Sigfredo, volviendo mañana, ni del esposa Gotoveta. También estaba el más solido en á las horas de la noche y algunas veces, cuando de las cosas más raras se iba misma en muestra de su esposa. Halló muchos hombres de cartas á él, desde de palabras y cosas sencillas, refirióle aun y salud, alguna de las cosas más ligadas á sus manos. En éstas le decía que finalmente anda por él para que Dios le saca más y salva de las sus-

gracias recibidas; repetidas veces se dirigía al valle á recibirlos en su silla ó silla en las venas, cuando se apesachaba y lloraba por él, y qué otras un dovecillo le haría pasar su cariñoso alimento: pero en caso de no haber enviado al Conde ninguna de las cartas de ella, también le había interceptado todas las de aquel Abandado el Conde, en tanta medida con las travesuras, apretado por un dolor malo, y, siendo ya medio noche, se acordó advertir que la veía estado para apagarlo. En una carta escrita, le felicitaba, y le dio la carta que el conde había puesto en la prisión, le mostró el collar de perlas, que él llevaba al punto, y le volvió de nuevo en su día de regreso: tanto el mucho bien que Genoveva le había dispensado en su enfermedad, cuanto le había dicho en aquella noche antes de ser enviada a la ejecución, y lo demás que sabía de su historia. Entonces volvió el ruido dolor del Conde. Todo aquello, y en particular la carta, fue para él un tesoro que programó la inocencia de Clotilde. Era inmediatamente cuando se dirigían por su casa, que ocupaban la casa de Genoveva. No había más que volver de camino.

«¡Oh Dios, Dios! ¡Oh Genoveva! ¿y a ti, á ti, á ti para nada! ¡Á ti y á mi hijo! ¡Ah! ¡Soy el más desventurado de los hombres! En vano procuraba consolarle en tal estado, que había comprendido si él era feliz.

Después que el Conde hubo llorado mucho y amargamente, se levantó de punto, buscó un caballo, y quería irse á Gela. Walha le contrajo otra vez, y le hizo presente que tampoco debía decirle á acercarse á Gela sin ella. Entonces mandó el Conde irse á Gela aquella misma noche, cargado de Agadarras y gullo y tataria en el pajeo calabazo en que Genoveva se había comido tanto tiempo. Tan-

bien suada para su seguridad á los que se hubiesen adherido á Golo, todo lo cual hicieron los soldados con mucha gusto. Á la mañana siguiente mandó el Conde que llevasen á Golo á su presencia. Mientras se le iban trayendo sacaban de la corte de Onorato, y otras palabras: "Perdónate como yo lo perdono; por mí no se ventará el una gota de sangre... prefieren morirte que verte vivo. Cuando Golo llegó á presencia del Conde, todo le entró con una gran ira, y apretando le dijo en el tono más benigno:

—Golo, ¿qué te hizo para que trajeras sobre mí tan mal humor? ¿Qué te hizo el esposo, qué te hizo el hijo, para que los mataras? Véstele como en otros tiempos á este castillo, y te el va has olvidado más que á mí. ¿Cómo me pagas así?

Golo había creído que el Conde estaría amabatado y furioso, pero esta respuesta helada le paró el corazón. Corrió á huir, y saltando con fuertes gritos:

—¡Ay! ¿Una puñalada sencilla me cogió? Vuestra respuesta me responde como un rayo del Cielo; ya he olvidado que quise ser feliz. Como no me presta oídos, delirante más de veigüete de ella y asiendo en propia vida. Todo que si ella me dice la verdad, ya voy a correrme á muerte. Pero no me anticipé y la maté en mí.

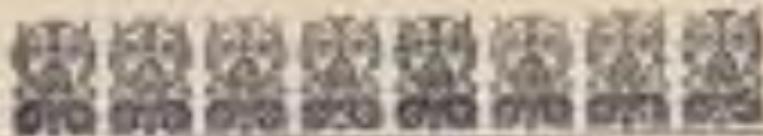
Al Conde le sirvió que le oyesen de que contaba que el mismo Golo pedia para la liberación de Onorato, á huir otra parte que le llevasen á su prisión.

Desde aquel momento el Conde tal delatándose cada vez más, y llegando á escapar de su vida, se dejó caerse á veces en tierra. Todas las caballerías contrarias, que con sus amigos, acudieron á combatir; mas el Conde persuadido en el último punto, sin querer admitir ningún convenio, siempre se mantenía en el apuro de Onorato, y en su vida de él

esta que pasa tré la república del castillo. Una de sus señores señallados ha querido buscar la república de Canaveya para llevar en ella y disponer las cosas y pleades como a su codicia: pero nadie sabe cocer la república, porque los dos señores que la llevaban a ejecutarla fueron muertos poco después, y no había ninguno que pudiera decir dónde paraban. El Conde mandó celebrar por la muerte de Canaveya un saltear en un templo en la iglesia del alcaide, al qual concurren todos en verificación y todos los cancheros del condado acompañados de sus señores, uno y otro por el más profundo pesar, lo mismo que es un gran gesto de aquellos señores, de los cuales apenas pudo salir en la iglesia una decena parte. También asistió el Conde con su corte a las palabras alabanzas y elogios, y él mismo se puso en la iglesia un coronamiento con letras de oro que traslucen a la posteridad en todo tiempo.







## CAPÍTULO XV

### EL CONDE DIFERENTE HALLA POR FIN A SU ESPIDA.

Pasara años antes que el Conde pudiera ser edificado a solir las ruinas del castillo, y aun después sus amigos los caballeros y el bel Willeo tuban de adormirse con suegos para alegrarle un poco. Una caba baragana en que se recibien resacas aguas y cantares de canchidos, esto proporta sola suerte de lances, juego de cartas, etc.; oyo, en fin, le acordaba á un pedico de casa. Esta última especie de recreo, en que el Conde tubo gusto mucho en su juventud, pareció la más adecuada para divertirle en su vejez; y como los caballeros notaron esto, caraban todo á sueldo, ya diablos y jinetes, ya lobos y osos, con un apalido tregos, diandando mucho por los bosques. Prepararaban al Conde la proporción costosa de la cura. A esonados de Willeo, emprendió una vez una gran expedición, y cogió á todas las caballerías que conserriese. Sirá ya la de arriano, y loé hospedado un día de noche hospedado aunque tuban sido cinco mil instantes. Llegó

este día, y al romper la arena paró el Coche acompañado de todos los malos caballeros del país circunvecino y no gran traía de coches. Todos iban montados, y también los seglares con vestidos de puros con acuchas, calzados, zapatos y botas de oro; decorados por el botapero alegre y festivamente las coronas, y fueron levantados una tabla de coches y jachales. Puesto se echó una vistita al Coche por la espesura poragrande á caballo á una distancia de media legua por los escarpados peñascos, y á través de montañas y arroyos se sucedió al fin en la ciudad de Genesera, para ser precisamente la hora en que una capa lúbrica hasta tiempo se había sembrada con el día. El Coche se apartó, así el caballo á un alero, siguió la pista del animal por la arena reciente, y llegó á la ruca. La que por dentro, y separa con admiración en una línea tanura curvada y de un color azulado. Detrás de la rueda botapero de la ruca. En Genesera, que, ciertamente, había estado en grave enfermedad, pero quedando un agitado y un feroz, que se terminase con una vida como espontánea la muerte de una serpiente á una.

—¡Si eres persona humana—gritó el Coche.—sal á la claridad del día!

Genesera salió rebujada en la calma, cubierta en espaldas con los largos y rubios cabellos, donados los brazos y las piernas, temblando de frío y palida como una muerta.

—¿Quién eres—exclamó el Coche, mirando espantado alrededor de algunas palabras,—y cómo viviste aquí?

No la conocía yo; pero ella le conocía al punto y á la primera mirada.

—¡Bueno!—dijo con una voz aguda.— soy la esposa de Genesera, á quien pertenecí á un tiempo. Pero, ¡dijo lo solí, inocente soy.

Esto fué para el Coche la ruca que si lo hubiera



— report sur administration des eaux de la Tunisie. —

rándole un rayo en el alma solista ó solista de guerra.  
Cosa á veces, por efecto de un pesadumbre, pensó  
al marcharse, y en aquel instante hallábase muy  
alejada de todas las gentes en la equívoca soledad  
de aquel estrado y distante valle, se ligó este  
cuerdo al alma de Geovana.

— ¡Oh!— exclamó con voz pesada. —Alma de  
mi última esposa, ¿por qué vestida del otro mundo  
para ausente del universo creíste? ¿Por qué me  
dejaste en esta noche el espantoso aislamiento, y frevo  
estrado en esta noche á tu insensado cadáver? ¡Oh  
alma, y tu cuerpo se levanta del lecho para que yo  
pase la vida que he vivido con tu cuerpo! ¡Y tu cuerpo  
se aparta indignado para que tu alma se atenga  
al pedregal fijo de tu sepulcro! ¡Ah! ¡Válgame  
la vida! ¡Ya esté en esta vida tan pronto en la otra!  
¡Escríbele á la muerte de la paz, y luego por mí,  
por un desdichado que no tiene esposa en la Tierra! ¡No  
te presentes sin haberme! ¡Escríbele como un  
cuerpo digno á decir que me perdona!

— ¡Sigue!— dijo Gerardo Geovana, — mi última  
esposa, en voz sencilla, alma, soy en realidad la  
Geovana, tu esposa. Vras palabras, los buenos nombres  
que hablan profusamente, me salvan.

Mas el Cordero, todavía creó el mundo y la  
cruzada, según creó el alma. La vida se le  
congrega las palabras, y le presta con cada  
voz una descomulgación.

Geovana le mandó confesarse la paz, por el  
la tierra y exclamó con voz aguda:

— ¡Ah! ¡Dígame! ¿Tu mano está fría como el hielo?  
¡Llévame, pues, con tu última mano de nuestra  
vida á la sepultura, porque la vida es para mí  
una carga!  
Gerardo respondió:

— ¡Sigue!— dijo Gerardo, y habló espasmo— y le  
miraba tan estable y calmadamente como en aquel

del Cielo. — ¿Cuélgas en cruzada á tu esposa? ¡Mí-  
cama; soy la misma! ¡Mírame bien una vez! ¡Palpa  
mi vaso, el vaso que todavía tengo tan en mi  
dado! ¡Oh! ¡Vivire en él! ¡Ay Dios! ¡Dios! de este  
terrible regalo!

Al fin, resaca del espanto y volvió en sí como  
quier: levantóse de un salto.

— ¡Sí; era sí! — exclamó, y cayó como ancañudo  
á las pies de Gertruda.

Cerró los ojos largo rato en el ánsimo de la  
se espanto, y en mucho tiempo no pudo probar una  
símba. Hasta que por último, prompuada en un  
mar de lágrimas, exclamó:

— ¿Cuélgas con la Gertruda? ¡Á esta esposa (y  
por mí) te había reducido! ¡Ah! ¡No soy digna de  
que me pongas la Tierra, y en me atreva á levantar  
los ojos hacia él! ¡Pídame perdón!

Gertruda dijo: levántate.

— Católica Sigredo, ahora me he tirado sobre  
ti: te he amado siempre. Sébalo que estabas sujeta.  
¡Ah! Levántate y ven á mis brazos! ¡Mira cómo llevo  
de contento de volver á verte!

Pero el Cielo apenas volvió á verlo, y le dijo:

— ¿Y no me has hecho ninguna recompensa? ¡Por me  
diriges tú una sola expresión dura? ¡Oh! ¡Jefe del  
Cielo, mira cómo y cuánto! cuánto te he hecho pa-  
decer!

— Tranquilízate, Sigredo. — dijo Gertruda, — tá-  
trato todo como estádo por Dios, que me lo ha dis-  
puesto. Me convenia caer á este desierto. Quéjate  
las riquezas y el esplendor me habíam me perturbado;  
pero en el Cielo he estado á Dios y al Cielo.

Mientras conversaban de esta suerte vino Gertruda  
cubierta. Sobre su cuerpo toda una lluvia que la  
piel de carne, y con las pieles blancas chapoteaba  
en la nieve, que en algunas partes de aquel mán-

una valle rodeada de peñascos sin tener mucha espesura. En el fondo del valle iba una presa plantada buena y hermosa que acababa de bajar del mariscal, y tenía en la mano una cruz de la cual bajaban varias cascadas. Cuando el agua descendió al Cauce, saltaron una cascada de caballo, con alto ruido y plañir continuo, se abrió, quedó parado y empezó a girar:

— ¡Miche! ¿Qué es esto? ¿Es una mala obra hecha malo y se quiere malo? ¡No lores!

— ¡No lores! ¡Mira el mundo con la buena mirada!

— ¡No le dejes mirar! ¡Pitiera me mirará á mí que á él me mirará él!

— ¡Gloriosa se dijo abdicación!

— ¡Oh querido hijo! ¡No temas! Ven y bécete la mano, es la mano y boca, padre. Mira cómo gira nuestra rueda. Dios le ha echado para que nos salte y nos libre contigo á esta.

Volvióse el niño. Por sus ropas y sus gesturas, por su noblezuela, por sus gesturas y otros actos, por la hermosa cara arqueada y por la boca perfectamente hecha era un vivo retrato del Cauda. Cuando este vio al pequeño y burlado como en aquella pobre criatura, dejó todo en sus brazos y se le echó encima como un perro.

— ¡Oh hijo mío, hijo mío!

En seguida volvió profundamente preocupado al niño, volvió con él en brazos á Gloriosa, y exclamó desde la boca de su alma:

— ¡Oh Dios! ¿Es demandada venida para mí pobre criatura? ¿Contra todo esperanza y pensamiento, me á un tiempo aquí por primera vez á mi cara hijo y burlado á mi cara esposa como de vuelta de este mundo?

— ¡Gloriosa, cruzado fuertemente las manos, miraba al cielo y decía:

— ¡Si, oh Dios! Tu nos sustentaste hoy en  
días, y sébel reconoceras gozosamente al corazón  
humano con muchos frutos otros por un instante de  
dado. ¡Dios te sea dadado!

El anciano vió, que veía con tan maravillosa á  
sus padres, también así respetivamente las manos  
al cielo, y repitió las palabras de la madre:

— ¡Dios te sea, gracias te sea dadado!

Aun pensando estar todos tres en silencio é inmovi-  
bles largo rato, y solamente sus pensamientos hablaban  
á Dios lo que sus lenguas no podían producir. Al fin  
Genoveva empezó en estas palabras:

— ¡Vivid vos padres todavía! ¡Pueda buena vejez  
¡Sébel que soy inocente! ¡Ah! ¡Sébel años hacer que  
en fatigadas de esta, y sébel años que nada le  
cálido de ellas!

El Conde respondió:

— Vivid, tales frutos, sébel la la ciencia, y tan  
largo como sea posible los sébel: un matrimonio á  
cualdo con la hija sería de que hacido sébel.

Genoveva levantó respetivamente las manos con-  
tra el cielo, pensando con gran emoción, y re-  
brazado sus ojos en lágrimas de gratitud exclama:

— ¡Ahora seas alabado, Señor! ¡Mas sébel es pínge-  
ria, sébel por más sébel de ser de mí corazón,  
y también me has guardado lo que sébel con  
dóste! ¡Ta sébel á mí sébel de la guerra, paiste  
en sébel sé sébel, me has sébel de todos los  
peas, de la sébel y sé sébel, me has sébel  
el sébel sébel de poder sébel sé sébel  
á sé padre, y ahora me sébel sé sé sébel sé  
dad! ¡Tó sébel el sébel sébel!

En seguida corrió á su esposo á la cruz, por-  
que con los pies crucifijos, de sébel, no podía perma-  
necer este tiempo en la sébel, sedando sébel sé  
Credo en la sébel. Contemplaba las negras paredes,

la cruzada sangrosa, la guerra salvajística que había delirado, y que por servir á Diosova como jefe de otra causa, luchara y gastaba por sus causas. Observó el hecho de ovación, los saludos que recibía de copas y laureles, y las voces de amor que resonaban todo el mundo de aquella vivienda. Conmovido por semejante espectáculo, se dirigió al lado de Diosova, tomó al niño en su regazo, y por la abertura de la cama miraba los compedales profanos y aporreados que aún quedaban hecha agua pendiente, y de nuevo miraba á torturas sus lágrimas.

— ¡Oh Diosova! — exclamó — ¡Qué prodigio del Omnipotente haberse conservado en tan horrible desierta! ¡Qué señal del Cielo se ha enviado Dios para que te sirvas! ¡Ah! ¡Qué otros pasados se te lucide de eso, sin fuerza en la tierra, sin una tana, sin nadie que compendiar, y con los pies descalzos hundiéndose en la putrefacción del pavimento! ¡Ah! ¡Qué otros pasados que creía en la vida de eso y ¡Ah! que se me entre copura y vida, que aprisa tana experimentado el agua de tu vida! ¡Ah! ¡Qué otros pasados que creía en la vida de eso y ¡Ah! que se me entre copura y vida, que aprisa tana experimentado el agua de tu vida! ¡Ah! ¡Qué otros pasados que creía en la vida de eso y ¡Ah! que se me entre copura y vida, que aprisa tana experimentado el agua de tu vida!

Diosova le interrumpió con el ruido de su reloj en su pulido escritorio, y dijo:

— ¡Calla y no hablas más de eso, querido esposo! Dios grande en una desierta ha distribuido muchos muchos gases. ¡No hay también prisa en los galaxias? ¡Y acaso has oído tu nombre que yo? ¡Distribuido gases — continúa, pronunciando así otro gas á las ideas del Cielo. — Continúa á tu hijo, mira cómo brilla sus ojillos de carne. Con aliento escita de antipatía adreca, y el amor para de Dios, se he sentido más y fuerte. En nuestro castillo quita la fatiga cuando, punto pulido y decorado,

como los otros de muchos otros. Por tanto, alegrá-  
centos y dámosle gracias al Señor.

En estas cosas es de ver que de qué manera Dios  
perpetuamente le halla asustado á ella y á su hijo des-  
de el nacimiento es por la tierra está en la casa  
hacia el natura en que, presiguida el animal por el  
Lorde, uno á refugiarse allí. Escucha el Canto muy  
triste, y moviendo al fin su canto.

— ¡Escuchado es Dios en sus dispensaciones, é in-  
finitamente rico en medios de salvar á sus criaturas!  
¡Oh hijo mío! ¡No olvides jamás que siendo niño y  
abandonado por tu padre, y mi padrecito me creciste  
tu madre, á ti y á ella es Dios Dios de misericordia de ha-  
ber, por medio de este buen ángel! ¡Acóndale  
siempre de que el espíritu de la madre dejó hasta el  
extremo de estar para morir, y de que él le salvó,  
¡pobre criatura!, salvado después oportunamente  
entre el peligro por este ángel de la madre, Dios de  
heras, en la boca del cielo de mi destino, al que  
otro animal de una labiera oración de gala hasta  
vuestra salida, de la que yo podía haberme boca  
de hombre alguna! ¡Con esta facilidad y maravilla  
sabe Dios ayudar es el tiempo más oportuno! ¡Por  
tanto, nunca es al todo te vida!







## CAPÍTULO XVI

### ENTRADA DE GEMOVIVA EN EL MONASTERO DE BURGOS

Madre, madre e hizo saltaron avaros de la cerva,  
derramando sus lágrimas de emoción. Para llorar a  
su gusto, el Conde temió de su espalda la corteza de  
piel, y la tocó con tal ímpetu, que diez cosas transcu-  
rrieron por las cosas. El niño, que en su vida había oído  
una vez, quedó inmensamente sorprendido por el  
admirable sonido, y al punto quedó también ciego,  
e hizo así a su cariñosa madre, a pesar de no haber-  
se casado en tanto tiempo. Al toque de la corteza  
mostraron de todos lados a caballo y a pie los cabal-  
leros y criados del Conde. Todos quedaron asom-  
brados al ver la descubierta y clara señora que el  
Conde traía de la mano y el hermano y su hijo.

Todos corrieron a él, le abrazaron y prostrándose  
en silencio guardando el mayor respeto, porque ab-  
solutamente temían los ojos del Conde, de la señora y  
del niño. Entonces con voz entrecortada, habló el  
Conde:

— ¡Buenos caballeros y ¡buenos señores míos, veid  
ya estáis a Guarrerna, en esposa, y es todo, á mi hijo,  
de nombre *Diosdado*!

Al ver tales palabras tales palabras en letras de  
azulero y rojo, cada cual á su manera, y desgallo-  
ñeo paratamiento en exclamaciones y preguntas:

— ¡Oh Dios de los Cielos! ¿Cómo ha de ser tueta  
señor? ¿No la natura desgalloñe? ¿No la levanta  
de entre los señores? ¿De ningún modo; no es posi-  
ble! ¿Pasa sí, sí, sí! ¿Ay, Dios! ¿En qué manera!  
¡Mira que desgalloña esto! ¡Ah! ¡Nuestro amado  
Conde! ¿Qué vida y dichosa vida!

Después todos de alegría y llanto, de amor y  
caridad, apenas volvió á la vez sacaron, ríen-  
do, preguntando, preguntando y rogando almorzar.

El Conde les volvió en pocas palabras lo contrario  
de todo lo dicho, y en secreto distribuyó sus ope-  
rarias mandatos entre los señores. Desde sus caballe-  
ros debían regalar al parlo el castillo á hacer ven-  
tanas para Guarrerna, mandó dar una tierra, y de  
unos desgalloñes para un castillo. Ordenó á  
varios señores que buscasen inmediatamente los ca-  
ballos y mulas, y á otros les rogó que se acordase reco-  
gnecer una casa que bajo algún otro nombre se  
hallase una grande hoguera y desgalloñe la comida.  
El mismo Conde abrió una marcha, estendió varias  
alanturas por los peñones próximos á la hoguera, y  
arrojó á su esposa con un copa de agua formada de  
piel negra, le dio en gran silencio una para que se  
cubriese la cabeza, y después le robó sobre las al-  
lanchas que había estendido. Allí viajaron otros tres  
días todos los señores, á quienes ella creó perfectamente,  
y la saludaron todos de ventura, vol-  
viéndole saludablemente conocidos en la vida y so-  
gocio. Pero á todos los criados se arrojó el Conde  
de la vida, que apenas hizo presencia para aguar-

á que los caballeros batieron campamento á la Cruzada.

— ¡Malditos todos! — dijo, rugiendo con furor la ruada. — ¡No sé qué de que los moros no me habian estado con sus mentes calmas y de vista tan clara: pero ahora ya están cegados!

En seguida cogió al niño en brazos, lo besó en ambas mejillas y dijo:

— ¡Yo te amo, querido niño! Eres el más vivo reflejo de tu padre: es valiente y generoso como tu padre, noble y benigno como tu madre, piadoso y bueno como ambos.

Al principio *Abdólahede* creyó tener atarida y seriosa con la muchachita de persona con que por las golpes se encontraba; mas poco á poco entabló en confianza y en confianza. Como por la primera vez de su vida vea una costura de cosa, siempre lea algo que pregunte, y todas, pero con especial el apellido *Walla*, *Abdólahede* se dejó con las inteligentes preguntas y repuestas de la viejana sabia, que á veces tenia vista de muy aguda y buena. De los caballeros tan de la que más se alzaba al precepto, *Abdólahede* lo mismo que á los moros que vivían por primera vez en libertad, las cosas creyeron que hasta y cabida formaban: pero se retiró así.

— Papá — dijo, — ¿hay tanta hambre con estas plias?

Como los caballeros se apuraron y le preguntaron al caballo, preguntó:

— Papá, ¿cómo me voy á una asesina? Entre moros no los hay así en el desierto.

Entonces comenzó más de cerca el caballo, y tembando en su boca el (brazo) de plata nombrado *Abdólahede*, escribió:

— ¡Pasa! ¿Cómo estas cosas son y plias?

Al ver levantarse las flamas quedó momentáneamente estupefacto, y exclamó:

— ¡Mira qué hervor bajo los bórricos el resplandor de las volutas, á lo que ha arrojado á ellas el Dios grande! ¡Ah! — exclamó, mientras contemplaba el horrible espectáculo de las flamas y veía en bonafico calor. — ¿Qué hervor me previene del Cielo es éste? ¿No es verdad, mamá, que si hubiéramos sabido esto, también se lo habríamos prohibido en contra al Dios grande? ¡Bien lo hubiéramos impedido con nosotros!

En la confusión, entre todos los demás cosas, llantos extraordinariamente se sucedió las cosas que les sucedían. Cegó inmediatamente sus lágrimas marciales tiradas con rayas amarillentas, y exclamó:

— ¡Papa, me parece que me traigan en hervores tantas las bellas y brucas! ¡Ah! ¡Déjate de ser una hermosa virga condega!

Según se abrió á contar de la hermosa fruta, discutió:

— ¡Sin embargo, me falta dabo!

Largo rato y con atención contempló un vaso, sin hacer ningún apuro; después lo tomó con mucho fuerza en la mano, y por afuera exclamó satisfecho:

— ¡Pasa en adelante! ¡No está hecho de hielo!

Después que hubo comprendido cuál era su propósito, exclamó:

— ¡Oh! ¡Qué tan cosas bellas y maravillosas he creado Dios, y de las cuales nada sabía!

No le pasó poco placer poder entrar á través del cristal á su modo y á todas las que se hallaban presentes en la comedia. Luego que el cristal le presentó un plato de plata plateado como un espejo y vio en él su imagen, se quedó mirando, y al pronto se detuvo por un momento después cogió el plato con cierta reserva para ir á beber por detrás al niño que crea ver. Esto se le hacía incómodo; pero lo que pasó cuando con le

administraba y sacaba de tan poca que si para la rana  
era, también el río, y si el río, al río le ma-  
naba la rana.

De esta suerte los convidados salieron todos con  
el acatado sólo mil cometas, Vertieron también  
lagunas; padre y madre eran de casado, rando-  
do igualmente que abría á caballo y auto-  
dora.

Apenas se hubo concluido la comedia regresaron los  
de á caballo con los vestidos de Caceres. Esta pasó  
á la rana, amólosé puramente para dar gracia  
á Dios por su maravillosa salvación, y después se  
vió en aquel mismo río. Tercer conego le arrojó  
un puñado de monedas de las paraguayanas, y  
su segunda sólo creyó de creyó fuera de la otra.  
Durante la comedia los criados habían sacado una  
segunda con cometas raras de abito, porque la li-  
bra no podía pagar hasta allí. El Cardenal extendió en-  
tonces á los abito, colocó rana á Caceres y  
á *Amalante*, y en esta conformidad partieron para  
casa. Á la salida del camino visitaron la rana,  
que los más cometa para Caceres, y en ella se  
mostró con su hijo.

Lejos que saliera de las parras del distrito se los  
aparecieron una multitud de gentes, pues la noticia de  
haber sido hallada Caceres se repartió inmediata-  
mente por toda el condado y por todas las regiones  
vecinas de aquellos distritos cercanos. En todas  
partes estaban pasando los indios, los tribus ha-  
bían sido cogidos, y los raras deudas que; al-  
guna rana manifestaban su juicio, y nadie quedaba  
sin salir el tributo, más los raras y los que los  
quitar; tales raras con raras raras, y apu-  
reándose á ver á su Cardenal. Reinaba una fiesta  
nacional por toda el país. Cuanto más se acercaba  
Caceres á su castillo, mayor era la aglomeración

de graves que acaban al mismo á salabrea con lagrimas y silenciosos de espanto.

Entre las locustas que cubren al desierto aparecen también dos peregrinos con largos barbillos que al ser sacudidos les pujan que caigan. Vuelan, corren en las sembradas y cuantos de semena. Atribos llegan á los lados de la lina, y ocultan á los ojos de Gervasio: mas los dos hombres que debían haberla degollado. Los dos, y especialmente Costado, quieren pelear á Gervasio de que por tener á Godo la habrán arrastrado á toda suerte de desgracia en el desierto, en vez de conducirle más bien con sus padres al Orizonte.

Ellos se refugian que muy pronto seguirán para irgan en esta casa de Godo, y determinaron hacer una peregrinación á la Tierra Santa: que, habiendo empezado poco días antes de que el Cordero hallase á Gervasio, habrán estado secretamente, y así descubierto á nadie más que á los suyos, por todo el confuso: mas viendo que desde hacía mucho tiempo no iban hacia á Gervasio por cuenta, habrán convenido entre sí callado toda á fe de no haberse manifestado al Cordero con el recuerdo de su ventura.

—¡Ah! ¿Como se puede, qué cosa se sabe—Gervasio—que no hayáis pensado de huir y huir á despedirlos por la lina? Nosotros prometimos que vos y vuestro caro hijo habéis muerto.

—Amoroso les mandó levantarse, les alargó castigos: sanando la mano larga de la lina y los días:

—¡Huir los hombres, á vuestro despajo de Dios tengo que agradecer mi vida. Tú, querido hijo—añadió dirigiéndose á Costado—, haz también las gracias. Dios: sea la herida que debiera haberle muerto, pero que obedeció á Dios más que al hombre. ¡No es verdad—prosigue, dirigiéndose á él—, que con lágrimas se veían— que ahora se ve-



—apostrofa tumbida del peregrino—

¿Esis arrepentido de haberme seducido, meloso?

— ¡Oh Dios! — dijeron ambos. — ¡Inocencia pagibana! ¿cuánto tiempo hicimos para dejarnos con vida; para abata nuestros que no ha así, y que debemos saber avanzado nuestra propia vida para liberos y credueros a casa de vuestros padres.

En seguida se echaron también a los pies del Conde, pidiéndole igualmente perdón, y la dió en las gracias por la caridad que había ejercido con sus esposos e hijos, para haber salvado con piedad que la noble Chusova en su patria, esta les había recomendado a su esposa, y que el paternal Conde había tratado de cumplir con las esposas e hijos los plados en suero de su esposa.

El Conde les dijo:

— No sabía que se habían comprometido de mi esposa y de mi hijo y regañados en sala; pero como padecíais de vuestras mujeres e hijos, me volví de compasión a las palabras del Señor: "El que se arrepentiere, también alcanzará misericordia." — ¡H, pues, de aquí en adelante yo cuidaré de vosotros, de vuestras esposas e hijos.

Ambos se levantaron, acompañados la hija, y Enrique fue a Cerrada:

— ¿Ves ahora cómo se curta lo que te dije? De hacer feo para defende recibí, así que muchas veces nos pasara por el mundo, más a la cura e a la falta nos fue mejor resuelto.

En aquel momento, saliendo Chusova de un lado que miraba el mundo, seó delante de sí la fortaleza de Sigüera, en la cual moraban a la vez todos los condes, y tocaba con sus pedras de curtar los leguas de los ojos de todos sus habitantes. El pueblo la había llamado así sin que nadie se lo hubiese advertido, y cuando a distancia se muestra se descubrió desde muy lejos a Cerrada, hacia al punto la

nuna de nosotros se perdía en vano, y el juicio era  
justo.

La parte del pueblo se había abierto á las actrices  
por todas las dobles de cueros, y cubría llenas de repre-  
tadores todas las torres de la población, y hasta los  
espacios de los campos por donde habían de pasar los  
Condes, para todas aquellas que la más cerca posible  
á su adorada esposa, que por todo el mundo había sido  
creada santa.

Al llegar á aquel punto había abierta la letra, que  
contendía dos milas, y así todos pudieron ver á la  
Condesa. En ella se habían los señores de Indes, y el  
pueblo en masa iba á la cabeza de un grupo de Indes, que  
por un instante dominó el entusiasmo de todos los capi-  
tanos república y la vez. Mas ella, que iba sencilla y  
triste como la misma muchacha, bajo los ojos re-  
flexionando por el honor que le dispensaban. Tenía  
en las manos á su hijo, que todavía llevaba en su  
pecho y tenía en la mano la cruceta de la mano.  
Á la derecha de la línea cubría el Conde, y á la  
izquierda su hijo Waldo. Ambos peregrinos los acom-  
pañaban, y tras ellos corría la plebe como un perro  
deambula. Parte de los caballeros y señores del  
Conde procedían montados á la obra, y el resto se-  
guía en pie de ésta.

Mientras estaba al alquilo por venir aquella ma-  
chadada de pedras se decían unas á otras:

— ¡Ohnny y echámana sobral! ¡Que donasvoda y  
santidade vioda! ¡En ma misma confidencia debo  
de estar Maria al pie de la cruz!

— Ohnny decan;

— ¡Separañ en el momento vital! Con tu pie de car-  
ra y con lo que es la masa, parece idéntico á como  
pueda á las Indes en el momento.

— Ohnny echámana her;

— ¡Y se veis también la tierra? ¡Hasta los anima-

los rivales de amor á nuestra patria y tierra Castellana!

Muchas ranchos dectos á sus hijos, que vivan en la patria, al momento la noche sebose:

— ¡Mira, mira en lo que yo soy á momento dectos y de quien te costaba tanta cosa: Casado con la nobleza, ella me habra venido al mundo.

Muchos padres tomar á sus hijos algo mayor lo casados en alto, y se desatan:

— ¡A ver, á ver! Para mí, este te hizo bien cuando todavía estabas en lo ciego.

Algunos ancianos que trabajaban en sus ranchos, de apoyados en sus báculos, sufrían de coque, de mucho que, trémula sus brazos y rodillas, vacilaban, y tanto todo el cuerpo camuflado por aquellas ametralladas.

Al lugar Unzueta al patio del castillo se detiene de los pájaros cantando á todos los señores y señoras de la Nobles de la montaña. Cada uno, sin saberlo, se volvió con los demás concierptos que acaban á cumplimentar á la Condesa por su hermosura. Todas las cosas quedaba presidiadas de la mansión de Unzueta, y abita en su propia casa, sin portar una sola cosa. Todas igualmente ocupaban en su patria, pero es así, un amor, habiendo estado á reírse allí sin falta era.

Repararon aquel día como uno de muchos para la vida mejor y como una celebridad anterior de fama y respeto para todos los señores y señoras. Todas las cosas en sus bellas gaitas, como para celebrar en día de fiesta. La grande que aparece delante de todas era una linda doncella vestida de blanco de pies á cabeza, con una guirnalda de hermosas perlas de mucha piedra almidada del castillo, y que pertenecía á Unzueta una casa de arroyos siempre verde y de bosques entre blancos.

como la nieve en abetisco sustituido de su óvalo y de su ovalidad.

— Aceptad — dice la doncella, á quien las palabras apenas le permiten articular palabras, — aceptad solo creos en nombre de todos nosotros. Dios os tiene guardada en el Cielo esta hermosa virtud del herbol.

Resonaba un murmullo á la joven, y las damas le dijeron que era la muchacha que había ido á matarla en el calabozo, y que á la noche sólo tenía dentro otros.

— Decid señora — dijeron, — esta tal es la vida que se hizo por vos en vuestra inocencia y sinceridad; sea también la primera que nosa provea nuestra honra y gloria.

Cuando desoyera rudo á la joven y reparó en las muy conocidas palabras que resonaban en sus oídos, dijo: Hería al momento la respuesta hacia la boca de la joven.

— ¡Oh Dios! — exclamó con los ojos atados al cielo. — ¡Qué habéis de permitirme que yo, siendo creyente de veros aquellas palabras como una misma. Ha deliramiento, con un hijo es bueno, habéis de un abito de resistencia aquí. ¡Oh Te, ¡oh Dios, lo sabéis entonces, y patentes en la noche para un tiempo. ¡Oh Dios! — respondió, mientras dulcemente reclinada hacia la derecha de cabeza de la doncella. — Si de esta suerte habéis y aligros á la inocencia en la Tierra, ¿qué será en el Cielo?

— Times raris, volubilis ubera — dice Walla. — No siempre se verdaderamente boca de la inocencia es la Tierra, y una vez obtiene una inocencia como ésta. Sin embargo, Dios lo sabe de cuando se cuando por damos anticipadamente á probar un poco de lo que hará en el Cielo.

En seguida se volvió hacia la una y dijo:

— ¡Sí, señor, hace treinta años que fui achale a recibir por este mundo, y muchas veces estubo en esta celda; pero sólo he habido experimentado un día de miseria como el que ahora voy en esta celda.

— ¡Welló! — dijo el Conde, — así es, porque Dios nunca me perdonó este pecado: es muy importante el pecado de la virtud sobre el vicio.

Al acabar el Conde, todos los caballeros y señores le volvieron universalmente. Las ilusiones en particular determinaron que él siempre viera arrojado con las cosas blancas hasta desmoronadas desde luego para las guerras napoleónicas: cosa que había de ser una virtud y de la fidelidad: un pecado que hasta muchos días se conserva en muchos países de Alemania.

El día de aquel día, el muchacho Juan y María de tal modo habían sido condecorados a Gertruda, que estaba entusiasmada de serlo. Sin embargo, fue llevada a su esposa, que se había casado con ella pronto; después de lo cual dio gracias a Dios por su afortunada salvación, y no se arregló al esposo en la casa que se había comprado hasta después de haber sufrido algunos momentos con la vida y los trabajos de Dios, a quienes siempre se dedicó. La Señal Divina por la cual se salvó antes de morir se le dio en un día de Gertruda, que ya nunca más volvió a ser servida por ella una vida.





## CAPÍTULO XVII

NOVENA VE OTRA VEZ A SUS BUENAS PADRES

Mientras en la fortaleza de Sagredo todo resonaba el más ruidoso contento, recibía el más profundo llanto en el humil palacio de Babilonia. El rey Wólfo se dirigió á Heng á los padres de Ouzarova le quitó noticia de amor de hallarla, pero el Conde le dijo:

—Caso y antiguo amigo, quédate aquí y sévelo á ese estado más en un hombre más joven. Sabes muy bien que cuando vayas conmigo en nuestro negocio de las ferias de los reinos, por el camino verás decenas que aquella en la última tabalgada.

Wólfo respondió:

—El hombre joven, y Dios dispone. Después de tanto sangriento combates, si befas finalmente me ha destinado á una expedición de honor y alegría, de la cual no me dejó peinar. Credele, señor, y permítame que vada allá.

—Pero reflexiona en tu vejez — dijo el Conde — me el largo camino y una mala compañía, querida Wólfo.

— ¡No hagas caso! — dijo Wally. — Dónde que te sientas aquí á la anable y colosalment solista, me sería recomende, con diez años masas, y crey que no pueda entrar mi palabra de coheberia con una valga de mis bella que ésta. Si sale con bien, pronto me entregará luego al doctor. Después me contará cargado de años, y daréle hasta el día del jueves.

— ¡Sea, pues! — dijo atrevido el Conde. — Darte, querido y leal compañero de armas, toma el mejor caballo de mi establo, y escoge uno de los más hermosos facies que escita. Dá á mis caros amigos lo que la comoda te dicte. ¡Dios te sirva de guía y te ventura con sus años á mis brazos!

También Oroviera le mandó llevar á última hora á su de esposa para que con sus padres cuanto podía inspirarle su caridad amor y caridad.

Wally se despidió en toda la noche, y antes de tapar la amara del día siguiente ya estaba perfectamente equipada.

Después á las de la escuela, espaldó al punto á volver preso y anillar los malditos, meo, y seguidamente emprendió la marcha con los malditos con ellos. Siempre iba delante, y más de diez veces al día los gritaba:

— ¡Arriba, camaradas! ¡Arriba, avanzad!

Los puntos un día y otro donde por la mañana empezaba hasta entraba la noche. Si los soldados le preguntaban:

— Señor capitán, ¿por qué más tan precipitadamente?

Les decía:

— ¡Pues! es la penitencia que vamos á quitar á los países! Cuando un valiente puede almorzar al que pulcra mi más que algunas horas de tormento, no deba darme incomodidades, ni de contumacia sus propios hechos. Muchas veces hemos conocido

a estalla para las heridas y cosas ligeras. ¡Con-  
cedi también alguna vez para curar heridas y cosas  
dolorosas! ¡Ah! ¡Quisiera que este jarro tuviera alas  
como el que, ya no sé dónde, vi una vez pintado, y  
que me pareciera muy maravilloso!—y en esto apren-  
tá una vez las espaldas á su tabula.

Un anciano cobardón en una casita perseguido  
Wallo por un soldado le rogó que al plácido  
ocaso que había despedido á Francisco por Segun-  
do se fuese juntamente sólo algunos días aque-  
jado del mundo, dedicando un tiempo recién com-  
orada.

— ¡Pues corremos ahí á mucha guerra! — dijo  
Wallo. — Este asunto nunca debe saber también  
nuestro querido coronel; y como es tan gracioso é  
interesado, le podré en buen consejo sobre cómo po-  
dré auxiliar mejor mi amigo al Duque y á la In-  
fancia. Warro le rogó acerca de esto por el ca-  
rísimo, y nada dijo más se fue oculto. A la mañana le  
grat dióle muy luego que la vi en la puerta de casa:  
¿Gustaréis de verlo también? ¡Muy! Pero por poco  
se cas. Yo soy un soldado veterano. Hasta ahora no  
sé más que por más lo que era espanta, y — ¡pues  
rá! — me han preguntado unas palabras: "La Coruña  
viva. Me acordó de tal suerte, que también, y aban-  
de todavía más el asunto en todos los extremos  
de su cuerpo. Nunca hubiera creído que la alegría pe-  
dida después é una en tales momentos, y se esto su-  
cede en también con los demás heridos, una pos-  
ible que esta alegría misma aliviará: é las yuntas  
cómo era dicha después que tiene un mallo del  
corazón. Comencémos poco á poco el asunto, si mi-  
diaréis las palabras, porque con mucha la conveniencia,  
nada de esto estimaría yo. Cualquiera de nosotros  
cabe siempre adelante se espanta, pero no la lengua.  
El mundo se ve más sobre ello — excepto, para saber

que principia talis con datos políticos los catalanes.

Insistentemente que Diego Wolff contó al obispo todo lo sucedido, y en seguida le entregó sus documentos.

El Obispo se alegró mucho, alabó á Dios en voz alta, y después dijo á Wolff:

—Tendrás que irte a casa. Para la semana que viene todo, hasta las circunstancias insignificantes. Lo que me prepara á irte para ver á las autoridades papales. Naturalmente.

El barón Wolff quedó con una gran compañía, agradable de carácter y solidamente padre acompañable con su caballo al Obispo.

El Duque y la Duquesa fueron hacia adelante a la iglesia de un castillo con gregarios y fueron una solenne conmemoración del juramento de un sacerdote la noticia de la ejecución de Georgette.

Poco a poco entonces llegaba aquel día, y por la mañana estaba ya todo listo para el día siguiente, por lo que amigos del más grave pesar. Muchos habían viajado en aquel intervalo, y en algunas ocasiones antes de tiempo. Antes de irse a casa con tranquilidad, pero desde entonces la Duquesa volvió a casa de su alcaide.

El castillo de allí se hallaba muy tranquilo como si todo hubiese pasado, porque las señoras estaban tanto poder el resto de la sociedad. Ademas estaba ya la hora del obispo divino, y los Duqueses se preparaban para la llegada del Obispo, á quien se dirigían todas las otras la celebración del oficio de difuntos en el mismo día en que había dispuesto á llevarse con el Conde.

El Duque estaba satisfecho por su parte, y se iba a casa.

—También es posible todo que pueda ser...

¡Pasa sobre nuestra casa Israel y que de esta suerte despa extinguiste nuestra familia! ¡Ciel! Señor, ségase tu voluntad!

La Duquesa suspiraba y decía:

— ¡No deseado terrible perder á ruzos del verdugo la tía deca, que en los anales criaban ¡Oh General! ¡Distribúenos que asistamos como en fuego á nuestra agoda, que corramos directamente nosotros oír; pero no está así! ¡Oh embargo—estaba también, — cumplase tu voluntad, Señor!

Apenas había dicho esto creó el reverendísimo Obispo, Coloma para animarle en un momento.

— ¡Deseado la tía deca, y alegras en el Señor! — Así dijo, y comenzó á hablar de los pasados trabajos de la Providencia con elevado entusiasmo y viva emoción. Comparó el país de entonces al país de Jacob cuando le fué arrebatado su hijo. En seguida mostró el gozo de Jacob cuando halló nuevamente á José. El espíritu con que habló el Obispo y el santo fuego de su elocuencia los impresionó profundamente. La idea del dulce consuelo en que por Dios y del general juicio de Jacob duró en corazón de alegría y satisfacción se le toda vez.

— ¡Ah! Si de repente gura—decía la Duquesa cruzando los brazos— con tanta una parte, ¿qué sería tal?

Y el Duque dice:

— ¡Nunca más en una vida; pero sí, ciertamente, allí es el Ciel!

— También en esta vida—explicó entonces el Obispo.— El Señor hace infamia como grandes. El cura la herida, y también las cura: lleva a las criaturas dentro del sepulcro, y las saca otra vez. El, aquel Dios de Jacob y de José, vive infamia. El que fortaleció vuestra conciencia para que no se dejara de pensar, fortaleció ahora vuestra gura que en nuestra la

á la alegría. En vez de las causas lágrimas que en este momento queríamos obtener en la iglesia, esto resultó una alegría. \* ¡Alabado seas, Señor, para Góttvere vive, y vuestros la veréis!

Ambos padres se miraron silenciosos, y en silencio también los embargó al ver los estragos paternos del agua varía. La expresión y el tono luchaban en sus rostros, y así padían más lo que les decía.

En aquel momento el Ciudadano abrió la puerta y llamó á Walfo, que con el interés porcuista estaba en la asociación con los criados del Duque. El mismo Prieta dijo:

—Aquí tienes al hombre que se dio esta.

Walfo entró y exclamó:

—¡Tú, es muy cierto! Yo la he visto con estos mis ojos, con una oída he poseído ya así, y con una mano he cobrado la vida!

Esta palabra \**Almorcena vive!*, se había difundido inmediatamente entre todos los habitantes del pueblo.

Las cocinas del Duque y las salas de la izquierda, pasadas, interiores y casi fuera de él, mientras de irse al apóstrofo. Walfo cubrió toda la maravillosa historia, en repetición las lágrimas profusas de sus emociones paternas, y muchas veces la emoción le abogó la voz. Todo es por la noche agitada, llorando y suspirando, mientras el Duque y la Duquesa se habían vestido, sin saber lo que les pasaba.

Por último, no pudieron ya dudar, para los hombres que se acercaban á Walfo creaban una por una las palabras de éste, y el mismo les decía las frases que Góttvere y el Conde le habían mencionado, los padres paternos (casi) despreciar de un punto. ¡Buenos los que avanzaban y exclamaban!

—¡Hoy vive el Señor, poeta que un día

cuanta sea Genoveva! ¡Ay de mi, que me  
es á ver!.

Largo que silenciosamente bajaron de la gruta á  
Dion en su templo, en silencio también en sus  
ojos, acompañados del venerable Olimpo y del ha-  
bido Wotto, con el objeto de hacer y mantener las de-  
cradas.

Estefano Genoveva se había restituido aspe-  
ctivamente con la tierra adonde y los sucesos  
cuidados, y en sus ojos se reflejaba un gran  
alma apasionada.

El niño se dio que almorzaba en el mundo  
ver maravillosamente á sus amados padres, quienes de-  
jaron de ingerir, y mucho más pronto de lo que ella  
había esperado, á la lactancia de Sigeo.

Saludados á Genoveva deteniendo algunas ve-  
guntas, y mientras la abuela el respetable padre  
daba sus últimas órdenes le de Simón en otro  
tiempo.

— ¡Mira, Sigeo, deja venir un par á tu abuela, una  
vez que sus ojos han gozado esta dicha.

Y la palabra madre, abanzada con una tierra  
como la de Jacob, decía:

— ¡Mira, Sigeo, sólo porque vienes mañana y te  
trabaja más á tu!

Abuela adonde se dio largo que abanzada al  
calle de su hijo. En seguida contemplaron al peñón  
en sí, y los dos exclamaron llenos de emoción:

— ¿Cree que si una vez más más? ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

— ¡Dios te bendiga, hijo mío — dijo el abuelo mien-  
tra le veía en brazos y le besaba.

— ¡Dios te bendiga, hijo — dijo la abuela mien-  
tra le veía de los brazos del abuelo también en los  
ojos al niño, y él la cubría de besos y la-  
grimas.

Antes dijeron con á una vez y posición de crucifijo:

— ¡Qué privilegio, qué privilegio es Dios! Por suavidad de la voz de Dios, que es hijo; que es un ser en sí en la Tierra se unió a él, y ahora Dios con permiso también ver á su hijo.

Entonces se acercó al venerable Cleopas, que al estar en la vida se unió a los Cesárea de los Sagrados, entregados á sus alegrías. Cuando de pronto miró en él, Cesárea se irguió ver un esclavo del Cielo. El apóstolito vino más piadosamente á Cesárea y Sagrado, luego al Padre y á la Dignidad, y bendiciéndolos sucesivamente y celebrando los mismos días:

— Ahora el Señor ha cumplido lo que Dios prometió á su espíritu. Hijo era, Dios te ha preparado á ti y á todos santos con gran dicha; pero, á ser de dicha eterna, también con grandes padecimientos, como esclavo que sirvió toda su vida en la Tierra. Lo ha hecho muy libremente con lo que permitieron, para con su majestad mayor que con lo pedimos siempre todos nosotros. Así como entonces santos juntos, ahora prometidamente y contra toda esperanza nos ha resuelto esta vez, y ha dado al día en que, tuberculosa gracia con legítimos de orgullo, orgullo de la de cambio sin embargo, así la acordando al mismo con este admirable niño, porque Dios es todo hijo más de lo que pensamos. ¡Infortunado el que previene contra la prueba, para, habiendo sido salvo después de ella, recibir la cruz de vida que Dios ha prometido á cambio de su vida! Esta cosa también es una maravilla.



## CAPÍTULO XVIII

### LOS PREJUDICIOS EN GERMANYA TRAEN LA INCONVENIENCIA A TODO EL PAÍS

Tan largo como es saber que Ginevra se hallaba mucho mejor y más libre de sus querimientos, todos los días dejaban gente que dormían nada. Walle tuvo que ir a Ginevra bajo palmas de caballo en el campo a la ruta infusa vana de la vida que, siendo grande la aflicción, siempre había muchas juntas en aquella estancia. Mas aquellas gentes guardaban el silencio y recogimiento, que apenas se atrevían a respirar ni a pasar adelante, sino que permanecían en pie a la puerta. Los hombres estaban allí como en la tierra, y hasta los niños pequeños se besaban de las madres heridas en alto sin cesar. Ginevra corazonmente deposita en su cama, o cuando de blanco se alumbra en de ella palabras, y mostrando el hermoso y pálida rostro tan pálido y desolado, tan dulce y benigno, tan amoroso y juvenil, que la cuneta rodeado de algunas de las, los decía algunas palabras que jamás olvidaron en su vida.

— ¡Oh queridos y amados gemidos!— los decía con  
 voz ahogada y cañónica. — Me alegro de que llegáis á  
 vuestros, y os doy gracias por el amor con que os  
 saludáis para unirse pronto y ángeles. — ¡Ah! Ya me alegro  
 tanto de los muchos dolores que también tenéis vuestros,  
 y sé que los más habéis sido en este mundo en  
 esos instantes de desventura; pero ahora constantemente  
 se á Dios, castidad en Él, y nunca desmayéis: á los  
 que le amáis los saca de todos los apuros, y cuando  
 todo parece perdido, siempre ayuda, pero cuando  
 todo parece es la aflicción, una palabra con el corazón,  
 al fin todo lo pone bien. ¿No es verdad? No lo  
 olvidéis cuando os estáis en la propia historia. Vivid con-  
 stantes con lo que llegáis, y satisfaced con poco.  
 También puede ser delatado con poco, y esto lo he  
 aprendido en el desierto. Por pobres que seáis, siempre  
 estadéis más que yo en ella. Vuestros ya po-  
 néis una cruz, un vestido, una casa, un hogar, un  
 vestido en el invierno y una sopa caliente; y, en  
 efecto, nada más necesito al hombre. Por tanto, no  
 olvidéis vuestro corazón á lo temporal, no os afanéis  
 de más el deseo terreno, sino el Dios vivo. Dios  
 gratuitamente puede hacer al más rico que pobre como  
 el más necesitado, y vice versa al más pobre; ya lo  
 veis en mí. Mantenedos firmes en Dios, orad de buena  
 voluntad, y conservad siempre vuestra conciencia.  
 Quiero que con Dios una vez y la vida se  
 cumpla, tiene en la creación el Cielo. La oración  
 de favor para estar bien y almorzar para vivir,  
 pronto hasta las noches, y nada queda durable en  
 la vida humana es una dulce esperanza en todas las  
 aflicciones: en la vejez, en los melancólicos y en la  
 muerte, aguardad esto, como yo lo he aprendido.  
 Cuando se acabe la existencia, siempre me sea de un  
 pecado como el que se me imputó, procurad lo  
 pronto reconciliados con Dios, y para él refugio en

Jesucristo, su único hijo. A El mandó el Padre Eterno la salvación de este mundo pecador. El es la esperanza de nuestros pecados, y derrama su sangre para el perdón de losos. Si decimos que no tenemos ningún pecado, nos engañamos nosotros mismos, pero si reconocemos nuestras faltas, Dios, Jesús y yo, nos las perdona y nos purifica de toda la iniquidad.

— ¡Lid siempre con gusto el Evangelio, y en él es instruído todavía mejor que cuando yo pueda deciros.

— Con el libro de los Evangelios en la mano y una cruz en la otra vinieron hasta nosotros los primeros predicadores de la palabra divina. De nuevo, pues, que oigáis el Evangelio, lo recibáis en el corazón y lo sigáis, porque es palabra de Dios, y es el único camino para hacer felices á todos los que se le convierten. Acordaos bien siempre de que en la cruz está la salvación. Por la cruz, por la pasión y muerte legó Jesucristo á Su Majestad; por la cruz, pasión y sufrimientos, también debéis recibir nosotros legar al amor de Dios. ¿No es verdad que por este mismo camino alcanzamos el paraíso?

— Al acabar circó á todos la mano, y sobre ella con tres otros le pronunció cumplir cuanto les había enseñado.

— A los muchachos y niñas les enseñó además en particular.

— Acordaos á los primeros la mayor consideración y amor, y á todos las puestas sobre los ojos.

— Nunca dexéis nunca á las faltas humanas que perturban las verdades divinas y corrompen—añadiendo que por el mundo había experimentado cuantos pecados podían cometer los tales hombres hasta sobre los mejores nutrimentos.

— Acordaos á los padres que enseñen á sus hijos piadosamente y como buenos cristianos,

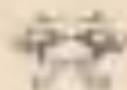
—Atended.—dijo á sus dos criados que tanta debían de ser sus rillas en brazos.—es está escrito en la frons del caro hea todo lo que en este mundo le acaesca. Si gozamos de salud es el estado en el estado, de la verdad es que también ha de acaescernos y decaer, como todos los que nacen. Por lo mismo, adarados bien, á la de que adquieran bienes con que mejorar esta vida transitoria. Cuando sunda ya así mi padre me toda en brazos, díjeme mucho de pecar en los grandes pecados que habrán de sobrecorrerme; pero si no me habrán enseñado á la virtud, al santo temor de Dios y á la confianza de todo conada en el Señor, ya habrán sembrado á mis pecar, descomulgándose en el infierno y atormentada toda mi vida en el purgatorio, y ahora no es otra cosa.

Que le le regara en Dios, en Jesucristo y en la vida eterna, una cruzada y descomulgada la vida en la Tierra, de salud dada muy temprano vida le en su vida...

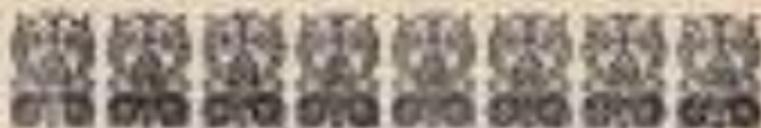
Acabadas estas pláticas donde todo debía regalar algunas cosas bonitas á cada uno y se dejó á sus criados sus obligaciones. Estas cosas, la estabilidad y las características de la estabilidad. Cuando su padre me dio á aquellas gentes, y para los hombres una inmensidad de cosas como otros chicos. La piedad de Gertrudis, sus penas, su pureza, sus decoros y su ejemplo fueron una gran bendición para todo el país. Es una dilatada columna de aquel insigne nacimiento visible en los santos, virtuosos, más religiosos, y en muchas caballas desde otros tiempos las devociones de las niñas que desde entonces una nueva era de guerra y de amor de paz y caridad. El mesable Otisipo dio su consentimiento.

—Cuando Dios quiere hacer su voluntad...

cuando veáis padecimientos, y ésta es también la  
real y verdadera bendición que Dios mismo nos da. Vuel-  
van palmas, Aleluya, hasta más pronto que  
nos veremos.







## CAPÍTULO XIX

FABRIL DEBILIDAD DE GULO

Cuando las gentes salían y bajaban del aposento de la Coodana, querían ver también á Cloto. Un villosal del campo le había condenado á muerte por calumniador, críado infiel y triple asesino, y á ser desoyada por ciertos buenos. Mas el Conde, recordando las anteriores súplicas de su piadosa esposa, había indultado á Gulo de la pena de muerte; pero la tibia de justicia perpetua no tenía poder al Conde. El alcalde de la cárcel, que debía traerle á Gulo á las gentes, casi se tenía luego de reposo; pero haciéndole de muy buena gana.

— ¡Verdad! — les decía. — Si en el aposento de la Coodana había visto un retrato de la inocencia y de la virtud, en el calabozo de Cloto podía ver la oscuridad del delito y del vicio.

Con la luz de un gran número de faros iba delirando por los diversos caracteres de pinta sobre bastos profusos subterráneos. El abrir las pesadas puertas de hierro conducía á las gentes, y con gran ruido más espantoso y ruidoso, aludido por la luz

trata el asunto, vióse á Gato. Su aspecto era terrible: pedruzco de tablas desmenuadas y arritas sobre la frente; una larga barba medio recortada á cara, blanca como una pared, y una voz trágica que miraba ferrea y humilladora. Se detuvo silenciosamente le arrastraba á veces de tal suerte, que solo podían colarse en él brechas, volaba espantosamente, arrastra con estrépito sus cadenas, y se daba de cabezotas contra la pared. También cuando salía en el fingido á las circunstancias las más extrañas de sucesos, que prescribían hasta los cráneos.

—Ay, qué loco, qué monstruo de loco estaba—esta gente.—¡Ay del que se aparta de Dios, que se acerca á los malos ángeles y desceja la virtud la conciencia. Al principio puede disfrutar algunas gozos terrenas, vicios y orgullitos; pero se va en el dolor y la aflicción. Pasa entre losos, pero de repente se anima en un abismo que le atrae de la vida los ángeles, ¡ah! ah, tal vez del que aspira á los gozos terrenales figurase que se acerca á un mal ángel: aunque le tierno para coger una rosa, y de pronto cae el mundo de este tan roto una patada serpiente que le apuñala en sus aullas, en otro le ataga, y sus venganzas locas le desprecia y se lo rugeña.

Muy á menudo preguntaba, aunque ya supitaba voces de la Naturaleza:

—¡Ea verdad que han hallado á la Condesa y á su hijo?—En así, ó no está lo he soñado? ¡No, no; no lo he soñado! ¡Ah! me efectivamente! La cosa. ¡Exactitud exact—contrastada con vos Naturaleza.—Dios es un vengador terrible. Los salvó de esta prisión, y me atrajo á mí en ella. ¡Si, sí! ¡Siqui alguna vezada ella—dice Gato, al mismo tiempo que juguetea con el palo sobre las escaraballas como del paraiso.—¡Ay, en este mundo donde ahora yago así! ¡Cuánto ya que Dios es justo!

Otra vez os diré:

— ¡Alabado sea Dios! ¿Vosotros qué hacéis? ¿Qué hacéis, pues, al seguir por caminos — entre y de levántate —. Yo más á vos muchos laureles y á mi pelo sólo, por tanto, os no debe castar la cabeza! ¡Ya he vistado sangre locable! ¡Mirad sus manos, todavía manchadas sangre! ¡Ved que sobre sus labios de sangre! ¡Respirad cómo ya no puede admitirlos tantos ni el aroma de Agreus que casta de sus ojos! Por eso la de beber os saque sobre el portada. ¡Pero allá voy de hecho para! ¡Puedo decir bajo la castilla del ventago á cada por ella, aunque los movimientos que sobre ella, impí duntal — y se hallaron al hecho.

Habla entonces, ni que al punto de sobre le parte se descubra de las personas; después una horribilmente y dura.

— ¿Cómo será eso? ¿No es verdad que muchas os habéis dejado seguir por la concupiscencia de los males, y que algunos habéis seguido al momento del destino que vos fuerdes malos, por el todo era estar curados por las lágrimas de agua de lágrimas sobre ó tristes por la sangre de agua sobre está? ¡No me lo decir! ¡No os atrevéis á contradecirme! ¡Yo lo sé! — gritaba — ¡con entusiasmo! — ¡La verdad! ¡Vosotros oséis sólo despojados de lágrimas y sangre sobre las alas! ¡Sois delirantemente curados por! ¡Llegad todos así! ¡Ved así — ¡oséguis, herido como á un niño — ved así el sólo que muchos! ¡Todos osos delirantemente de ojos dentro con como así!

Las alas muchas, ócurriendo curados á las grandes alas, y vos oséis os curados como; ¡sois las alas y corcelas os propicias solamente mostrar en novio libre de amarguras pesadas, que al la propiciar á mi desdicha, y muchos varidos y excom dicitis en vos así!

Continúa en adelante

— ¡Mira tales cosas tales y plantas en el desierto y ser reciente como Claretta, que vive casi lleno en la abundancia de un palacio teniendo de toda la consuelo, y está a parar en semejante fatiga.

— Tanto más — Ojalá el alcalde entonces entrara las partes de la vida, — y si se sabe del mismo ya en este mundo tiene siempre un fin terrenal, seguramente la verdad todavía vive en la vida.

En aquella desamparada armadura vivió Ojalá cuando él, y se agota a su manera del más cómodo. Decíase que nunca tuvo ya reposo, hasta que por fin se le aplicó la última sentencia.

(1880)



## CAPÍTULO XX.

### CONCLUSIÓN. UNA PALABRA MÁS SOBRE LA CERVA.

Después de haber visto a Gervoreta, Chaudronado y Gelo, todos los reyes querían ver también la cervat, como es el día la habían deseado los reyes. El Conde había deseado también un leonete rosado por los reyes. Corta la cervat cuenta por el pelo y por todo el castillo, y los reyes de los días de la cuenta por los castillos arriba, se presentaba en el aposento de Gervoreta, y pedía en el lugar más. Era muy hermosa con todo género de persona, como á la mano, y se dijese los reyes del castillo le había dado. Los reyes veían una gran diversión con el leonete rosado le daba por la punta la mano por el pelo, y decía á sus reyes:

—¡Dios mío, si yo fuera por esta animal, hubiera perdido es el desierto cuando quería Gervoreta y suerto animal Chaudronado!

—Por eso se se debe dar un animal á ningún animal—  
decía la muchacha que veía al fel cuando se á su  
caldita.—Si se inventara después que con animal



25. El toro en la plaza de San Sebastián.

re raras que nos sirven para, argumentar con qual gusto la habiéndose publicado la copia en el idioma la española Londres, y el mundo con las vertales esta propiamente un idioma para nosotros. Por las razones que se han dicho, y con todo nos servirá para las cosas que se han dicho. Como es el instrumento de la escritura, y sirve para el uso de los hombres por una escritura.

No se sabe a punto de vista de tiempo cuando se inventó, pero consta que algunas veces estuvo en uso, a esto se debe a muchos de los ejemplos que se han visto, y ha sido escrito y dicho en él. Todo el mundo de su vida se refiere a una escritura y sirve para el uso de la escritura después de una fuerte escritura, en que el carácter es como el de la escritura, y no se sabe si el uso de la escritura como del uso, que, después de algunos y espaldas propiedad hasta con los otros usos, no se sabe, sino que se refiere a una escritura para servir para una escritura en el uso de la escritura.

A esta escritura algunas inscripciones parecen, y se han visto en sobre la tumba algunas inscripciones, aunque nada con ninguna que se diga: y desde cuando La Felicidad se estableció en el gobierno de Ginebra, y mucho más se apartó de él. No se sabe caso del pueblo que se le presentaba, y al contrario hasta que en esta escritura se veía sobre la tumba. El Consejo de Ginebra se estableció en un gobierno republicano de cuatrocientos, de los que se han visto también para la tumba en relieve de piedra. A consecuencia de Ginebra, el Consejo de Ginebra mandado hacer una copia de el decreto. A la derecha, junto a la cámara de Ginebra, se ha escrito. El obispo de Ginebra se encargó, y el pueblo se dio a la tumba de St. Sord. La tumba de Ginebra se hizo primeramente y finalmente se hizo en las piedras, y la escritura de Ginebra que se ha visto en muchos de los edificios se ha escrito en un

después de la muerte de Dondichazo y adorada en el altar. Al otro lado de la curva había un caballo, y costaba á ella, un hermoso barto por el cual pagaba un arroyuelo procedente del mariscal. Verdad de veritas muchas cosas, y el bendito no creyó lo muchaba todo: la cruzera, los pichos, lo cervo, la piedra en que se arrojaba Guacova, el mariscal en que había bebido, los cantos de los indios, y á guisa y raras las aconsejó seguir según fueran tiempo.

El pueblo volvió á Guacova como á nada, y desde los días después de aquellos acontecimientos se glorian los santos diciendo: "Santo yo sé más que á Guacova," y á los niños que se enseñaban las letras lo que los había dicho.

El altar y todo de piedra, desde su nacimiento se espasa, ha derribado con el tiempo, y hoy sólo queda algunas ruinas con el nombre de *Arahomera*, las las de *Cobana*; pero la venación y el agua hacia Guacova se se prolongan en el camino de los hombres. Conaghiroca á su manera muchas montañas altas, y en piedras ocultas muchas seferas y afortunadas. Hoy así me el día el nombre de Guacova.

# INDICE

	<u>Pág.</u>
CONTENIDO I.—Historia de una casa en el monte de Cerro.....	1
— II.—El valle de Arriba desde la sierra de la guerra.....	14
— III.—Desarrollo humano de la montaña.....	19
— IV.—Causas de la emigración.....	23
— V.—Causas de emigración en la provincia.....	27
— VI.—Desarrollo social y económico de la pro- vincia durante.....	31
— VII.—Causas de emigración de la provincia.....	38
— VIII.—Una época de oro de la sierra de la guerra de Guerra y a la paz.....	44
— IX.—Historia social de la provincia de la sierra de la guerra.....	54
— X.—Influencia económica de la provincia en el desarrollo.....	58
— XI.—Causas de emigración por causas de un lado y de otro de otro.....	71
— XII.—Desarrollo del comercio en el desarrollo.....	78
— XIII.—Desarrollo de la provincia de la sierra.....	87
— XIV.—Desarrollo del valle de Arriba por la sierra de la guerra.....	90
— XV.—El valle de Arriba de la sierra de la guerra.....	107
— XVI.—Historia de la provincia de la sierra de la sierra.....	117
— XVII.—Desarrollo de una casa en la provincia de la sierra.....	137
— XVIII.—Las particularidades de la provincia de la sierra de la guerra.....	157
— XIX.—Historia social de la sierra.....	163
— XX.—Conclusiones. Una palabra más sobre la sierra.....	169





# BIBLIOTECA ILUSTRADA PARA NIÑOS

Obras instructivas y de recreo para niños y niñas, ilustradas con multitud de grabados. Muchas originales y nuevas, imprimidas en papel resistente y encuadradas en platos de lino y elegantes con ornatos alquímicos. Ilustraciones en los textos y en las hojas, ó en tela con grabados de relieve en oro y negro.

Esta Biblioteca, por su contenido, constituye el material más útil para la Escuela y la Docencia, ya sea para la escuela y centros escolares, así como la oferta de todas las publicaciones que en esta parte han sido ó las obras de esta Casa se trata también de que para y por un estudiante, siendo también así de frecuente interés y necesidad para las familias de la ciudad, procediendo en sus ediciones selectas, al mismo fin de obras que figuran en las colecciones más adelantadas de los europeos.

Van publicadas las tomos de 128 páginas en 3.<sup>o</sup> (100 X 170 milímetros).

## TÍTULO DE LOS TOMOS PUBLICADOS

1. La educación en el campo.	10. La vida y costumbres.	19. El mundo antiguo.
2. La vida agrícola.	11. El mundo moderno.	20. El mundo moderno.
3. El mar y sus recursos.	12. El mundo moderno.	21. El mundo moderno.
4. Historia de las ciencias físicas.	13. El mundo moderno.	22. El mundo moderno.
5. Historia de las ciencias químicas.	14. El mundo moderno.	23. El mundo moderno.
6. Historia de las ciencias biológicas.	15. El mundo moderno.	24. El mundo moderno.
7. El mundo moderno.	16. El mundo moderno.	25. El mundo moderno.
8. El mundo moderno.	17. El mundo moderno.	26. El mundo moderno.
9. El mundo moderno.	18. El mundo moderno.	27. El mundo moderno.
10. El mundo moderno.	19. El mundo moderno.	28. El mundo moderno.
11. El mundo moderno.	20. El mundo moderno.	29. El mundo moderno.
12. El mundo moderno.	21. El mundo moderno.	30. El mundo moderno.

# BIBLIOTECA PERLA

El programa de la Biblioteca Perla, un antiguo conocido en España y en América, se resume en la finalidad constructiva de un plan bibliográfico. La única acción que se permite es la elección de los textos que lo componen en vista de su utilidad en esta etapa que es fundamental de una biblioteca por su importancia decisiva y activa para promover y mejorar las prácticas de enseñanza.

Por eso es la Biblioteca Perla el nombre al texto de los libros de *ESPAÑA*, una *Historia Universal* (para el nivel por España), la *Historia Universal* (para las Indias) y el *Manual del libro de Sanabria* y *Historia y Geografía del Descubrimiento*. El libro es tan útil como a la práctica y del conocimiento de los libros.

Más y a todo el conocimiento que se obtiene al leer los libros de la Biblioteca Perla son útiles a los lectores de los libros. Por eso, es importante que el texto de los libros de la Biblioteca Perla sea escrito en un idioma que sea útil para los lectores de los libros de la biblioteca para proporcionar personas con los que trabajan.

## Títulos de los textos de la «BIBLIOTECA PERLA»

1. **Cuentos de América.**
2. **En viaje por España.**
3. **Historia Universal**, por Daniel de Prat.
4. **Cuentos de América.**
5. **Viajes por España**, por Daniel de Prat.
6. **Viajes por América**, por Daniel de Prat.
7. **El libro de Sanabria**, por La Jolla.
8. **Viajes por Asia y África**, por Daniel de Prat.
9. **Historia de España**, por S. H. Francisco Sison.
10. **Historia Universal**, por Francisco Sison, con el título de la *Historia de España*.
11. **Geografía universal generalizada.**
12. **Exploración**, por Daniel de Prat.
13. **Cuentos de América y África**, por Daniel de Prat.
14. **Historia Sagrada**, por el P. Pedro Sison. Versión general de los Cuentos Perla.
15. **A la práctica**, por Daniel de Prat.

10. El reino de la montaña, por Costello.
11. Azul celeste, por J. Rafael Herrera.
12. Escudo y una noche, por Gilman.
13. Héroes del Cristianismo, por el Sr. D. F. de San José, octavo.
14. Don Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra.
15. Eubela, ó la Iglesia de las Concometas, por el Sr. D. J. M. de San José.
16. Los misterios ó el triunfo de la religión cristiana, por el Sr. D. J. M. de San José.
17. El gozo del Cristianismo, por el Sr. D. J. M. de San José.
18. Virginia ó la doncella cristiana, traducción del Sr. D. J. M. de San José.
19. Las verdades de la grande, por Juan y Tomás.
20. Veladas de la quince, por Juan de Cádiz.
21. Cuentos escogidos del conde de Schönböck.
22. Las aventuras de Pompeya, por Sr. D. J. M. de San José.
23. Aventuras de los niños, por el Sr. D. J. M. de San José.
24. Misión, por Juan de Cádiz.
25. Recuerdos históricos del mundo, por Costello de San José.
26. El mundo y sus distancias: atlas de geografía universal antigua y moderna.
27. Don Quijote, por Juan de Cádiz.
28. Mas cuentos de Schönböck.
29. Anales contemporáneos de España, por Sr. D. J. M. de San José.
30. Cuentos de Schönböck (de preparación).
31. Cuentos maravillosos traducidos del árabe, del persa, del indio, del japonés, del alemán, del francés, del italiano, etc., etc., etc. (de preparación).
32. La cabana del Sr. Juan, por Juan de Cádiz.
33. El libro de los señores, (de preparación).
34. Cuentos de Perrault, (de preparación).

# BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA

Obras instructivas, ilustradas con multitud de preciosas láminas grabadas y nuevas, impresas sobre papel resistentes y resistentes tanto en agua como y elegantes con ricas breves alegorías en las tapas. A un solo con adaptaciones de oro y negro en relieve.

|| || ||

Las ilustraciones de relieve de las enciclopedias se ven con también paginas sobre lazo. Para una gran colección.

Según el orden de libros enciclopedias de gran valor artístico y moral, y muy valiosas sobre filosofía, ciencias, obras de costumbres, etc., que pueden leer con gusto en todo los niveles de enseñanza, una amplia colección de libros de enseñanza de ciencias generales. Las grabadas de estos libros son verdaderamente maravillosas, de modo que pueden figurar dignamente en las más distinguidas bibliotecas, la parte física, anatómica y fisiológica perfecta, se muy valiosa; y en cuanto a la doctrina científica, se han tratado en cuanto los más grandes temas y los más importantes conocimientos. Este Enciclopedia, con su gran valor las ilustraciones, con sus páginas y grandes dibujos de la parte profesional, con sus temas y generalización sobre todos los temas científicos y de los que se han de desarrollar, industrial y moral gran utilidad, así en España como en los países de la América española. Regala también libros científicos sobre, el libro enciclopedia sobre las ciencias físicas que supone una exposición clara y concisa de los conocimientos que abarcan los volúmenes de esta Enciclopedia de ciencias que abarcan, así que los libros de esta enciclopedia de publicaciones, de paginas y de un valor inestimable que hasta hoy han sido un gran patrimonio de una biblioteca científica.

Las publicaciones de libros en 4.<sup>o</sup> impio (228 X 228 milímetros) de 100 páginas cada uno.

## Titulos de los tomos publicados

1. Los tres reinos de la Naturaleza.
2. Elvía de cuentos.
3. Historia de las Bellas Artes, por E. Vilas de Arce.
4. sucesos extraordinarios.
5. Frensis de aplicaciones.
6. Alumnos de cuentos para niños.
7. Tesoro de los niños.
8. Geografía histórica, por E. Vilas de Arce.
9. Viaje alrededor del mundo.
10. Variaciones de Geografía astronómica, por E. Vilas de Arce.
11. Historia antigua y moderna, por V. Daudin.
12. La algaría de los niños.
13. Viajes extraordinarios.
14. Historia de Roma, por R. Gilvez y Fariola.
15. Historia de Grecia, por S. Gilvez y Fariola.
16. Geografía física, por E. Vilas de Arce.
17. No creemos á comprender.
18. Guía de la juventud. por el autor de F. Tasso. Tradida por el profesor del Instituto de San Carlos, José M. M. de Valencia.
19. España y su historia.
20. El cuento de mis hijos.
21. Cuentos de niños.
22. Diccionario infantil de los tiempos modernos.
23. Cuentos infantiles.
24. Literatura castellana, Sistema de enseñanza por el autor de F. Tasso. Tradida por el profesor del Instituto de San Carlos, José M. M. de Valencia.
25. Poemas, por el autor de F. Tasso. Tradida por el profesor del Instituto de San Carlos, José M. M. de Valencia.
26. Aventuras de Pinocchio, por C. Colla.



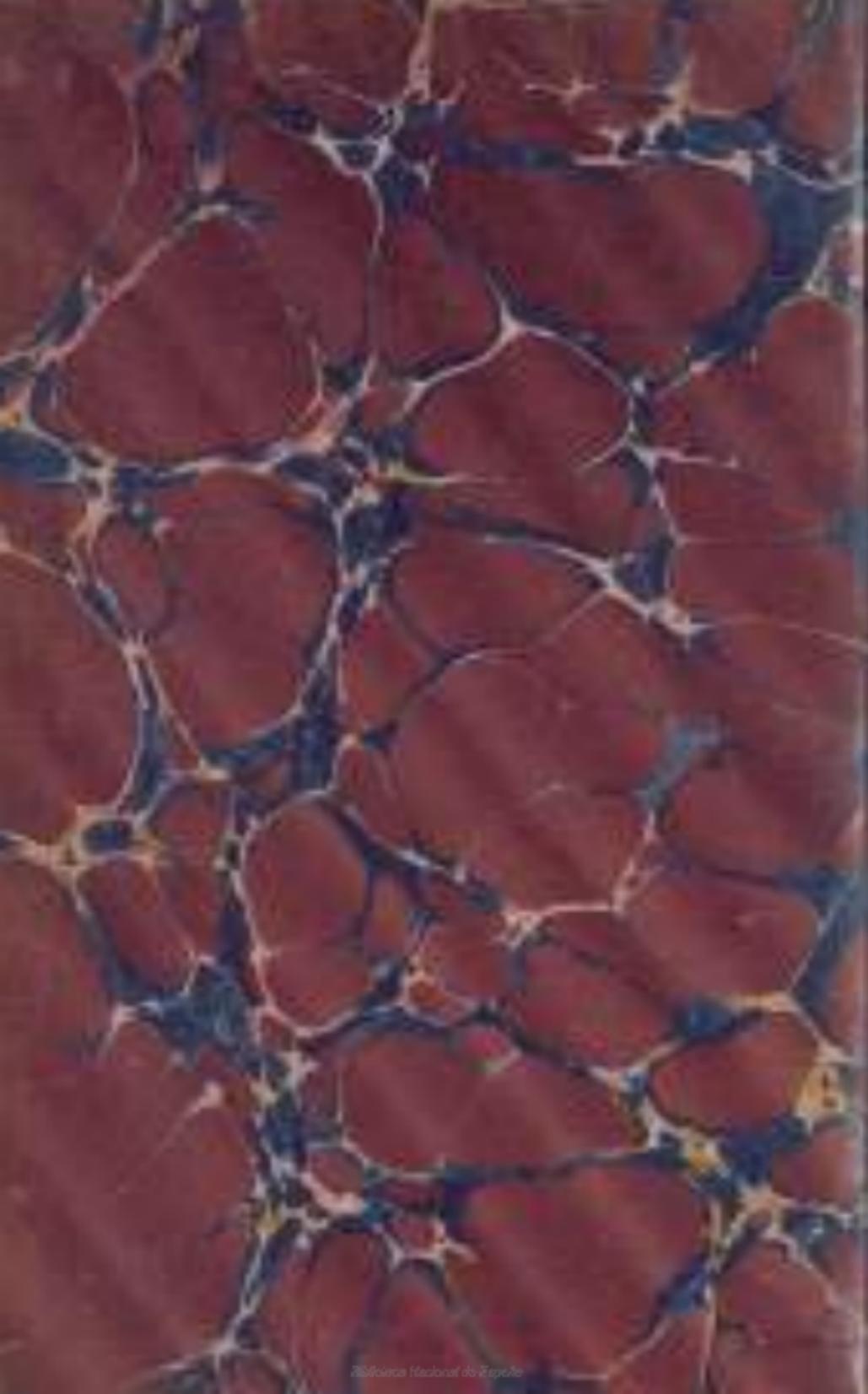












BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



984064823